

Esperando a los bárbaros

J. M. Coetzee



Traducción de Concha Manella
y Luis Martínez Vitorio

Lectulandia

Un día el Imperio decidió que los bárbaros eran una amenaza a su integridad. Primero llegaron al pueblo fronterizo policías, que detuvieron sobre todo a quienes no eran bárbaros pero sí diferentes. Torturaron y asesinaron. Después llegaron los militares. Muchos. Preparados para realizar heroicas campañas militares. El viejo magistrado del lugar trató de hacerles ver con sensatez que los bárbaros habían estado desde siempre allí y nunca habían sido un peligro, que eran nómadas y no se les podría vencer en batallas campales, que las opiniones que tenían sobre ellos eran absurdas... Vano intento. El magistrado solo logró la prisión y el pueblo, que había aclamado a los militares cuando llegaron, su ruina.

Lectulandia

J. M. Coetzee

Esperando a los bárbaros

ePub r1.2
Ariblack 08.11.14

Título original: *Waiting for the Barbarians*
J. M. Coetzee, 1980
Traducción: Concha Manella y Luis Martínez Victorio

Editor digital: Ariblack
Corrección de erratas: r1.2 sibelius
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A Nicolás y Gisela

I

Nunca he visto nada parecido: dos pequeños discos de vidrio que unos aros de alambre sostienen delante de sus ojos. ¿Es ciego? Podría comprenderlo si quisiera ocultar unos ojos sin vida. Pero no es ciego. Los discos son oscuros, parecen opacos, pero ve a través de ellos. Me cuenta que son un descubrimiento nuevo.

—Protegen los ojos del resplandor del sol —dice—. Le serían útiles aquí, en el desierto. No hay que estar entornando los ojos continuamente. Además ahorran dolores de cabeza. Observe —se toca el rabillo del ojo ligeramente—. Ni una arruga —se vuelve a colocar las gafas. Es cierto. Tiene la piel de un hombre más joven—. Allí todos las llevan.

Nos sentamos en la mejor habitación de la posada con una botella y un cuenco de nueces entre nosotros. No abordamos la razón de su presencia en este lugar. Se encuentra aquí a causa del estado de emergencia y con eso basta. En su lugar, hablamos de caza. Me cuenta la última gran cacería en la que participó, cuando mataron miles de ciervos, jabalíes y osos, tantos que tuvieron que dejar pudrirse una montaña de cadáveres. (—una verdadera pena—). Yo le hablo de las bandadas de gansos y patos que cada año descienden al lago en sus migraciones, así como de los métodos de los nativos para atraparlos. Me ofrezco a llevarle a pescar de noche en una canoa indígena.

—No debe perderse esta experiencia —le digo—. Los pescadores llevan antorchas y palmotean el agua para conducir a los peces hacia las redes desplegadas —asiente. Me habla de una visita que hizo a otro lugar de la frontera donde sus habitantes comían una clase de serpiente como un bocado exquisito, y también de un enorme antílope que mató.

Casi a tientas se abre camino entre el desconocido mobiliario, pero no se quita las gafas. Se retira temprano. Está hospedado aquí, en esta posada, porque es el mejor alojamiento del pueblo. He advertido a los empleados de que se trata de una visita importante.

—El Coronel Joll pertenece al Tercer Departamento —les explico—. El Tercer Departamento es hoy la sección más importante de la Guardia Nacional —esto es al menos lo que sabemos por los rumores que con mucho retraso llegan de la capital. El propietario asiente, las camareras inclinan la cabeza—. Debemos causarle buena impresión.

Me llevo la esterilla a las murallas donde la brisa nocturna proporciona un alivio contra el calor. A la luz de la luna distingo las siluetas de otros que duermen sobre las azoteas del pueblo. Todavía oigo el murmullo de las conversaciones bajo los nogales de la plaza. En la oscuridad una pipa alumbrada como una luciérnaga, se apaga, vuelve a brillar. El verano se desliza lentamente hacia su fin. Los frutales gimen bajo su carga. No he estado en la capital desde que era un adolescente.

Me despierto antes del amanecer y, pasando de puntillas junto a los soldados

dormidos que se agitan y suspiran soñando con madres y novias, bajo los escalones. Desde el cielo miles de estrellas nos contemplan. Verdaderamente este lugar es el techo del mundo. Resulta deslumbrante despertarse al aire libre de la noche.

El centinela de la entrada está sentado con las piernas cruzadas profundamente dormido, acunando su mosquete. El habitáculo del portero está cerrado, su carrito se encuentra fuera. Sigo mi camino.

—No tenemos instalaciones para los prisioneros —aclaró—. Aquí no se cometen muchos delitos y las penas se limitan a multas o trabajos forzados. Como puede ver, esta barraca no es más que un almacén anexo al granero. —Dentro la atmósfera es sofocante y maloliente. No hay ventanas. Los dos prisioneros están atados en el suelo. El mal olor proviene de ellos, un olor de orina de varios días. Hago venir al centinela—: Haz que estos hombres se laven, y date prisa, por favor.

Conduzco a mi acompañante a la fresca penumbra del granero.

—Esperamos obtener tres mil brazadas del terreno comunal este año. Sólo sembramos una vez. Hemos tenido mucha suerte con el tiempo —hablamos de las ratas de cómo controlar su número. Cuando volvemos a la barraca huele a ceniza húmeda y los prisioneros esperan de rodillas un rincón. Uno es un anciano, el otro un muchacho—. Los apresaron hace unos días —le digo—. Hubo una escaramuza a doce kilómetros escasos de aquí. Es raro. Normalmente se mantienen alejados del fuerte. A estos dos los detuvieron después. Dicen no tener nada que ver con el ataque. No lo sé. Puede que digan la verdad. Si quiere hablar con ellos, naturalmente, puedo ayudarle a traducir.

El muchacho tiene la cara hinchada y magullada y un ojo cerrado por la hinchazón. Me agacho delante de él y le doy una palmadita en la mejilla.

—Escucha, muchacho —le digo en la lengua de la frontera—, queremos hablar contigo.

No responde.

—Está fingiendo —replica el centinela—. Entiende todo.

—¿Quién le ha pegado? —pregunto.

—Yo no fui —responde—. Estaba así cuando llegó.

—¿Quién te ha pegado? —le pregunto al muchacho. No me escucha. Mira fijamente por encima de mi hombro no al centinela sino al Coronel Joll, que está su lado.

Me vuelvo hacia Joll.

—Probablemente nunca ha visto nada parecido —hago un ademán—. Me refiero a las gafas. Debe de creer que usted es ciego —pero Joll no me devuelve la sonrisa. Delante de los prisioneros hay que mantener un comportamiento determinado.

Me agacho delante del anciano.

—Abuelo, escúcheme. Les hemos traído aquí porque les detuvimos después de un

robo de ganado. Usted sabe que se trata de un asunto serio, que les pueden castigar por ello.

Saca la lengua para humedecerse los labios. Tiene el rostro pálido y agotado.

—Abuelo, ¿ve a este caballero? Ha venido de la capital. Recorre todos los fuertes de la frontera. Su cometido es descubrir la verdad. Es lo único que hace. Descubrir la verdad. Si no habla conmigo tendrá que hablar con él. ¿Me comprende?

—Excelencia —me dice. Emite un sonido ronco y carraspea—. Excelencia, no sabemos nada de los robos. Los soldados nos detuvieron y nos ataron. Sin razón. Veníamos hacia aquí para visitar al médico. Este es el hijo de mi hermana. Tiene una herida que no sana. No somos ladrones. Enseña tu herida a su excelencia.

Ágilmente, con los dientes y una mano, el muchacho empieza a desliar los harapos que vendan su antebrazo. Las últimas vueltas, apelmazadas por la sangre y el pus, están pegadas a la piel, pero, no obstante, levanta los extremos para mostrarme el cerco rojo e inflamado de la herida.

—Miren —dice el anciano—, no se cura con nada. Le traía al médico cuando los soldados nos detuvieron. Eso es todo.

Regreso con mi acompañante a través de la plaza. Tres mujeres que vuelven de la alberca con baldes llenos de colada sobre la cabeza se cruzan con nosotros. Nos miran con curiosidad manteniendo el cuello erguido. El sol abrasa.

—Son nuestros únicos prisioneros desde hace mucho tiempo —le digo—. Una casualidad: en cualquier otra ocasión no hubiéramos podido mostrarle ningún bárbaro. Esto que llaman pillaje no es muy grave. Roban algunas ovejas, o bestias de carga de las caravanas. A veces realizamos redadas como escarmiento. Se trata sobre todo de parias de las tribus con pequeñísimos rebaños propios que viven a orillas del río. Esto se convierte en su forma de vida. El anciano dice que venían para ver al médico. Puede que sea verdad. Nadie hubiera admitido a un anciano y a un muchacho enfermo en una cuadrilla de ladrones.

Me doy cuenta de que estoy defendiéndoles.

—Naturalmente nunca se puede estar seguro. Pero, incluso si mienten, ¿de qué le pueden servir, gente tan simple como ésta?

Intento reprimir mi enojo por sus crípticos silencios, por el misterio teatral y mezquino de las oscuras pantallas que ocultan unos ojos sanos. Camina con las manos entrelazadas por delante, como una mujer.

—No obstante —me dice—, debo interrogarlos. Esta misma noche si es posible. Mi ayudante me acompañará. También necesitaré a alguien que me sirva de intérprete. Quizá el centinela, ¿habla su lengua?

—Todos nosotros nos podemos hacer entender. ¿Preferiría que yo no estuviera allí?

—Lo encontraría aburrido. Seguimos paso a paso pautas establecidas de antemano.

No oigo los gritos procedentes del granero que la gente dice haber oído. Soy consciente en cada momento de la tarde, mientras me ocupo de mis asuntos, de lo que puede estar sucediendo y mi oído incluso sintoniza con el tono del dolor humano. Pero el granero es una recia construcción de pesadas puertas y ventanas diminutas; se encuentra más allá del matadero y del molino, en la parte sur. Además lo que en tiempos fue un enclave de primera línea y más tarde un fuerte fronterizo, se ha convertido en un asentamiento agrícola, un pueblo de tres mil almas en el que el ruido de la vida cotidiana, el ruido que todas esas almas hacen en una calurosa tarde de verano, no cesa porque en algún lugar alguien grite. (Ahora empiezo claramente a defender mi propia causa).

Cuando vuelvo a ver al Coronel Joll en su primer rato libre llevo la conversación al tema de la tortura.

—¿Qué ocurre si el preso dice la verdad —le pregunto—, pero nota que no le creen? ¿No es una situación terrible? Imagínesele; estar dispuesto a confesar, confesar, no tener nada más que confesar, estar destrozado y sin embargo ser presionado para seguir confesando. ¿Qué responsabilidad para el que le interroga! ¿Cómo puede usted saber cuándo un hombre le ha dicho la verdad?

—Existe un tono especial —dice Joll—, un tono especial penetra en la voz del que dice la verdad. El entrenamiento y la experiencia nos enseñan a reconocer ese tono.

—¿El tono de la verdad! ¿Puede reconocer ese tono en la conversación cotidiana? ¿Oye si yo digo la verdad?

Es el momento más íntimo que hemos tenido hasta ahora, un momento que él ahuyenta con un ligero ademán.

—No, me está malinterpretando. Ahora hablo sólo de una situación determinada, de una situación en la que investigo para dar con la verdad, en la que tengo que presionar para encontrarla. Al principio sólo obtengo mentiras, así es, primero mentiras, entonces hay que presionar; después más mentiras, entonces hay que presionar más; luego el desmoronamiento, tras éste seguimos presionando, y por fin la verdad. Así es como se obtiene la verdad.

El dolor es la verdad, todo lo demás está sujeto a duda. Es la conclusión que saco de mi conversación con el Coronel Joll, al que siempre me imagino con sus uñas limadas, sus pañuelos malva, sus delicados pies calzados con zapatos flexibles, en la capital que tan manifiestamente añora, chismorreando con sus amigos en los pasillos del teatro durante los entreactos.

(Por otro lado, ¿quién soy yo para querer distanciarme de él? Bebo con él, como con él, le enseño los alrededores, le proporciono todo tipo de ayuda tal y como solicita su orden de destino, e incluso más. El Imperio no exige que sus servidores se amen los unos a los otros sino únicamente que cumplan con su obligación).

El informe que me redacta por mi condición de magistrado es breve.

«En el curso del interrogatorio se manifestaron contradicciones en el testimonio del prisionero. Confrontado con dichas contradicciones, el prisionero se revolvió con furia y atacó al oficial que le interrogaba. Se originó una pelea durante la cual el preso se golpeó fuertemente contra el muro. Los esfuerzos por reanimarle fueron inútiles».

Con el propósito de completar el informe, tal y como la ley exige, llamo al centinela y le pido que haga una declaración. Él recita y yo anoto sus palabras: «El preso se volvió incontrolable y atacó al oficial que le interrogaba. Me llamaron para ayudar a contenerle. Cuando llegué, el forcejeo ya había finalizado. El preso estaba inconsciente y sangraba por la nariz». Le indico el lugar donde debe firmar. Reverentemente coge la pluma que le ofrezco.

—¿Te dijo el oficial lo que tenías que contarme? —le pregunto amablemente.

—Sí, señor —contesta.

—¿Tenía el preso las manos atadas?

—Sí, señor. Quiero decir, no, señor.

Le doy permiso para retirarse y completo la autorización para el entierro.

Pero antes de irme a la cama cojo un farol, atravieso la plaza y, dando un rodeo por las callejuelas, me dirijo al granero. Hay un centinela nuevo en la puerta de la barraca, otro muchacho campesino dormido al calor de una manta. Un grillo deja de cantar cuando me acerco. El ruido del cerrojo no despierta al centinela. Me introduzco en la barraca sosteniendo el farol en alto, violando, me doy cuenta, lo que se ha convertido en tierra santa o profana, si es que existe alguna diferencia, terreno acotado de los secretos del Estado.

El muchacho está echado sobre un camastro de paja en un rincón, vivo, en buen estado. Parece dormir, pero la tensión de su postura le delata. Tiene las manos atadas delante. En el otro rincón hay un bulto largo y blanco.

Despierto al centinela.

—¿Quién te ordenó dejar el cuerpo allí? ¿Quién lo cosió?

Percibe el enfado en mi voz.

—Fue el hombre que vino con su otra excelencia, señor. Estaba aquí cuando entré de servicio. Le oí decirle al muchacho, «duerme con tu abuelo, dale calor». Hizo como si quisiera meter también al muchacho dentro de la misma mortaja, pero no lo hizo.

Mientras el muchacho todavía yace dormido completamente rígido con los ojos apretados, sacamos el cadáver. En el patio, mientras el centinela sostiene el farol, localizo el hilo con la punta de mi cuchillo, tiro de él desgarrando la mortaja y dejo al descubierto la cabeza del anciano.

La barba gris está apelmazada por la sangre. Tiene los labios machacados hacia

dentro, los dientes rotos. Un ojo está en blanco, el otro es un agujero sanguinoliento.

—Ciérralo —le ordeno. El centinela junta la abertura. Se vuelve a abrir—. Dicen que se golpeó la cabeza contra la pared. ¿Qué crees tú? —me mira con cautela—. Busca un poco de cuerda y ciérralo.

Sostengo el farol sobre el muchacho. No se ha movido, pero, cuando me inclino para tocarle la mejilla, retrocede y comienza a temblar con ondulaciones que recorren su cuerpo de arriba a abajo.

—Escúchame, muchacho —le digo—, no te voy a hacer daño —se echa hacia atrás protegiéndose la cara con las manos atadas. Están hinchadas y amoratadas. Hurgo en las ataduras. Todos mis movimientos relacionados con el muchacho son torpes—. Escucha: tienes que contarle la verdad al oficial. Es todo lo que quiere oír de ti, la verdad. Cuando esté seguro de que dices la verdad, no te hará daño. Pero tienes que decirle todo lo que sepas. Tienes que contestar cada una de sus preguntas con la verdad. Mantén el ánimo incluso si te hacen daño —tirando del nudo por fin consigo aflojar la cuerda—. Frótate las manos hasta que notes correr la sangre —fricciono sus manos con las mías. Dobla los dedos con dolor. No puedo pretender ser de más ayuda que una madre que consuela a su hijo de la cólera paterna. No me olvido de que un investigador puede llevar dos máscaras, puede hablar en dos tonos, uno desabrido y otro seductor.

—¿Ha comido algo esta noche? —pregunto al centinela.

—No lo sé.

—¿Has comido algo? —le pregunto al muchacho. Niega con la cabeza.

Siento que se me encoge el corazón. Nunca deseé verme envuelto en esto. Dónde acabará, no lo sé. Me dirijo al centinela.

—Ahora me voy a marchar, pero quiero que hagas tres cosas. Primero quiero que, cuando las manos del muchacho se restablezcan, las vuelvas a atar, pero no tan fuerte que vuelvan a hincharse. Segundo, quiero que dejes el cuerpo en el patio, donde está. No lo vuelvas a meter aquí. Por la mañana temprano enviaré a los sepultureros a recogerlo y se lo entregarás. Si hacen preguntas, diles que yo di las órdenes. Tercero, quiero que ahora cierres la barraca y vengas conmigo. Te voy a dar algo de la cocina para que se lo traigas sin falta al muchacho y se lo coma. Ven.

No quería verme enredado en esto. Sólo soy un magistrado local, un funcionario responsable al servicio del Imperio, que desempeña su cargo en este tranquilo lugar de la frontera y ya sólo espera retirarse. Cobro los impuestos, administro las tierras comunales, me encargo de que la guarnición tenga todo lo que necesita, superviso a los oficiales jóvenes, los únicos oficiales que hay aquí, controlo el comercio y presido el tribunal de justicia dos veces por semana. Por lo demás, contemplo los amaneceres y las puestas de sol, como y duermo, y me siento satisfecho. Cuando muera, espero merecer tres líneas en letra pequeña de la gaceta imperial. No he pedido más que una vida tranquila en una época tranquila.

Pero el año pasado comenzaron a llegar de la capital rumores de agitación entre

los bárbaros. Habían atacado y saqueado a comerciantes que viajaban por rutas seguras. Aumentó el número y la audacia de los robos de ganado. Encontraron enterrados en zanjas poco profundas a un grupo de funcionarios del censo desaparecidos. Dispararon contra un gobernador provincial en viaje de inspección. Se produjeron escaramuzas con patrullas fronterizas. Se rumoreaba que las tribus bárbaras se estaban armando. El Imperio debía tomar medidas de precaución ya que con toda seguridad habría guerra.

Yo en particular no percibí nada de toda esta agitación. Personalmente advertía que, sin falta, una vez en cada generación los bárbaros provocaban un episodio de histeria. No existe a lo largo de la frontera mujer que no haya visto en sueños la mano morena de un bárbaro surgiendo bajo su cama para agarrarle el tobillo. Ni tampoco hombre que no se haya atemorizado con visiones de los bárbaros celebrando orgías en su hogar, rompiendo los platos, incendiando las cortinas y violando a sus hijas. Estas imaginaciones son producto de la excesiva tranquilidad. Que me muestren un ejército de bárbaros y entonces lo creeré.

En la capital la preocupación se centraba en la supuesta unión de las tribus bárbaras del norte y del oeste. Enviaron a oficiales del estado mayor en inspecciones fronterizas. Se reforzaron algunas guarniciones. Se otorgó escolta militar a los comerciantes que así lo solicitaron. Por primera vez se vieron oficiales del Tercer Departamento de la Guardia Nacional en la frontera, guardianes del Estado, especialistas en los mecanismos más oscuros de la sedición, devotos de la violencia, doctores en el interrogatorio. De manera que ahora parece que mis años cómodos se acabaron, años en que podía dormir tranquilo, sabiendo que, sin grandes esfuerzos, el mundo seguiría su inalterable curso. Si tan sólo hubiera entregado estos dos absurdos prisioneros al Coronel, pienso: «Aquí tiene, Coronel, usted es el especialista, vea de qué le pueden servir». Si me hubiera marchado de caza durante unos días, como debería haber hecho, tal vez una excursión río arriba; y hubiera vuelto, y hubiera estampado mi sello en este informe sin leerlo, o después de haberlo ojeado sin interés, sin preguntarme sobre el verdadero significado de la palabra «investigación», sobre lo que se oculta bajo ella como un espectro amenazador. Si hubiera actuado con sensatez, entonces tal vez ahora pudiera volver a la caza y la cetrería, a mi plácida concupiscencia, en espera del cese de las provocaciones y el apaciguamiento de la agitación en la frontera. Pero ¡ay de mí!, no me marché: durante un rato cerré los oídos al ruido que llegaba de la barraca cercana al granero, donde se guardan las herramientas, después, ya por la noche, cogí un farol y fui a ver por mí mismo.

La nieve cubre la tierra de blanco de un horizonte a otro. Cae de un cielo en el que la fuente de luz es difusa pero está presente en todos lados, como si el sol se hubiera descompuesto en neblina, o convertido en aura. En el sueño atravieso la entrada del cuartel, dejo atrás el asta desnuda de la bandera. La plaza se extiende

ante mí, mezclándose en sus extremos con el luminoso cielo. Los muros, los árboles, las casas han menguado, han perdido su solidez, desplazados más allá del confín del mundo.

Al deslizarme por la plaza, oscuras siluetas se destacan entre la blancura, niños que juegan a construir un castillo de nieve sobre el que han colocado una banderita roja. Llevan guantes, botas, bufandas para protegerse del frío. Con un puñado tras otro de nieve fijan los muros del castillo hasta completarlo. Dejan escapar blancas bocanadas de aliento. La muralla del castillo está a medio construir. Aguzo el oído para comprender el curioso e irregular farfuleo de sus voces, pero no lo consigo.

Soy consciente de mi corpulencia, de mi aspecto amenazador, y por lo tanto no me sorprende que los niños desaparezcan por todos lados cuando me acerco. Todos menos una niña. Mayor que los otros, quizá ya ni siquiera una niña, está sentada en la nieve de espaldas a mí, construyendo la puerta del castillo, con las piernas extendidas, cogiendo nieve, apelmazándola, moldeándola. Me paro detrás de ella y la observo. No se vuelve. Intento imaginarme el rostro entre los pétalos de la puntiaguda capucha pero no puedo.

El muchacho está tendido boca arriba, desnudo, dormido, con la respiración agitada y superficial. Le brilla la piel de sudor. Por primera vez la venda no le cubre el brazo y veo en carne viva la herida purulenta que escondía.

Acerco el farol. Tiene en el vientre y las ingles pequeñas heridas, cardenales y arañazos, algunos con rastros de sangre.

—¿Qué le han hecho? —le susurro al centinela, el mismo joven de la noche pasada.

—Un cuchillo —me responde con otro susurro—. Con un cuchillo pequeño, así —extiende el pulgar y el índice. Agarrando su pequeño cuchillo de aire da un golpe seco en el cuerpo del muchacho dormido y lo gira delicadamente, como una llave, primero a la izquierda, después a la derecha. Luego lo suelta, deja caer la mano en el costado, y se queda esperando.

Me arrodillo delante del muchacho acercando la luz a su rostro y le zarandeo. Abre los ojos con languidez y los vuelve a cerrar. Suspira, se le calma la respiración.

—Escucha —le digo—. Has tenido un mal sueño. Tienes que despertarte —abre los ojos y me mira a través de la claridad.

El centinela le ofrece un cazo de agua.

—¿Puede sentarse? —le pregunto. El centinela asiente con la cabeza. Incorpora al muchacho y le ayuda a dar unos sorbos.

—Escucha —le digo—. Me dicen que has confesado. Dicen que has admitido que tú y el anciano y otros hombres de tu tribu habéis robado ovejas y caballos. Has dicho que los hombres de tu tribu se están armando, que en primavera todos vosotros vais a uniros para declarar la guerra al Imperio. ¿Es verdad? ¿Te das cuenta de lo que tu

confesión supone? ¿Te das cuenta? —hago una pausa; observa esta vehemencia con la mirada perdida, como alguien cansado después de haber corrido una larga distancia—. Supone que los soldados atacarán a tu gente. Habrá matanzas. Morirán parientes tuyos, puede que incluso tus padres, tus hermanos y hermanas. ¿De verdad es esto lo que quieres? —no contesta. Le zarandeo, le doy una bofetada. No reacciona; es como abofetear carne muerta.

—Creo que está muy enfermo —susurra el centinela a mi espalda—, tiene muchos dolores y está muy enfermo —el muchacho cierra los ojos desentendiéndose de la conversación.

Hago venir al único médico que tenemos, un anciano que se gana la vida sacando muelas y preparando afrodisiacos de huesos triturados y sangre de lagartija. Le pone un emplasto de arcilla en la herida y le aplica un unguento en el centenar de pequeñas costras. Me asegura que en una semana el muchacho podrá caminar. Recomienda alimentos nutritivos y se va corriendo. No pregunta cómo se hizo el muchacho las heridas.

Pero el Coronel está impaciente. Tiene el proyecto de realizar un ataque por sorpresa contra los nómadas y hacer más prisioneros. Quiere llevar al muchacho de guía. Me pide que le deje treinta de los cuarenta hombres de la guarnición y les proporcione caballos.

Intento disuadirle.

—Sin querer faltarle al respeto, Coronel —le digo—, usted no es un soldado profesional, nunca ha tenido que luchar en estos lugares inhóspitos. No tendrá más guía que un muchacho que le tiene terror, que dirá lo primero que se le ocurra con tal de complacerle, y que además no se encuentra en condiciones de viajar. No puede confiar en la ayuda de los soldados, sólo son reclutas campesinos, la mayoría de ellos nunca ha estado a más de ocho kilómetros del pueblo. Los bárbaros que persigue olfatearán su llegada y desaparecerán en el desierto cuando usted todavía se encuentre a un día de marcha de ellos. Han pasado aquí toda su vida, conocen el territorio. Usted y yo somos forasteros, usted incluso más que yo. Sinceramente le recomiendo que no vaya.

Me escucha hasta el final, incluso (tengo esa sensación) me anima a participarle mi opinión. Estoy convencido de que después anotará esta conversación con el comentario de que soy un «inepto». Cuando ya ha oído lo suficiente acaba con mis objeciones:

—Tengo que cumplir un servicio, Magistrado. Sólo podré emitir un juicio cuando termine mi trabajo —y continúa con los preparativos.

Viaja en un carruaje negro de dos ruedas, con un catre y un escritorio plegable amarrados al techo. Le suministro caballos, carretas, forraje y provisiones para tres semanas. Le acompaña un teniente de la guarnición. Hablo en privado con el teniente:

—No confíe en el guía. Está débil y atemorizado. Tenga en cuenta los cambios de tiempo y los puntos de orientación. Su primer deber es traer a nuestro visitante sano y salvo —inclina la cabeza.

Vuelvo a dirigirme a Joll, con el propósito de hacerme una idea aproximada de sus intenciones.

—Sí —dice—. Por supuesto no quisiera atenerme a un plan prefijado. Pero, a grandes rasgos, localizaremos el campamento de esos nómadas y después actuaremos dependiendo de la situación.

—Únicamente se lo pregunto —continúo yo— porque si se pierden es nuestra obligación encontrarlos y traerlos de vuelta a la civilización —hacemos una pausa, saboreando desde nuestras diferentes posiciones la ironía de esta palabra.

—Sí, claro —dice—. Pero es improbable. Tenemos la suerte de disponer de los excelentes mapas de la región que usted nos ha proporcionado.

—Esos mapas se basan en poco más que en descripciones orales, Coronel. Los he reunido gracias a los relatos de algunos viajeros durante un período de diez o veinte años. Yo mismo no he pisado nunca el lugar al que se propone ir. Solamente le quiero prevenir.

A partir de su segundo día aquí su presencia me ha desasosegado tanto que no he podido ser más que correcto en mi conducta hacia él. Supongo que, al igual que un verdugo itinerante, se ha acostumbrado a que le rehuyan. ¿O acaso es sólo en las provincias donde se considera sucio el trabajo de verdugos y torturadores? Al observarle me pregunto qué sentiría la primera vez que lo invitaron como aprendiz a retorcer los alicates o apretar las tuercas o hacer lo que tengan por costumbre: ¿se estremeció siquiera ligeramente al saber que en ese mismo instante estaba traspasando el límite de lo prohibido? Me pregunto también si tendrá un ritual de purificación personal, llevado a cabo en secreto, que le permita regresar y compartir la mesa con otros hombres. Puede que se lave las manos cuidadosamente, o se cambie totalmente de ropa; ¿o acaso el Departamento ha creado una clase nueva de hombres que puede pasar sin inmutarse de un mundo sucio a otro limpio?

Muy avanzada la noche oigo los tañidos y el ruido de los tambores de la orquestina bajo los nogales centenarios al otro lado de la plaza. Hay un resplandor rosado en el aire procedente del gran lecho de brasas sobre el que los soldados asan ovejas enteras, un regalo de su «Excelencia». Beberán hasta altas horas de la madrugada y partirán al amanecer.

Me dirijo al granero por las callejas laterales. El centinela no se encuentra en su puesto, la puerta de la barraca está abierta. Me dispongo a entrar cuando oigo susurros y risas en el interior.

Fijo la mirada en la densa oscuridad.

—¿Quién está ahí? —digo.

Oigo un ruido y el joven centinela tropieza conmigo.

—Perdone, señor —dice. El aliento le apesta a ron—. El prisionero me llamó y

estaba tratando de ayudarle —de la oscuridad surge una risotada.

Me duermo, más tarde me despiertan nuevas melodías de baile desde la plaza, me vuelvo a dormir y sueño con un cuerpo tendido boca arriba, con abundante vello púbico que brilla como un líquido negro y oro por todo el vientre hasta introducirse como una flecha en la abertura de las piernas. Cuando alargo una mano para acariciar el vello, empieza a retorcerse. No es vello sino abejas apiñadas unas sobre otras: repletas de miel, pegajosas, se arrastran fuera de la abertura y despliegan las alas.

Mi último acto de cortesía consiste en acompañar a caballo al Coronel hasta donde el camino tuerce hacia el noroeste bordeando el lago. El sol se encuentra tan alto y brilla tan desmesuradamente en la superficie que tengo que protegerme los ojos. Los hombres, cansados y mareados después de una noche de borrachera, nos siguen rezagados. En medio de la columna, sostenido por un soldado que cabalga junto a él, se encuentra el prisionero. Tiene el rostro mortecino, se sostiene en la montura en una postura incómoda, evidentemente las heridas todavía le duelen. Al final marchan las bestias de carga y las carretas con barriles de agua, provisiones, y el equipo más pesado: lanzas, fusiles, municiones, tiendas. Con todo, no es un espectáculo impresionante: la columna cabalga en desorden, algunos hombres con la cabeza descubierta, otros con el pesado casco con plumas de la caballería, el resto con una sucia gorra de cuero.

Desvían la vista del resplandor, menos uno que mira obstinadamente al frente a través de una franja de cristal ahumado pegada a un palito que sostiene ante sus ojos emulando a su jefe. ¿Hasta dónde iré esta absurda afectación?

Cabalgamos en silencio. Los segadores, de faena en el campo desde antes del amanecer, hacen un alto en el trabajo y saludan cuando pasamos. En la desviación del camino detengo el caballo y me despido.

—Le deseo que vuelva sano y salvo, Coronel —le digo. Enmarcado por la ventana del carruaje, inclina la cabeza mecánicamente.

Así que cabalgo de regreso, liberado de mi carga y contento de volver a estar solo en un mundo que conozco y comprendo. Subo a la muralla para observar a la pequeña columna serpentear por el camino del noroeste hacia la lejana mancha verde donde el río desemboca en el lago y la franja de vegetación desaparece entre la neblina del desierto. El sol, dorado e inmenso, todavía está suspendido sobre el agua. Al sur del lago se extienden terrenos pantanosos y salinos, y tras ellos una franja entre azul y gris de colinas yermas. En el campo los segadores cargan de heno dos viejos carros enormes. Una bandada de lavancos revolotea sobre nosotros y luego planea hacia el agua. El final del verano, tiempo de paz y abundancia. Creo en la paz, y tal vez incluso en la paz a cualquier precio.

A tres kilómetros al sur del pueblo en línea recta un grupo de dunas destaca entre el paisaje llano y arenoso. Coger ranas en las marismas y deslizarse por las

pendientes de las dunas en trineos de madera encerada son los principales entretenimientos veraniegos de los niños, el primero por la mañana, el otro por la tarde, cuando el sol se pone y la arena empieza a enfriarse. Aunque el viento sopla durante todo el año, las dunas son estables, las mantienen unidas una capa de fina hierba y también, tal y como descubrí por casualidad hace pocos años, estructuras de madera. Porque las dunas cubren las ruinas de las casas que datan de una época muy anterior a la anexión de las provincias occidentales y a la construcción del fuerte.

Excavar esas ruinas constituye uno de mis pasatiempos. Cuando no hay que efectuar reparaciones en el sistema de riego, condono a los maleantes de poca importancia a unos días de trabajo en las dunas; allí van pelotones de soldados arrestados; incluso, en el colmo de mi entusiasmo, llegué a pagar de mi bolsillo trabajadores temporales. No es una tarea apetecida, ya que los excavadores tienen que trabajar duro bajo un sol abrasador o ante un viento cortante sin posibilidad de guarecerse y con la arena esparciéndose por todos lados. Trabajan de mala gana, sin compartir mi interés (que consideran peregrino), desalentados por la velocidad con que la arena se vuelve a amontonar. Pero en el curso de pocos años he logrado dejar al descubierto completamente varias de las estructuras mayores. La excavación más reciente sobresale como un barco embarrancado en el desierto, siendo visible incluso desde las murallas del pueblo. De esta estructura, tal vez un edificio público o un templo, he rescatado el pesado dintel de madera de álamo tallado. Es un motivo de peces que saltan entrelazados, que ahora cuelga en mi chimenea. Enterrado bajo el suelo de la estructura en una bolsa que se deshizo nada más tocarla, encontré también un cofre lleno de tablillas alargadas de madera con caracteres pintados en una escritura absolutamente desconocida para mí. Hemos encontrado tablillas parecidas antes, desperdigadas por las ruinas como pinzas de ropa, pero la mayoría tan decoloradas por la acción de la arena que la escritura era ilegible. Los caracteres en las nuevas tablillas se conservan tan claros como el primer día que se escribieron. Ahora, con la esperanza de descifrar la escritura, he comenzado a recoger todas las tablillas que encuentro, y he hecho saber a los niños que ahora juegan aquí que por cada una que encuentren les daré un penique.

Los armazones de madera que dejamos al descubierto están secos y a punto de convertirse en polvo. Muchos sólo han permanecido unidos por la arena circundante y, una vez expuestos al aire, se pulverizan. Otros se quiebran al menor roce. No tengo idea de cuándo data la madera. Los bárbaros, nómadas que viven del pastoreo y moran en tiendas, no hacen referencia en sus leyendas a un asentamiento permanente cerca del lago. No hay restos humanos entre las ruinas. Si hay un cementerio, aún no lo hemos encontrado. Las casas carecen de enseres. En un lecho de cenizas he encontrado fragmentos de utensilios de barro cocido al sol y algo marrón que en tiempos pudo haber sido una zapatilla o gorra de piel, pero que se desintegró ante mis ojos. No sé de dónde trajeron la madera para construir estas casas. Puede que en épocas pasadas criminales, esclavos, soldados recorrieran los veinte kilómetros largos

hasta el río, y cortaran álamos, los aserraran y los cepillaran y transportaran los maderos a este desierto en carros, y construyeran casas, y también un fuerte, tal y como creo, muriendo al cabo del tiempo, para que sus amos, prefectos, magistrados y capitanes pudieran subir a las azoteas y a las torres por la mañana y por la noche para otear el mundo de un horizonte a otro en busca de indicios de los bárbaros. Puede que en mi excavación sólo haya escarbado la superficie. Puede que a tres metros bajo tierra se encuentren las ruinas de otro fuerte, arrasado por los bárbaros, habitado por los huesos de un pueblo que creyó que estaría a salvo entre altas murallas. Puede que cuando piso el suelo del Juzgado, si eso es lo que es, tenga bajo mis pies la cabeza de un magistrado como yo, otro sirviente canoso de un Imperio que, enfrentado finalmente al bárbaro, sucumbió en el terreno de su jurisdicción. ¿Cómo llegaré a saberlo nunca? ¿Excavando como los conejos? ¿Me lo dirán algún día los caracteres de las tablillas? Había doscientas cincuenta y seis tablillas en la bolsa. ¿Es sólo casualidad que sea mi número cuadrado perfecto? Después de haberlas contado y haber descubierto este hecho, despejé el suelo de mi despacho y las extendí sobre él, primero en un gran cuadrado, después en dieciséis cuadrados más pequeños, más tarde en otras combinaciones, pensando que lo que hasta ahora había tomado por caracteres de un silabario, podrían realmente ser elementos de un dibujo cuyas líneas maestras reconocería si encontraba la disposición correcta: un mapa del territorio de los bárbaros en tiempos pasados, o la representación de un panteón desaparecido. He llegado incluso a leer las tablillas frente a un espejo para calcar los caracteres y compararlos, a combinar la mitad de una tablilla con la mitad de otra.

Una tarde me quedé entre las ruinas después de que los niños se marcharan a cenar a sus casas, en medio de la luz violeta del atardecer y las primeras estrellas, la hora en que, según la tradición popular, se despiertan los espíritus. Acerqué mi oído a la tierra tal y como los niños me habían enseñado, para oír lo que ellos oyen: latidos y gemidos subterráneos, el repiqueteo profundo e irregular de los tambores. Sentí en la mejilla el ruido sordo de la arena al deslizarse sin rumbo por el desierto. Se desvaneció la última claridad, las murallas se ensombrecieron difuminándose en la oscuridad. Esperé durante una hora, envuelto en mi capa, apoyado en el soporte del esquinazo de una casa donde en el pasado la gente debió de conversar, comer, tocar algún instrumento. Sentado vi salir la luna, abriendo mis sentidos a la noche, esperando una señal de que lo que se extendía a mi alrededor, lo que estaba enterrado bajo mis pies, no era sólo arena, polvo de huesos, óxido, fragmentos de loza, ceniza. La señal no llegó. No experimenté el miedo de estar ante espíritus. Mi asiento en la arena era cálido. Al poco tiempo me di cuenta de que me estaba durmiendo.

Me levanté y me estiré; después regresé tranquilamente a casa en medio de la oscuridad cálida y fragante, orientándome por el resplandor débil de las chimeneas de las casas. Ridículo, pensé: un hombre de barba cana sentado en medio de la oscuridad, esperando que espíritus de épocas pasadas e inciertas le hablen antes de volver a casa, a su rancho y a su confortable cama. El espacio que aquí nos rodea no

es más que espacio, ni inferior ni más sublime que el espacio sobre las chozas, las casas, los templos y los despachos de la capital. El espacio es sólo espacio, la vida es sólo vida, igual en todas partes. Pero en lo que a mí respecta, mantenido por el trabajo de otros, carente de vicios civilizados con los que llenar mi tiempo libre, alimento mi melancolía y trato de encontrar en el vacío del desierto un sentido histórico especial. ¡Vano, inútil, equivocado! ¡Menos mal que nadie me ve!

Hoy, sólo cuatro días después de la partida de la expedición, llegan los primeros prisioneros del Coronel. Desde mi ventana les observo atravesar la plaza rodeados por los soldados a caballo, llenos de polvo, agotados, asustados por los exploradores que se apiñan a su alrededor, por los niños que saltan, por los perros que ladran. Los soldados desmontan a la sombra de los muros del cuartel; los prisioneros se sientan en cuclillas rápidamente para descansar excepto un niño que permanece de pie apoyado en una pierna, con el rostro en el hombro de su madre, observando a su vez con curiosidad a los mirones. Alguien les lleva un cubo de agua y un cazo. Beben con ansiedad, mientras la muchedumbre crece y se acerca tanto a ellos que ya no puedo ver nada. Miro con impaciencia al soldado que se abre camino entre la multitud y atraviesa el patio del cuartel.

—¿Qué significa esto? —le grito. Agacha la cabeza y se hurga en los bolsillos—. ¡Son pescadores! ¿Por qué los has traído?

Me tiende una carta. Rompo el sello y leo: «Haga el favor de mantener incomunicados a éstos y a sucesivos detenidos hasta mi regreso». Debajo de su firma se repite el sello, el sello del Departamento que ha traído consigo al desierto, y si muriera, yo, evidentemente, tendría que organizar una segunda expedición para recuperarlo.

—¡Este hombre es ridículo! —grito. Doy vueltas furioso por mi despacho. Nunca se debe hablar mal de los oficiales a la tropa, ni de los padres a los hijos, pero no descubro en mi corazón ni un ápice de lealtad hacia ese hombre—. ¿Es que nadie le dijo que eran pescadores? ¡Es una pérdida de tiempo haberlos traído! ¡Vosotros estáis para ayudarle a encontrar bandidos, ladrones, invasores del Imperio! ¿Acaso esta gente tiene aspecto de suponer un peligro para el Imperio? —tiro la carta contra la ventana.

La multitud se aparta a mi paso hasta que me encuentro en el centro, frente a una docena de prisioneros dignos de lástima. Retroceden ante mi furia, el niño pequeño se protege en los brazos de su madre. Hago señas a los soldados:

—¡Abríos paso y llevad a esta gente al patio del cuartel! —se llevan a los cautivos; la entrada del cuartel se cierra a nuestras espaldas—. Ahora exijo una explicación —digo—; ¿no le dijo nadie que estos prisioneros no le sirven de nada? ¿No le aclaró nadie la diferencia entre pescadores con redes y jinetes nómadas con arcos? ¿No le dijo nadie que ni siquiera hablan la misma lengua?

Uno de los soldados me lo explica.

—Cuando nos vieron llegar trataron de esconderse en los cañaverales. Vieron llegar hombres a caballo y trataron de esconderse. Por eso el oficial, su Excelencia, nos ordenó apresarlos. Porque trataban de esconderse.

Podría maldecir con toda mi alma. ¡Un policía! ¡La lógica de un policía!

—¿Os dijo su Excelencia por qué quería que los trajerais aquí? ¿Dijo por qué no les interrogó allí?

—Ninguno de nosotros habla su lengua, señor.

¡Por supuesto que no! Los pobladores del río son aborígenes, anteriores incluso a los nómadas. Viven en asentamientos de dos o tres familias a la orilla del río, pescan y cazan con cepos la mayor parte del año, en otoño reman hasta la orilla sur, la más remota del lago, para coger lombrices de cebo y secarlas, construyen endebles refugios de caña, se mueren de frío durante todo el invierno, y se visten con pieles. Temerosos de todos, escondidos en los cañaverales, ¿qué saben ellos de una gran ofensiva de los bárbaros contra el Imperio?

Envío a uno de los hombres a la cocina a buscar comida. Regresa con una hogaza de pan de ayer que entrega al prisionero más anciano. El anciano coge el pan reverentemente con las dos manos, lo olfatea, lo divide y reparte los trozos a su alrededor. Se llenan la boca de este maná, masticando, sin levantar la mirada. Una mujer escupe el pan masticado en la palma de la mano y se lo da a su hijo. Hago señas para que traigan más pan. Permanecemos de pie, observándoles comer como si de animales se tratara.

—Que se queden en el patio —les digo a los centinelas—. Nos acarrearán molestias, pero no hay otro lugar. Si hace frío esta noche, buscaré un arreglo. Encargaos de su comida. Hacedlos trabajar en algo para tenerlos ocupados. Mantened la entrada cerrada. No intentarán escapar, pero no quiero que entren curiosos a mirarles.

Contengo mi enojo y hago lo que el Coronel ordena: mantengo a sus inútiles prisioneros «incomunicados». Y al cabo de un día o dos estos salvajes parecen haber olvidado que no están en su casa. Profundamente complacidos por la comida abundante y gratuita, y sobre todo por el pan, se relajan, sonrían a todos, van de sombra en sombra por el patio del cuartel, dormitan, se despiertan, y se animan cuando la hora de la comida se acerca. Tienen unos hábitos espontáneos y son sucios. Un rincón del patio se ha convertido en una letrina donde hombres y mujeres se ponen en cuclillas a la vista de todos, y donde una nube de moscas revolotea todo el día. (—Proporcionadles una pala —les digo a los centinelas, pero no la usan). El niño pequeño, ya sin rastro de temor, frecuenta la cocina, mendigando azúcar a las sirvientas. El azúcar y el té suponen, además del pan, grandes novedades para ellos. Cada mañana se les da un bloque pequeño de hojas de té prensadas que hierven en un cubo de veinte litros en un trípode sobre el fuego. Son felices aquí; en realidad si no les echáramos puede que se quedaran con nosotros para siempre, tan poca cosa

parece haberles persuadido de abandonar su estado natural. Me paso las horas observándoles desde la ventana de arriba (otros curiosos tienen que hacerlo desde la verja). Observo cómo las mujeres se quitan los piojos, se peinan y se trenzan el largo pelo negro unas a otras. Algunos tienen accesos de tos bronca. Es extraño que no haya niños en el grupo, salvo uno pequeño y otro de pecho. ¿Es posible que algunos de ellos, los ágiles, los despiertos, después de todo escaparan de los soldados? Eso espero. Espero que cuando los devolvamos a sus hogares del río tengan muchos relatos inverosímiles que contar a sus vecinos. Espero que el relato de su cautiverio entre en sus leyendas, transmitido oralmente de abuelos a nietos. Pero también espero que los recuerdos del pueblo, con su vida fácil y su comida exótica, no sean tan tentadores como para hacerles volver. No deseo tener bajo mi mando a una estirpe de mendigos.

Durante algunos días el grupo de pescadores supone una diversión, con su extraño parloteo, su enorme apetito, su desvergüenza animal, mi humor inestable. Los soldados se entretienen en las puertas para observarlos, haciéndoles comentarios obscenos que ellos no entienden, y burlándose de ellos; siempre hay niños con el rostro pegado a los barrotes de la verja; y desde mi ventana yo también los contemplo, invisible detrás del cristal.

Un día, de repente, nos dejan de ser simpáticos. La suciedad, el mal olor, el ruido de sus peleas y sus toses es demasiado para nosotros. Ocurre un lamentable incidente cuando un soldado, puede que sólo en broma, quién sabe, trata de arrastrar a una de las mujeres al interior y le apedrean. Empieza a correr el rumor de que están enfermos, que traerán una epidemia al pueblo. Aunque hago retirar los excrementos y cavar un hoyo en un rincón del patio, el personal de la cocina se niega a proporcionarles utensilios y comienza a tirarles la comida desde la puerta, como si en verdad de animales se tratara. Los soldados cierran herméticamente la puerta del dormitorio del cuartel, los niños ya no se acercan a la verja. Durante la noche alguien lanza un gato muerto por encima del muro, causando un gran alboroto. Se pasan estos días calurosos y largos ganduleando por el patio desierto. El niño de pecho llora y tose, llora y tose hasta hacerme huir en busca de un refugio al rincón más apartado de mi vivienda. Escribo una carta al Tercer Departamento, perpetuo guardián del Imperio, denunciando la incompetencia de uno de sus agentes. «¿Por qué no envían personas con experiencia en la frontera para investigar los conflictos fronterizos?», escribo. Pero mi sentido común me dice que rompa la carta. Si abro la verja en plena noche, me pregunto, ¿se irán los pescadores? Pero no hago nada. Después, un día, me doy cuenta de que el niño ya no llora. Cuando miro por la ventana no lo veo por ninguna parte. Envío en su busca a un soldado que encuentra el pequeño cadáver bajo la ropa de su madre. Ella se resiste a entregarlo, y tenemos que arrancárselo a la fuerza. Tras esto, se pasa todo el día sentada en cuclillas, completamente sola, con la cara tapada y negándose a comer. Los suyos parecen rehuirlo. ¿Acaso hemos violado alguna de sus costumbres, me pregunto, al arrebatarse el niño y enterrarlo? Maldigo al

Coronel Joll por todos los problemas que me crea, y también por la vergüenza.

Regresa más tarde en plena noche. Los toques de corneta procedentes de la muralla irrumpen en mi sueño, el dormitorio del cuartel se inunda de un gran alboroto al buscar los soldados sus armas apresuradamente. No tengo la cabeza despejada, tardo en vestirme, y cuando salgo a la plaza, la columna ya está cruzando la entrada, algunos hombres a caballo, otros tirando de sus monturas. Me mantengo apartado mientras los curiosos se apiñan a su alrededor, tocando y abrazando a los soldados, riendo excitados (—¡Todos regresan sanos y salvos! —grita alguien—), hasta que, acercándose en medio de la columna, veo lo que he estado temiendo: el carruaje negro, tras él, arrastrándose, el grupo de prisioneros atados por el cuello entre sí con una gran soga, figuras informes con los abrigos de piel de oveja bajo la luz plateada de la luna, después, siguiéndoles, los últimos soldados guiando las carretas y las bestias de carga. A medida que más y más personas llegan corriendo, algunos con antorchas encendidas, y el ruido de voces aumenta, doy la espalda al triunfo del Coronel y me abro camino de vuelta a mis habitaciones. En este mismo momento empiezo a darme cuenta de las desventajas de vivir, tal y como he querido, en la laberíntica vivienda entre el almacén y la cocina destinada al comandante militar que desde hace años no tenemos, en vez del bello palacete con geranios en las ventanas que entra en el lote del magistrado civil. Me gustaría poder cerrar los oídos al ruido que llega del patio que ahora, según parece, se ha convertido en una prisión permanente. Me siento viejo y cansado, quiero dormir. Últimamente duermo siempre que puedo, y, cuando me despierto, lo hago a disgusto. El sueño ya no es un baño curativo, la recuperación de las fuerzas vitales, sino la nada, un encuentro nocturno con la destrucción. Creo que habitar esta vivienda se ha vuelto en mi contra; y no sólo eso. Si viviera en el palacete del magistrado en la calle más tranquila del pueblo, celebrando audiencias los lunes y los jueves, cazando todas las mañanas, llenando las veladas con los clásicos, cerrando los oídos a las actividades de este policía advenedizo, si me decidiera a sobrellevar las épocas malas, guardándome las opiniones para mí mismo, quizá dejara de sentirme como un hombre que, arrastrado por la corriente, deja de luchar, deja de nadar y vuelve la mirada hacia el mar abierto y la muerte. Pero es el reconocimiento de lo aleatorio de mi malestar, de su dependencia de un niño que un día gimotea bajo mi ventana y al otro está muerto, lo que despierta en mí la vergüenza más profunda, la indiferencia más grande ante la destrucción. En cierto modo sé demasiado; y una vez que uno se ve infectado de este saber no parece haber recuperación posible. Nunca debí haber cogido el farol para ver lo que estaba pasando en la barraca junto al granero. Por otro lado, no me era posible dejar el farol después de haberlo cogido. El nudo se enreda en sí mismo; no puedo deshacerlo.

El Coronel se pasa todo el día siguiente durmiendo en su habitación de la posada, y el servicio tiene que realizar sus tareas de puntillas. Intento no prestar atención al nuevo grupo de prisioneros del patio. Es una pena que tanto todas las puertas del

cuartel como la escalera que conduce a mi vivienda den al patio. Salgo de prisa con la primera luz de la mañana, me mantengo ocupado todo el día con los impuestos municipales, y por la noche ceno con amigos. De camino a casa me encuentro con el joven teniente que acompañó al Coronel Joll al desierto y le felicito por haber regresado sano y salvo.

—¿Pero por qué no le dijo al Coronel que los pescadores no le serían útiles en sus investigaciones? —parece turbarse.

—Se lo dije —me responde—, pero su único comentario fue el de «prisioneros son prisioneros». Y pensé que yo no era quién para discutir con él.

Al día siguiente el Coronel comienza los interrogatorios. En un principio le consideré un perezoso, poco más que un burócrata de inclinaciones torcidas. Ahora veo cuánto me equivoqué. Es incansable en su búsqueda de la verdad. Los interrogatorios comienzan por la mañana temprano y todavía continúan cuando vuelvo después del atardecer. Ha reclutado la ayuda de un cazador que se ha pasado la vida matando jabalíes a lo largo del río y conoce cien palabras de la lengua de los pescadores. Estos van entrando de uno en uno en la habitación donde el Coronel se ha instalado para contestar si han visto jinetes desconocidos por los alrededores. Interroga incluso al niño.

—¿Ha tenido tu padre visitas de desconocidos durante la noche? —(puedo por supuesto imaginarme lo que ocurre en esa habitación, el temor, la perplejidad, la humillación). No conducen a los prisioneros de vuelta al patio sino al dormitorio principal del cuartel: han desalojado a los soldados y los han acuartelado en el pueblo. Me siento en mis habitaciones con las ventanas cerradas, en medio del calor sofocante de una noche sin viento, intentando leer, esforzándome por oír o no oír los sonidos de la violencia. Por fin, a medianoche, el interrogatorio cesa, ya no se oyen más portazos ni ruido de pasos, el patio queda en silencio bajo la luz de la luna, y ya si quiero puedo dormir.

La alegría ha abandonado mi vida. Paso el día jugando con listas y números, alargando tareas insignificantes que llenen las horas. Por la noche ceno en la posada; después, sin ganas de irme a casa, subo al laberinto de habitáculos y piezas divididas con tabiques donde los mozos de cuadra duermen y las chicas reciben a sus amigos.

Duermo como un muerto. Cuando me despierto a la tenue claridad del amanecer la chica está acurrucada en el suelo. Le rozo el brazo.

—¿Por qué duermes ahí?

Me sonrío.

—No importa. Estoy cómoda —(es verdad: se estira y bosteza sobre la suave alfombra de piel de borrego que es incluso más grande que su bonito cuerpo pequeño)—. Tenía el sueño agitado, me dijo que me fuera, así que pensé que dormiría mejor aquí.

—¿Te dije que te fueras?

—Sí: en sueños. No se enfade —se sube a la cama y se echa a mi lado. La abrazo

con gratitud, sin deseo.

—Me gustaría volver a dormir aquí esta noche —le digo. Me acaricia el pecho con los labios. Se me ocurre que le diga lo que le diga, lo oírás con simpatía, con amabilidad. ¿Pero qué puedo decirle? «¿Suceden cosas horribles mientras nosotros dormimos por la noche?». El chacal arranca las entrañas de la liebre, pero el mundo sigue su curso.

Paso otro día y otra noche alejado del imperio del dolor. Me duermo en los brazos de la chica. Por la mañana vuelve a estar en el suelo. Se ríe de mi consternación:

—Me echó con todas sus fuerzas. No se enfade, por favor. No podemos controlar los sueños ni lo que hacemos cuando dormimos —protesto y vuelvo la cara. La conozco desde hace un año, a veces la he visitado incluso dos días a la semana en esta habitación. Siento por ella un afecto sosegado que quizá sea lo mejor que se pueda desear para un hombre que envejece y una joven de veinte años; sin lugar a dudas mejor que una pasión posesiva. He acariciado la idea de pedirle que viva conmigo. Intento recordar qué pesadilla me posee cuando la echo de mi lado, pero no lo consigo.

—Si lo vuelvo a hacer, prométeme que me despertarás —le digo.

Más tarde, en mi despacho del Juzgado, me anuncian una visita. Es el Coronel Joll que entra sin quitarse sus gafas oscuras y se sienta frente a mí. Le ofrezco una taza de té, sorprendido de la firmeza de mi mano. Me dice que se marcha. ¿Debo tratar de ocultar mi alegría? Bebe el té a sorbos, preocupado de mantenerse derecho, mientras inspecciona la habitación, los estantes y más estantes de papeles atados en fajos con cintas, la relación de décadas de administración rutinaria, la pequeña estantería con textos legales, la mesa en completo desorden. Dice que ha terminado con los interrogatorios por ahora y tiene prisa por regresar a la capital y redactar el informe. Le envuelve un aire de triunfo firmemente controlado. Asiento para indicar que lo comprendo.

—Todo lo que esté en mi mano para facilitarle el viaje... —le digo. Se hace un silencio. Después, en medio de este silencio dejo caer, como un guijarro en un estanque, mi pregunta.

»Coronel, ¿han dado los interrogatorios a los nómadas y aborígenes los resultados que esperaba?

Junta las yemas de los dedos antes de responder. Tengo la impresión de que sabe cuánto me irrita su afectación.

—Sí, Magistrado, puedo decir que hemos obtenido algún resultado. Sobre todo si considera que se están llevando a cabo investigaciones parecidas de forma coordinada en otros lugares de la frontera.

—Perfecto. ¿Y puede decirme si tenemos algo que temer? ¿Podemos dormir tranquilos?

La comisura de sus labios se tuerce esbozando una sonrisa. Después se levanta, inclina la cabeza, se da la vuelta y se marcha. Parte a la mañana siguiente

acompañado de su pequeña escolta, tomando el largo camino del este hacia la capital. Durante este período de prueba ambos hemos logrado comportarnos entre nosotros como personas civilizadas. Toda mi vida he sido un defensor del comportamiento civilizado; sin embargo, en esta ocasión, no puedo negarlo, el recuerdo me deja asqueado de mí mismo.

Lo primero que hago es ir a ver a los prisioneros. Descorro el cerrojo del dormitorio del cuartel que ha sido su prisión, sintiendo ya asco por el repugnante olor a sudor e inmundicias, y abro las puertas de par en par.

—¡Sacadlos de aquí! —grito a los soldados medio vestidos que me miran mientras comen sus gachas. Desde la oscuridad del interior los prisioneros me observan con apatía—. ¡Entrad y limpiad la habitación! —grito—. ¡Quiero ver todo limpio! ¡Jabón y agua! ¡Quiero verlo todo como estaba antes! —los soldados se apresuran a obedecer; pero se deben de estar preguntando por qué descargo mi enojo en ellos. Los prisioneros salen a la luz del día, entornando los ojos, protegiéndoselos de la luz. Tienen que ayudar a una de las mujeres. Aunque es joven, tiembla sin parar como una anciana. Algunos están tan enfermos que no pueden ni levantarse.

Los vi por última vez hace cinco días (si es que realmente puedo decir que los vi, o acaso lo más que hice fue echarles una rápida ojeada de mala gana). No sé por todo lo que han pasado en estos días. Ahora, agrupados por los soldados, permanecen de pie formando un núcleo indefenso y pequeño en un rincón del patio, nómadas y pescadores juntos, enfermos, hambrientos, heridos, aterrorizados. Lo mejor sería que este oscuro capítulo de la historia del mundo acabara de una vez, que borrarán a estos feos seres de la faz de la tierra y nosotros juráramos empezar todo desde el principio, gobernar un imperio en el que no hubiera más injusticia, más dolor. Costaría poco hacerles caminar hasta el desierto (quizá después de haberles dado de comer para que pudieran recorrer el camino), hacerles cavar con el último resto de sus fuerzas una zanja lo suficientemente grande como para que cupieran todos en ella (¡o incluso cavarla nosotros!), y, tras dejarles enterrados por los siglos de los siglos, volver al pueblo amurallado llenos de nuevos propósitos, de nuevas intenciones. Pero no seré yo quien lo haga. Son los hombres nuevos del Imperio los que creen en comienzos desde cero, capítulos nuevos, páginas en blanco; yo persevero en la misma historia, con la esperanza de que antes de que concluya me revele por qué creí que merecía mis desvelos. Por ello, y puesto que hoy el mantenimiento de la ley y el orden en este lugar vuelve a ser responsabilidad mía, ordeno que den de comer a los prisioneros, que avisen al médico para que haga lo que pueda, que arreglen el cuartel para que vuelva a ser un cuartel, que hagan lo necesario para que los prisioneros retornen a su vida anterior lo antes posible, lo más lejos posible.

II

Está de rodillas a la sombra del muro del cuartel a escasos metros de la verja, embutida en un abrigo demasiado grande, con una gorra de piel extendida en el suelo delante de ella. Tiene las cejas negras y rectas y el cabello liso y negro propio de los bárbaros. ¿Qué hace una mujer bárbara mendigando en el pueblo? Hay pocos peniques en la gorra.

Dos veces más durante el día paso cerca de ella. En ambas ocasiones me dedica una extraña mirada, fijando la vista en línea recta hacia el frente hasta que me acerco, y después, volviendo la cabeza muy despacio al otro lado. La segunda vez dejo caer una moneda en la gorra.

—Hace frío y es muy tarde para estar en la calle —le digo. Asiente con la cabeza. El sol se pone tras una franja de nubes negras, el viento del norte ya trae presagios de nieve; la plaza está desierta; sigo mi camino.

Al día siguiente ya no está allí. Hablo con el centinela de la entrada:

—Ayer había una mujer sentada allí todo el día, mendigando. ¿De dónde viene?

—Es una ciega —me contesta. Del grupo de bárbaros que trajo el Coronel. La abandonaron aquí.

Pocos días después la veo atravesando la plaza con paso lento y torpe, apoyada en dos bastones, arrastrando tras de sí por el polvo el abrigo de piel de oveja. Doy la orden; la traen a mis habitaciones donde permanece de pie ante mí apoyada en los bastones.

—Quítate la gorra —le digo. El soldado que la ha traído le quita la gorra. Es la misma muchacha, el mismo cabello negro cortado en un flequillo que cruza su frente, la misma boca ancha, los ojos negros que me miran y no me ven.

—Me han dicho que eres ciega.

—Veo —dice ella. Sus ojos se apartan de mi rostro fijándose en algún lugar a la derecha detrás de mí.

—¿De dónde eres? —sin pensar, miro hacia atrás: tiene la vista fija en la pared vacía. Su mirada se ha vuelto pétrea. Aun sabiendo de antemano la respuesta, le repito la pregunta. El silencio es su respuesta.

Hago retirarse al soldado. Nos quedamos solos.

—Sé quién eres —le digo—. ¿Quieres sentarte, por favor? —cojo los bastones y la ayudo a sentarse en un taburete. Bajo el abrigo lleva unos calzones anchos de hilo metidos en unas botas de suela gruesa. Huele a humo, a ropa vieja, a pescado. Tiene las manos callosas.

—¿Te ganas la vida mendigando? —le pregunto—. Sabes que no deberías estar en el pueblo. Podríamos echarte en cualquier momento y devolverte a tu pueblo.

Sentada mira al frente de forma perturbadora.

—Mírame —le digo.

—Estoy mirándole. Así es cómo miro.

Muevo una mano delante de sus ojos. Pestañea. Acerco la cara y fijo la vista en sus ojos. Vuelve la mirada de la pared a mí. El blanco de los ojos limpio y claro como el de un niño hace resaltar el iris negro. Le rozo la mejilla: se sobresalta.

—Te he preguntado de qué vives.

Se encoge de hombros.

—Lavando.

—¿Dónde vives?

—Vivo.

—No queremos vagabundos en el pueblo. Ya casi es invierno. Tienes que buscarte un lugar donde vivir. Si no, tendrás que volver con tu pueblo.

Permanece sentada con obstinación. Me doy cuenta de que no quiero ir al grano.

—Puedo darte trabajo. Necesito a alguien que limpie estas habitaciones, que se ocupe de lavar mi ropa. No estoy satisfecho con la mujer que lo hace ahora.

Comprende lo que le estoy ofreciendo. Sigue sentada rígidamente, con las manos en el regazo.

—¿Estás sola? Contesta, por favor.

—Sí —su voz es un susurro. Carraspea—. Sí.

—Te estoy ofreciendo un trabajo aquí. No deberás mendigar en las calles.

»No puedo permitirlo; además, necesitas un lugar donde vivir. Si trabajas aquí puedes compartir la habitación con la cocinera.

—No lo entiende. Usted no quiere a alguien como yo —busca a tientas los bastones. Sé que no ve—. Soy... —extiende el índice, lo agarra con la otra mano, lo retuerce. No tengo ni idea de lo que significa este ademán—. ¿Me puedo ir? —camina sola hasta el comienzo de la escalera, después tiene que esperarme para que la ayude a bajar.

Pasa un día. Observo la plaza donde el viento levanta ráfagas de polvo. Dos niños pequeños juegan con un aro. Lo hacen rodar en la dirección del viento. Rueda, pierde fuerza, oscila, retrocede y cae. Los niños levantan la cabeza y corren tras él con el pelo hacia atrás y la frente despejada.

Encuentro a la muchacha y me detengo frente a ella. Está sentada con la espalda apoyada en el tronco de uno de los grandes nogales: es difícil saber si está despierta.

—Ven —le digo, y le rozo el hombro. Niega con la cabeza—. Ven —le digo—, todo el mundo está en su casa —sacudo el polvo de la gorra y se la entrego, la ayudo a levantarse, camino despacio a su lado cruzando la plaza, ahora desierta a excepción del centinela de la entrada que se resguarda la vista con la mano para observarnos.

El fuego está encendido. Corro las cortinas, enciendo la lámpara. No quiere sentarse en el taburete, pero deja los bastones y se arrodilla en el centro de la alfombra.

—No es lo que piensas —le digo. Las palabras surgen sin convencimiento. ¿Es posible que esté a punto de disculparme? Tiene los labios herméticamente cerrados, sin duda también los oídos, no quiere saber nada de viejos con mala conciencia. Me

paseo a su alrededor, hablando de nuestras leyes sobre vagabundos, asqueado de mí mismo. Empieza a brillarle la piel por el calor de la habitación. Se abre el abrigo, expone la garganta al fuego. Me doy cuenta de que la distancia que me separa de sus torturadores es insignificante; me estremezco.

—Enséñame los pies —le digo con la nueva voz ronca que ahora parece ser la mía—. Muéstrame lo que te han hecho en los pies.

No me ayuda, tampoco me lo impide. Desato las cintas de los ojetes del abrigo, se lo abro, le quito las botas. Son botas de hombre, demasiado grandes para ella. Tiene los pies deformados y envueltos en vendas.

—Déjame ver —digo.

Comienza a desenrollar el sucio vendaje. Salgo de la habitación, bajo a la cocina, vuelvo con una palangana y una jarra de agua caliente. Espera sentada en la alfombra, con los pies descalzos. Son anchos, los dedos achaparrados, las uñas tienen una costra de suciedad.

Recorre con un dedo la parte exterior del tobillo.

—Aquí es donde estaba roto. El otro también —apoyándose en las manos, se echa hacia atrás y extiende las piernas.

—¿Te duele? —le digo. Recorro la superficie con un dedo, sin sentir nada.

—Ya no. Se ha curado. Pero puede que me duela cuando haga frío.

—Deberías sentarte —le digo. La ayudo a quitarse el abrigo, la siento en el taburete, vierto el agua en la palangana y empiezo a lavarle los pies. Durante un rato mantiene las piernas tensas; después se relaja.

La lavo despacio, formando espuma, apretando las firmes pantorrillas, dándole masaje en los huesos y los tendones de los pies; recorriendo sus dedos con los míos. Cambio de postura para arrodillarme no frente a ella sino a su lado, para así, sosteniéndole la pierna entre el codo y el costado, poder acariciarle el pie con las dos manos.

Me ensimismo en el ritmo de esta tarea. Incluso me olvido de la presencia de la muchacha. Se produce un lapso del que no soy consciente: quizá ni siquiera yo esté presente. Cuando recobro el sentido, mis dedos han dejado de trabajar, el pie yace en la palangana, estoy dormitando.

Le seco el pie derecho, me deslizo al otro lado, le recojo los anchos calzones por encima de la rodilla, y, luchando contra la somnolencia, empiezo a lavarle el pie izquierdo.

—Algunas veces hace mucho calor en esta habitación —digo. No disminuye la presión de su pierna contra mi costado. Continúo—. Conseguiré vendas limpias para tus pies —digo—, pero no ahora —retiro a un lado la palangana y le seco el pie. Me doy cuenta de que la muchacha intenta levantarse; pero pienso que ahora debe cuidar de sí misma. Se me cierran los ojos. Mantenerlos cerrados, saborear este vértigo maravilloso se convierte en un intenso placer. Me extiendo en la alfombra. Me quedo dormido en un instante. Me despierto con frío y entumecido en plena noche. El fuego

se ha apagado, la muchacha se ha ido.

La observo comer. Come como una ciega, con la mirada en el infinito, guiándose por el tacto. Tiene buen apetito, el apetito de una indígena robusta y joven.

—No me creo que veas —le digo.

—Sí, veo. Cuando miro de frente no veo nada, veo —(frota el aire frente a ella como si limpiara una ventana).

—Una mancha —le digo.

—Una mancha. Pero puedo ver por el rabillo del ojo. Mejor por el izquierdo que por el derecho. ¿Cómo podría caminar si no viera algo?

—¿Te lo hicieron ellos?

—Sí.

—¿Qué te hicieron?

Se encoge de hombros y calla. Su plato está vacío. Le sirvo más del guiso de judías que tanto parece gustarle. Come demasiado deprisa, se pone la mano ante la boca cuando eructa, sonrío.

—Cuando se comen judías uno se tira pedos —dice. Hace calor en la habitación, su abrigo cuelga de un rincón con las botas debajo, sólo lleva puesto un camisón blanco y los calzones. Cuando no me mira directamente soy una silueta gris moviéndose imprevisiblemente en la periferia de su visión. Cuando me mira soy una mancha, una voz, un olor, un centro de energía que un día se queda dormido lavándole los pies y al siguiente le da de comer un guiso de judías y al otro quién sabe.

La ayudo a sentarse, lleno la palangana, le recojo los calzones por encima de las rodillas. Ahora que tiene los dos pies juntos en el agua veo que el izquierdo se tuerce hacia dentro más que el derecho, que cuando está de pie ha de apoyarse en el borde exterior de las plantas. Tiene los tobillos grandes, abultados, deformes, y cicatrices moradas en la piel.

Empiezo a lavarla. Levanta los pies de uno en uno. Le fricciono y le doy un masaje en los dedos inertes con un jabón suave y cremoso. Pronto cierro los ojos y empiezo a dar cabezadas. Es parecido a un éxtasis.

Cuando acabo de lavarle los pies empiezo a lavarle las piernas. Para ello tiene que ponerse de pie en la palangana y apoyarse en mi hombro. Mis manos le recorren las piernas desde el tobillo a la rodilla una y otra vez, apretándolas, acariciándolas, moldeándolas. Tiene las piernas cortas y robustas, las pantorrillas firmes. A veces mis dedos recorren la parte posterior de sus piernas, siguiendo los tendones, presionando entre ellos. Suaves como una pluma se pierden en el interior de sus muslos.

La ayudo a echarse en la cama y la seco con una toalla templada. Empiezo a cortarle y limpiarle las uñas de los pies; pero una ola de somnolencia comienza a apoderarse de mí. Me doy cuenta de que estoy dando cabezadas, que mi cuerpo se

inclina hacia delante vencido por el sopor. Pongo con cuidado las tijeras a un lado. Después, completamente vestido, me echo a su lado con la cabeza junto a sus pies. Le abrazo las piernas con ternura, acuno mi cabeza en ellas, y al instante me quedo dormido.

Me despierto en la oscuridad. La lámpara se ha apagado, hay un olor de mecha quemada. Me levanto y descorro las cortinas. La muchacha duerme acurrucada con las piernas muy encogidas. Cuando la toco gime y se acurruca más.

—Te estás quedando fría —digo, pero no oye nada. Le extiendo una manta por encima, y luego otra.

Lo primero es el ritual del lavado para el que ahora está desnuda. Le lavo los pies como antes, las piernas, el trasero. Mi mano enjabonada recorre los muslos creo que sin curiosidad. Levanta los brazos mientras le lavo las axilas. Le lavo el vientre, el pecho. Le retiro el pelo y le lavo el cuello, la garganta. Es paciente. La aclaro y la seco.

Tumbada en la cama le fricciono el cuerpo con aceite de almendra. Cierro los ojos y me abandono al ritmo del masaje mientras el fuego, repleto de troncos, crepita en la chimenea.

No deseo penetrar este cuerpo pequeño y vigoroso que ahora brilla a la luz de la lumbre. Ha transcurrido una semana desde que nos conocimos. Le doy de comer, le doy cobijo, utilizo su cuerpo, si es que es esto realmente lo que hago, de esta extraña manera. Solía haber momentos en los que se ponía tensa ante ciertas intimidades; pero ahora su cuerpo se somete cuando le acaricio el vientre con mi cara o le junto los pies entre mis muslos. Se somete a todo. A veces se deja arrastrar por el sueño antes de que acabe. Duerme tan profundamente como un niño.

En cuanto a mí, puedo desnudarme sin vergüenza bajo su mirada ciega en medio del sofocante calor de la habitación, descubriendo unas piernas delgadas, unos genitales flácidos, una barriga prominente, unos pechos fofos propios de un viejo, la piel arrugada del cuello. Después de que la muchacha se ha dormido, me sorprende paseando sin pensar en esta desnudez por la habitación, tostándome delante de la lumbre o sentado en una silla leyendo.

Pero cada vez con más frecuencia, en el mismísimo acto de acariciarla, el sueño me vence como si un hacha me golpeará, me sumo en la nada extendido sobre su cuerpo, y me despierto una o dos horas después mareado, confuso, sediento. Estas rachas de descanso sin sueño son como la muerte, o un hechizo, vacías, fuera del tiempo.

Una noche, al friccionarle la cabeza con aceite y darle un masaje en las sienes y en la frente, descubro en el rabillo de uno de sus ojos un pliegue grisáceo como si una oruga estuviera paciando allí con la cabeza bajo el párpado.

—¿Qué es esto? —preguntó, recorriendo la oruga con la yema del dedo.

—Es donde me tocaron —dice, y me aparta la mano.

—¿Te duele?

Niega con la cabeza.

—Déjame verlo.

Cada vez veo con mayor claridad que hasta que no haya descifrado y comprendido las marcas del cuerpo de esta muchacha no podré dejarla marchar. Con el pulgar y el índice le separo los párpados. La oruga acaba decapitada en el borde rosado del interior del párpado. No hay más marcas. El ojo está completo.

Examino el interior del ojo. ¿He de creer que al devolverme la mirada no ve nada —quizá mis pies, partes de la habitación, un círculo de luz difuminada, pero en el centro, donde ahora estoy, sólo una mancha, un espacio vacío? Muevo lentamente una mano delante de sus ojos mientras observo sus pupilas. No aprecio ningún movimiento. No pestañea. Pero sonrío:

—¿Por qué hace eso? ¿Cree que no veo? —ojos marrones, tan marrones que podrían ser negros.

La beso en la frente.

—¿Qué te hicieron? —murmuro. Tengo la lengua espesa, mi cuerpo se tambalea de cansancio—. ¿Por qué no me lo quieres contar?

Niega con la cabeza. En el límite de la nada recuerdo que mis dedos al recorrer su trasero han sentido un entrelazado de surcos imaginarios bajo la piel.

—No hay nada peor que lo que imaginamos —murmuro. Ni siquiera da la impresión de haberme oído. Me hundo en el sofá, atrayéndola hacia mí, bostezando. «Cuéntamelo», deseo decirle, «no hagas un misterio de ello, el dolor es sólo dolor»; pero las palabras me abandonan. La rodeo con mis brazos, intento hablar con los labios pegados a su oído; después se hace la oscuridad.

La he librado de la vergüenza de mendigar colocándola de criada en la cocina del cuartel. «De la cocina a la cama del magistrado en dieciséis cómodos escalones», es lo que los soldados dicen de las criadas de la cocina. Otro de sus dichos: «¿Qué es lo último que hace el Magistrado antes de marcharse por la mañana? Encierra a su última chica en el horno». Cuanto más pequeño es un pueblo, más hierve el cotilleo. Aquí no existe vida privada. El cotilleo es el aire que respiramos.

Durante una parte del día lava los platos, limpia las verduras, ayuda a hacer el pan y a preparar el plato de rutina con gachas, sopa y guiso que reciben los soldados. Además de ella, hay una señora mayor que lleva dirigiendo la cocina casi tanto tiempo como yo soy magistrado, y dos muchachas, la menor de ellas ascendió los dieciséis escalones una o dos veces el año pasado. En un primer momento temo que estas dos se unan contra ella; pero no, parecen hacerse amigas rápidamente. Cuando al marcharme paso por la puerta de la cocina, oigo voces de charlas en voz baja, risitas amortiguadas por el calor del vapor. Me divierte detectar en mí una débil

punzada de celos.

—¿Te disgusta tu trabajo? —le pregunto.

—Me agradan las otras chicas. Son simpáticas.

—Por lo menos es mejor que mendigar, ¿no?

—Sí.

Las tres muchachas, cuando no pasan la noche en otro sitio, duermen juntas en una pequeña habitación cerca de la cocina. Es a esta habitación adonde se dirige a oscuras si la hago marcharse durante la noche o por la mañana temprano. No hay duda de que sus amigas habrán charlado sobre estas citas, y los detalles ya habrán llegado a la plaza del mercado. Cuanto mayor es el hombre, más grotescos se consideran sus emparejamientos, como los espasmos de un animal moribundo. No puedo hacerme pasar por un hombre de hierro ni por un viudo intachable. Risas disimuladas, bromas, miradas de connivencia forman parte del precio que estoy resignado a pagar.

—¿Te gusta vivir en un pueblo? —le pregunto con cautela.

—Sí, bastante. Hay más cosas que hacer.

—¿Echas algo de menos?

—Echo de menos a mi hermana.

—Si de verdad quieres volver —le digo—, haré que te lleven.

—¿Que me lleven adónde? —me dice. Está tendida boca arriba con las manos colocadas plácidamente sobre el pecho. Estoy acostado a su lado, hablando en voz baja. Ahora es cuando llega siempre la ruptura. Ahora es cuando mi mano, al acariciarle el vientre, parece tan torpe como una langosta. El impulso erótico, si es que de eso se trata, se marchita; con sorpresa me veo aferrado a esta muchacha impasible, incapaz de recordar qué vi en ella, enfadado conmigo mismo por desearla y a la vez no desearla.

Ella misma no es consciente de mis cambios de ánimo. Su existencia ha empezado a convertirse en una rutina que parece satisfacerla. Por las mañanas, después de mi marcha, viene a barrer y limpiar el polvo de la vivienda. Después ayuda en la cocina a preparar la comida del mediodía. Dispone de casi todas las tardes libres. Después de la cena, y una vez que todas las cazuelas y las sartenes están limpias, el suelo fregado y apagado el fuego, deja a sus compañeras y viene a mí. Se desnuda y se tumba en espera de mis cuidados inexplicables. A veces me siento a su lado y le acaricio el cuerpo en espera de un arrebató de emoción que verdaderamente nunca llega. A veces simplemente apago la lámpara y me acuesto a su lado. En la oscuridad se olvida de mi presencia y se queda dormida. Así que permanezco echado junto a este cuerpo joven y sano mientras él se convierte con el descanso en más fuerte y vigoroso, cicatrizando en silencio incluso las heridas incurables, los ojos, los pies, para restablecerse completamente.

Hago retroceder mi memoria tratando de recuperar su imagen anterior. Tengo que creer que la vi el día que los soldados la trajeron atada por el cuello a otros

prisioneros bárbaros. Sé que tuve que verla cuando esperaba sentada junto a los otros en el patio del cuartel lo que hubiera de suceder. Mis ojos la vieron; pero no conservo el recuerdo de esa visión. Ese día todavía no estaba marcada; pero tengo que creer que no estaba marcada de la misma manera que tengo que creer que una vez fue una niña, una niña pequeña que corría tras su corderito en un universo donde en algún lugar lejano yo estaba en la flor de mi vida. Por más que me esfuerce, la joven mendiga de rodillas sigue siendo mi primer recuerdo.

No la he penetrado. Desde el primer momento mi deseo no ha seguido esa dirección, ese objetivo. La posibilidad de albergar mi miembro seco de viejo en esa funda de sangre caliente me hace pensar en ácido en la leche, ceniza en la miel, tiza en el pan. Cuando miro su cuerpo desnudo y el mío me parece imposible creer que hace tiempo la forma humana fuera para mí como una flor que se extiende tras germinar en las entrañas. Tanto su cuerpo como el mío son difusos, gaseosos, dispersos, lo mismo giran en un torbellino, que se cuajan, se espesan en otro lugar; pero a menudo son también planos, vacíos. Sé qué hacer con ella tanto como una nube en el cielo sabe qué hacer con otra.

La observo mientras se desnuda, esperando detectar en sus movimientos un indicio de su estado de libertad anterior. Pero incluso el movimiento con el que se quita el camisón por la cabeza y lo arroja a un lado es hosco, receloso, inhibido, como si temiera golpear obstáculos que no ha visto. Su rostro tiene la expresión de alguien que se sabe observado.

He comprado a un trampero un cachorro de zorro plateado. Tiene pocos meses, apenas criado, con los dientes como una hoja de sierra finísima. El primer día ella se lo llevó a la cocina pero el fuego y el ruido le aterrorizaron, así que ahora lo guardo arriba donde permanece escondido bajo los muebles todo el día. Por la noche oigo a veces el clic-clic de sus pezuñas cuando deambula por las habitaciones. Bebe de un plato con leche y come restos de carne cocida. No es posible domesticarlo; las habitaciones empiezan a apestar a sus excrementos; pero todavía es demasiado pronto para dejarlo correr en libertad por el patio. De vez en cuando hago venir al nieto de la cocinera para que se arrastre detrás del aparador y bajo las sillas y limpie la porquería.

—Es una criatura muy bonita —digo.

Se encoge de hombros.

—Los animales deben estar fuera.

—¿Quieres que lo lleve al lago y lo suelte?

—No puede hacer eso, es demasiado joven, se moriría de hambre o los perros lo atraparían.

Así que el cachorro de zorro se queda. A veces veo su hocico afilado asomándose por un oscuro rincón. Por lo demás, sólo supone un ruido en la noche y un penetrante hedor a orina mientras espero que crezca lo suficiente para dejarlo en libertad.

—La gente dirá que albergo dos animales salvajes en mis habitaciones, un zorro y

una muchacha.

No entiende la broma, o no le gusta. Aprieta los labios, fija severamente la mirada en la pared, sé que está haciendo lo imposible por mirarme con furia. La compadezco, pero ¿qué puedo hacer? Aunque me presente ante ella vestido de magistrado o desnudo o con el corazón en la mano, soy el mismo hombre.

—Lo siento —le digo, y las palabras surgen inertes de mis labios. Extiendo cinco dedos gordos y blandos y le acaricio el pelo—. Por supuesto que no es lo mismo.

Entrevisto de uno en uno a los hombres que estaban de servicio cuando interrogaron a los prisioneros. Todos me cuentan lo mismo: apenas hablaron con los prisioneros, tenían prohibida la entrada a la habitación donde tuvieron lugar los interrogatorios, no saben nada de lo que allí ocurrió. Pero de la encargada de la limpieza obtengo una descripción de la habitación: «Sólo había una mesa pequeña, y taburetes, tres taburetes, y una esterilla en un rincón, aparte de esto, nada... No, la chimenea no, solamente una parrilla. Yo quitaba las cenizas».

Ahora que la vida ha retornado a la normalidad, la habitación vuelve a utilizarse. Siguiendo mis órdenes, los cuatro soldados que están acuartelados allí sacan sus baúles a la galería, amontonan encima sus esterillas, platos y tazas, descuelgan las cuerdas de la ropa. Cierro la puerta y me quedo en la habitación vacía. El aire es frío y la atmósfera está en calma. El lago ya ha comenzado a helarse. Han caído las primeras nevadas. En la lejanía oigo los cascabeles de un carricoche. Cierro los ojos y me esfuerzo en imaginar qué aspecto tenía la habitación hace dos meses durante la visita del Coronel; pero me es difícil concentrarme mientras los cuatro jóvenes pierden el tiempo fuera, se frotan las manos y patean contra el suelo para calentarse, hablan en voz baja, impacientes por que me vaya, con su aliento cálido formando bocanadas en el aire.

Me arrodillo para examinar el suelo. Está limpio, se barre todos los días, es igual al suelo de cualquier habitación. En la pared y el techo encima de la chimenea hay hollín. También hay una marca del tamaño de una mano donde han frotado el hollín incrustándolo en la pared. Aparte de esto, las paredes están vacías. ¿Qué clase de marcas busco en realidad? Abro la puerta e indico a los hombres que vuelvan a introducir sus pertenencias.

Vuelvo a hablar con los dos centinelas que estaban de servicio en el patio.

—Decidme exactamente lo que pasaba cuando interrogaban a los prisioneros. Decidme lo que visteis con vuestros propios ojos.

Contesta el más alto, un muchacho con una mandíbula prominente y un entusiasmo que siempre me ha agradado.

—El oficial...

—¿El oficial de la policía?

—Sí... El oficial de la policía llegaba a la sala donde estaban los prisioneros y

señalaba a uno. Cogíamos a los prisioneros que señalaba y los conducíamos a la habitación donde les interrogaban. Después volvíamos a traerlos aquí.

—¿De uno en uno?

—No siempre. A veces dos.

—Sabes que uno de los prisioneros murió después. ¿Te acuerdas de él? ¿Sabes qué le hicieron?

—Oímos que se volvió loco y los atacó.

—¿De verdad?

—Es lo que oímos. Ayudé a llevarlo de vuelta al dormitorio. Donde todos dormían. Tenía la respiración rara, profunda y rápida. Fue la última vez que lo vi. Al día siguiente había muerto.

—Sigue. Te escucho. Quiero que me cuentes todo lo que puedas recordar.

El muchacho tiene la expresión tensa. Estoy seguro de que le han recomendado que no hable.

—Interrogaron a ese hombre más tiempo que a los demás. Lo vi sentado sólo en un rincón después de haber entrado la primera vez, con la cabeza entre las manos —echa un rápido vistazo a su compañero—. No comía nada. No tenía hambre. Su hija estaba con él: ella intentaba hacerle comer, pero él se negaba.

—¿Qué pasó con la hija?

—También la interrogaron, pero no tanto tiempo.

—Continúa.

Pero ya no tiene nada más que contarme.

—Escucha —le digo—: Ambos sabemos quién es la hija. Es la muchacha que está conmigo. No es ningún secreto. Ahora sigue: dime lo que ocurrió.

—¡No lo sé, señor! Estuve allí poco tiempo —recurre a su amigo, pero su amigo permanece mudo—. Oímos gritos, creo que la pegaron, pero yo no estaba allí. Cuando terminaba el servicio me iba.

—Sabes que ahora no puede andar. Le rompieron los pies. ¿Lo hicieron delante del otro hombre, de su padre?

—Sí, eso creo.

—Y también sabes que ya casi no ve. ¿Cuándo se lo hicieron?

—¡Tenía que vigilar a muchos prisioneros, señor, algunos de ellos enfermos! ¡Sabía que le habían roto los pies, pero no supe que estaba ciega hasta mucho después. No podía hacer nada, no quería meterme en un asunto que no entendía!

Su amigo no tiene nada que añadir. Los dejo marchar.

—No os preocupéis por haber hablado conmigo —les digo.

Por la noche retorna el sueño. Camino con dificultad por una llanura interminable cubierta de nieve hacia un grupo de figuras diminutas que juegan alrededor de un castillo de nieve. Cuando me aproximo, los niños se alejan sigilosamente o se esfuman en el aire. Sólo uno permanece, un niño con una capucha sentado de espaldas a mí. Rodeo al niño, que continúa apelmazando nieve en los lados del

castillo, hasta que puedo mirar bajo la capucha. El rostro que veo está vacío, no tiene rasgos distintivos: es el rostro de un embrión o de una ballena diminuta; no se trata en absoluto de un rostro, sino de otra parte de ese cuerpo humano que sobresale bajo la piel; es blanco, es la propia nieve. Le ofrezco una moneda con los dedos entumecidos.

Ya es pleno invierno. Sopla un viento del norte que seguirá soplando sin parar durante los próximos cuatro meses. De pie en la ventana, con la frente apoyada en el frío cristal, lo oigo silbar en los aleros, una teja suelta cae al suelo. Se levantan ráfagas de polvo en la plaza, el polvo repiquetea en el cristal. El cielo está cubierto por un finísimo polvo, el sol sale en un cielo anaranjado y cuando se pone tiene un color rojo cobrizo. Se suceden borrascas de nieve que manchan efímeramente la tierra de blanco. El invierno ha empezado a sitiar el pueblo. Los campos están desiertos, nadie tiene que salir de las murallas del pueblo excepto los pocos que se ganan la vida cazando. Se ha suspendido la revista de dos veces por semana a la guarnición, los soldados tienen permiso si quieren para dejar el cuartel y vivir en el pueblo, ya que apenas tienen que hacer algo salvo beber y dormir. Cuando paseo por las murallas por la mañana temprano la mitad de los puestos de vigilancia están vacíos, y los centinelas de servicio ateridos, envueltos en pieles, levantan con esfuerzo una mano en señal de saludo. Pero podrían estar en la cama. Porque durante el invierno el Imperio está a salvo: lejos de nuestra vista, también a los bárbaros, acurrucados alrededor de las hogueras, les castañetean los dientes de frío.

Este año no nos han visitado los bárbaros. Antes, grupos de nómadas venían al pueblo en invierno para levantar sus tiendas fuera de la muralla a intercambiar lana, pieles, fieltro y curtidos por tejido de algodón, té, azúcar, judías y harina. Apreciamos los curtidos de los bárbaros, especialmente las resistentes botas. En el pasado fomenté el comercio pero prohibí el pago en dinero. También intenté cerrarles las puertas de las tabernas. Sobre todo no quiero ver crecer en los lindes del pueblo una colonia de parásitos habitada por mendigos y vagabundos esclavizados por el alcohol. Siempre me ha dado lástima ver cómo esa gente cae víctima de la astucia de los tenderos, intercambia sus bienes por baratijas y se emborracha hasta perder el sentido, confirmando así la letanía de prejuicios del colonizador: los bárbaros son vagos, inmorales, sucios, estúpidos. Decidí que cuando la civilización supusiera la corrupción de las virtudes bárbaras y la creación de un pueblo dependiente, estaría en contra de la civilización; y en esta resolución he basado mi conducta en la administración. (¡Y esto lo digo yo que ahora meto a una muchacha bárbara en mi cama!).

Pero este año una cortina ha caído a lo largo de toda la frontera. Desde la muralla vigilamos el desierto. Porque es posible que miradas más penetrantes que las nuestras también nos vigilen. Ya no se comercia. Desde que llegaron órdenes de la capital de

hacer todo lo que fuera necesario para salvaguardar el Imperio sin mirar el precio, hemos vuelto a una época de incursiones y vigilancia armada. No hay nada que hacer, salvo tener las espadas desenfundadas, vigilar y esperar.

Ocupo mi tiempo con los entretenimientos de antaño. Leo a los clásicos; sigo catalogando mis diferentes colecciones; reviso todos los mapas que tenemos de la región desértica del sur; los días en los que el viento no azota con tanta furia, llevo a un grupo de hombres a limpiar de arena las excavaciones; y una o dos veces por semana salgo solo por la mañana temprano a cazar antílopes en la orilla del lago.

Hace una generación había tal número de antílopes y liebres que vigilantes con perros tenían que patrullar los campos para proteger el trigo verde. Pero por la influencia del asentamiento, especialmente de los perros en estado salvaje que cazaban en jaurías, los antílopes retrocedieron al nordeste hacia la orilla más apartada de la cuenca baja del río. Ahora el cazador tiene que estar dispuesto a cabalgar al menos una hora hasta poder empezar a acechar a su presa.

Algunas veces, en una buena mañana, me es dado revivir toda la fuerza y la agilidad propias de mi condición de hombre. Como un espectro, me deslizo de matorral en matorral. Calzado con unas botas que han absorbido grasa durante treinta años, vadeo por el agua helada. Llevo sobre mi abrigo una enorme piel de oso. La escarcha me cubre la barba, pero los dedos se mantienen calientes dentro de las manoplas. Tengo la mirada alerta, el oído fino, olfateo el aire como un sabueso, me siento lleno de regocijo.

Hoy dejo el caballo trabado donde se acaba la hierba pantanosa en la desolada orilla suroeste y comienzo a abrirme camino entre los cañaverales. Un viento helado y seco me penetra directamente en los ojos, el sol está suspendido como una naranja en un horizonte con franjas negras y moradas. Casi inmediatamente, con muy buena fortuna, me topo con un antílope, un macho de cornamenta muy rizada, cubierto con su pelaje de invierno, que se encuentra de lado frente a mí, balanceándose cada vez que se estira para alcanzar la punta del junco. A menos de treinta pasos observo el plácido movimiento circular de su quijada, oigo el chapoteo de sus pezuñas. Alrededor de las cernejas vislumbro gotas de hielo.

Apenas me he adaptado aún a lo que me rodea; sin embargo, cuando el macho se impulsa hacia arriba doblando las patas delanteras bajo el pecho, levanto la escopeta y le apunto a la espalda. El movimiento es suave y firme, pero quizá el sol reverbere en el cañón, ya que en su descenso vuelve la cabeza y me ve. Sus pezuñas producen un crujido al tocar el suelo, su quijada se detiene en pleno movimiento, nos miramos el uno al otro.

No se me acelera el pulso: evidentemente no me importa que el macho muera.

Vuelve a masticar, moviendo la quijada una sola vez y se detiene. En el nítido silencio de la mañana descubro un sentimiento vago rondando en el fondo de mi conciencia. Con el antílope inmovilizado ante mí, parece haber tiempo para todo, tiempo incluso para volver la mirada hacia dentro y preguntarse por lo que ha privado

de placer a la caza: la sensación de que ya no es una mañana de caza sino una ocasión en la que o bien el orgulloso macho se desangra hasta morir sobre el hielo o bien el viejo cazador pierde su presa; la sensación de que mientras dura este momento fuera del tiempo las estrellas se configuran de modo que los acontecimientos no sean sólo tales, sino que representen otras cosas. Permanezco en mi pobre refugio tratando de ahuyentar esta sensación irritante y extraña hasta que el macho se vuelve y con un rabotazo y un rápido chapoteo de las pezuñas desaparece entre los altos juncos.

Camino sin rumbo durante una hora antes de volver.

—Nunca antes he tenido la sensación de no estar viviendo mi propia vida a mi manera —le digo a la muchacha, tratando de explicarle lo sucedido.

Conversaciones como ésta la perturban porque le parece que estoy exigiendo una respuesta.

—No lo comprendo —dice. Mueve la cabeza—. ¿Es que no quería matar a ese macho?

Guardamos silencio durante un buen rato.

—Si se quiere hacer algo, se hace —dice con resolución. Está esforzándose por ser clara, pero puede que realmente quiera decir: «Si hubiera querido hacerlo, lo habría hecho». En el lenguaje improvisado que compartimos no existen los matices. Le gustan los hechos, me doy cuenta, las afirmaciones rotundas; no le gusta la fantasía, las preguntas, las especulaciones; formamos una mala pareja. Quizá sea así como educan a los niños bárbaros: a vivir imitando a sus mayores según la sabiduría que ellos les transmiten.

—Y tú —le digo—. ¿Haces siempre lo que quieres? —tengo la sensación de dejarme arrastrar, de ser transportado peligrosamente lejos por las palabras—. ¿Estás aquí en la cama conmigo porque quieres?

Yace desnuda, su piel aceitada brilla a la luz del fuego con reflejos dorados y verdes. Hay momentos, presiento el comienzo de uno ahora, en que el deseo que albergo por ella, en general muy impreciso, se materializa fugazmente en una forma que reconozco. Mi mano se mueve, la acaricia, se adapta al contorno de su seno.

No contesta a mis palabras, pero yo insisto abrazándola fuertemente, hablándole al oído con una voz ronca y apagada:

—Vamos, dime por qué estás aquí.

—Porque no tengo otro sitio adonde ir.

—¿Y yo por qué quiero que estés aquí?

Se revuelve en mis brazos, con la mano forma un puño entre su pecho y el mío.

—Siempre quiere hablar —se queja.

Se desvanece la naturalidad de ese momento; nos separamos y permanecemos callados el uno junto al otro. ¿Qué pájaro tiene el coraje de cantar en un matorral de espinos?

—No debería ir de caza si no le gusta.

Muevo la cabeza. Este no es el significado de la historia, pero ¿para qué discutir?

Soy como un maestro incompetente, tratando de sonsacarla utilizando mi lógica como fórceps en vez de inculcarle la verdad.

Habla.

—Siempre me pregunta lo mismo y ahora le voy a contestar. Era un tenedor, una especie de tenedor con sólo dos dientes. Los dientes tenían unas bolitas en las puntas. Lo ponían en las brasas hasta que se calentaba, después te tocaban con él para quemarte. Vi las marcas de las personas que quemaron.

¿Era ésta mi pregunta? Quiero protestar, pero sigo escuchando, helado hasta los huesos.

—A mí no me quemaron. Dijeron que me iban a quemar los ojos, pero no lo hicieron. El hombre lo acercó mucho a mi rostro y me hizo mirarlo. Me sostuvieron los párpados abiertos. Pero no tenía nada que contarles. Eso fue todo.

»Así fue cómo me hicieron esto. Después ya no volví a ver bien. Siempre había una mancha en medio de todo lo que miraba; sólo podía ver de reajo. Es difícil de explicar.

»Pero ahora está mejor. El ojo izquierdo está mejor. Esto es todo.

Le cojo el rostro entre las manos y miro fijamente el centro sin vida de sus ojos desde donde mi imagen gemela me devuelve solemnemente la mirada.

—¿Y esto? —le digo, tocando la quemadura en forma de gusano en el rabillo del ojo.

—Eso no es nada. Es donde el hierro me tocó. Me hizo una pequeña quemadura. No me duele —me aparta las manos.

—¿Qué sientes por los hombres que te hicieron esto?

Se queda pensándolo mucho tiempo.

—Estoy cansada de hablar —dice después.

Pero en otras ocasiones padezco arrebatos de resentimiento por mi dependencia del ritual del aceite y el masaje, de la somnolencia, del hundimiento en la nada. Ya no entiendo qué placer pude haber encontrado jamás en su cuerpo obstinado e inmovible, e incluso descubro que me siento agraviado. Irritado me encierro en mí mismo; la muchacha me da la espalda y se duerme.

En este estado de melancolía voy una noche a los aposentos del segundo piso de la posada. Al subir la desvencijada escalera exterior un hombre que no reconozco baja corriendo a mi lado, con la cabeza agachada. Llamo a la segunda puerta del pasillo y entro. La habitación está tal y como la recordaba: la cama perfectamente hecha, el estante por encima de ella abarrotado de baratijas y juguetes, dos velas encendidas, una ola de calidez que emana del tubo enorme de la chimenea que recorre la pared, el perfume del azahar en el aire. En cuanto a la muchacha, está ocupada delante del espejo. Se sorprende al verme entrar, pero se levanta sonriendo para darme la bienvenida y echa el pestillo de la puerta. Nada me parece más natural

que sentarla sobre la cama y comenzar a desnudarla. Encogiendo ligeramente los hombros, me ayuda a descubrir su bonito cuerpo.

—¡Le he echado tanto de menos! —me dice suspirando.

—¡Y yo me alegro tanto de estar aquí otra vez! —le susurro. ¡Y qué placer escuchar mentiras tan aduladoras! La abrazo, me sepulto en ella, me dejo arrastrar por sus convulsiones suaves como las de un pájaro. El cuerpo de la otra, cerrado, denso, dormido en mi cama en una habitación lejana, parece estar fuera de toda comprensión. Ocupado en estos refinados placeres, no puedo entender qué fue lo que me condujo a ese cuerpo extraño. La muchacha que está en mis brazos se agita, jadea, grita cuando llega el orgasmo. Sonriendo de alegría, mientras me deslizo en el lánguido duermevela, se me ocurre que ni siquiera recuerdo el rostro de la otra. «¡Está incompleta!», me digo a mí mismo. Aunque este pensamiento empieza a difuminarse, me aferró a él. Veo sus ojos cerrados y su rostro inexpresivo cubiertos de una película de piel. Sin rasgos, como un puño bajo una peluca negra, el rostro surge del cuello y del cuerpo sin formas, sin aberturas, sin entrada. Me estremezco de repulsión en los brazos de mi pequeña mujer-pájaro y la atraigo hacia mí.

Cuando más tarde, en plena noche, me escurro de entre sus brazos, gime pero no se despierta. Me visto a oscuras, cierro la puerta tras de mí, bajo a tientas la escalera, me dirijo deprisa a casa con la nieve crujiendo a mi paso y un viento helado azotándome la espalda.

Enciendo una vela y me inclino sobre la forma a la que parece que en cierto modo estoy esclavizado. Dulcemente recorro con la yema de los dedos las líneas de su cara: la mandíbula perfilada, los pómulos pronunciados, la boca ancha. Le acaricio las pestañas. Estoy seguro de que está despierta aunque no lo parezca.

Cierro los ojos, respiro profundamente para calmar mi nerviosismo, y me concentro totalmente en verla a través de las ciegas yemas de los dedos. ¿Es bonita? La muchacha que acabo de dejar, la muchacha que ella quizá (me doy cuenta de repente) olfatee en mí, es muy bonita, de eso no cabe duda: la intensidad del placer que obtengo de ella aumenta por la elegancia de su pequeño cuerpo, sus costumbres, sus movimientos. Pero de ésta no hay nada que pueda afirmar. No puedo definir ninguna relación entre su condición de mujer y mi deseo. Ni siquiera puedo decir rotundamente que la deseo. Mi conducta erótica es indirecta: merodeo a su alrededor, rozándole el rostro, acariciándole el cuerpo, sin penetrarla ni sentir la necesidad de hacerlo. Acabo de llegar de la cama de una mujer por la que, en el año que la conozco, ni por un momento he puesto en duda mi deseo hacia ella: desearla ha significado estrecharla en un abrazo y penetrarla, traspasar su superficie y convertir su quietud interior en una tormenta de éxtasis; después, retirarse, calmarse, esperar a que el deseo se reconstituyera por sí mismo. Pero con esta mujer es como si no hubiera interior, sólo una superficie en la que repetidamente busco una entrada. Cualquiera que fuese el secreto que buscaban, ¿se sintieron también así sus torturadores al tratar de descubrirlo? Por primera vez siento una pena malsana por

ellos: ¡Qué error tan normal es creer que quemando, desgarrando o acuchillando se penetra el cuerpo secreto del otro! La muchacha yace en mi cama, pero no tenía por qué ser una cama. En ocasiones me comporto como un amante —la desnudo, la baño, la acaricio, duermo a su lado—, pero de la misma manera podría encadenarla y pegarla, y todo ello no sería menos íntimo.

No es que vaya a sucederme lo que le sucede a algunos hombres a cierta edad, un declive desde el libertinaje a la venganza por su deseo impotente. Si mi ser moral estuviera cambiando lo notaría; y además no hubiera realizado el experimento tranquilizador de esta noche. Soy el mismo hombre de siempre; pero algo ha cambiado, algo me ha caído del cielo, al azar, de ninguna parte: este cuerpo en mi cama del que soy responsable, o al menos lo parece, si no, ¿por qué lo tengo conmigo? De momento, y quizá para siempre, estoy desconcertado. Parece ser lo mismo que me acueste junto a ella y me duerma o que la envuelva en una sábana y la sepulte en la nieve. No obstante, al inclinarme sobre ella y rozarle la frente con las yemas de los dedos, tengo cuidado de no derramar la cera.

No sé si adivina dónde he estado; pero la noche siguiente, cuando el ritmo del afeitado y del masaje casi me ha adormecido, siento que me detiene la mano, la coge, la guía hacia abajo entre sus piernas. Durante un rato permanece en su sexo; después esparzo en mis dedos un poco más del aceite caliente y empiezo a acariciarla. La tensión se acumula rápidamente en su cuerpo; se arquea, tiembla y retira mi mano. Continúo friccionándole el cuerpo hasta que yo también me calmo y me siento dominado por el sueño.

No experimento ninguna excitación durante este acto, el momento en que cada uno ha puesto más de su parte hasta ahora. No me acerca más a ella y tampoco a ella parece afectarle. Examino su rostro a la mañana siguiente: está inexpresivo. Se viste y baja con paso vacilante a pasar el día en la cocina.

Me siento inquieto. «¿Qué tengo que hacer para conmoverte?»: estas son las palabras que oigo en mi mente en el susurro subterráneo que ha comenzado a sustituir al diálogo. «¿Acaso nadie te conmueve?»; y veo horrorizado cómo la respuesta, que ha permanecido latente durante todo este tiempo se me desvela en la imagen de un rostro oculto tras dos ojos de insecto negros y empañados que no me devuelven una mirada recíproca sino sólo la proyección gemela de mi imagen.

Agito la cabeza en un arrebatado de incredulidad. ¡No! ¡No! ¡No!, me grito a mí mismo. Soy yo mismo el que me conduce por vanidad a estos significados y correspondencias. ¿Qué tipo de perversión me invade? Busco secretos y respuestas sin importarme lo estafalarias que sean, como una anciana que lee el porvenir en las hojas de té. No hay nada que me vincule con los torturadores, gente que espera sentada en sótanos oscuros, como escarabajos. ¿Cómo puedo pensar que una cama sea algo más que una cama, que el cuerpo de una mujer sea algo más que un lugar de

placer? ¡Tengo que mantenerme distanciado del Coronel Joll! ¡No sufriré por sus crímenes!

Comienzo a visitar regularmente a la chica de la posada. Hay momentos durante el día, en mi despacho contiguo a la sala de audiencias, en los que mi pensamiento vaga y me veo arrastrado a un ensueño erótico, la excitación me abrasa y me inflama, me entretengo con su cuerpo como un joven inocente y lujurioso; después, de mala gana, tengo que volver a la rutina del papeleo o acercarme a la ventana y fijar la mirada en la calle. Recuerdo cómo durante los primeros años de mi nombramiento aquí solía vagar por los barrios más recónditos del pueblo al atardecer, ocultándome el rostro con el abrigo; cómo a veces una esposa descontenta asomada a la puerta y con el fuego del hogar crepitando a su espalda, correspondía a mi mirada sin pestañear; cómo entablaba conversación con jovencitas que paseaban de dos en dos o de tres en tres, les compraba un sorbete, y después, a veces, conducía a alguna a una cama de sacos en la oscuridad del antiguo granero. Si había algo que envidiar de un destino en la frontera, me dijeron mis amigos, era las relajadas costumbres de los oasis, las tardes de verano largas y perfumadas, las complacientes mujeres de ojos rasgados. Durante años tuve la apariencia saludable de un semental de primera categoría. Después, esta promiscuidad fue adaptándose a relaciones más discretas con amas de llaves y muchachas alojadas a veces arriba en mis habitaciones, pero más a menudo abajo, con el servicio de cocina, y a aventuras con chicas de la posada. Me da cuenta de que necesitaba a las mujeres con menor frecuencia; dedicaba más tiempo a mi trabajo, mis aficiones, mis excavaciones, mi cartografía.

Y no sólo eso; hubo momentos perturbadores en los que, en medio del acto sexual, notaba que me extraviaba como un narrador que pierde el hilo de su historia. Con un estremecimiento pensaba en las figuras grotescas de esos hombres viejos y obesos cuyos corazones gastados dejan de latir, muriendo en los brazos de sus amantes con una disculpa en los labios y a los que hay que sacar y abandonar en un oscuro callejón para salvar la reputación del establecimiento. Incluso el clímax del acto se volvió remoto, débil, algo extraño. Algunas veces lo interrumpía, otras continuaba mecánicamente hasta el final. Durante semanas y meses me mantuve en el celibato. La calidez y belleza de los cuerpos femeninos seguían sugiriéndome el antiguo placer, pero algo nuevo me desconcertaba. ¿Era penetrar y poseer a esas bellas criaturas realmente lo que quería? El deseo parecía acarrear consigo una sensación trágica de distancia y separación que era inútil negar. Tampoco comprendía siempre por qué una parte de mi cuerpo, con sus anhelos irracionales y falsas promesas, tenía que ocupar un lugar preferente sobre las otras para canalizar mi deseo. A veces mi sexo me parecía un ser completamente diferente, un animal estúpido viviendo en mí como un parásito, creciendo y menguando en base a apetitos propios, anclado en mi carne con garfios que no podía retirar. ¿Por qué tengo que llevarte de una mujer a otra?, me preguntaba: ¿sólo porque naciste sin piernas? ¿Acaso no te daría lo mismo estar enraizado en un gato o un perro en vez de en mí?

Pero en otras ocasiones, y especialmente durante el año pasado, con la chica que en la posada lleva el mote de La Estrella pero a la que yo siempre he relacionado con un pájaro, volvía a sentir el poder del antiguo hechizo sensual, y sumergiéndome en su cuerpo me sentía transportado a los antiguos límites del placer. Así que pensé: «Sólo es una cuestión de edad, de ciclos de deseo y de apatía de un cuerpo que lentamente se enfría y muere. Cuando era joven el simple olor de una mujer me excitaba: ahora evidentemente sólo la más dulce, la más joven, la más reciente tiene ese poder. Cualquiera día de estos serán jovencitos». Pensaba con desagrado en los años que me quedaban en este abundante oasis.

Ahora ya la he visitado tres noches seguidas en su pequeña habitación, y le he regalado aceites, dulces, y un tarro de huevas de pescado ahumadas que sé que le encanta engullir en privado. Cierro los ojos cuando la abrazo; estremecimientos que parecen ser de placer recorren su cuerpo. El amigo que me la recomendó me habló de sus aptitudes:

—Todo es teatro, por supuesto —me dijo—, pero la diferencia en su caso es que se cree el papel que representa —en cuanto a mí, me doy cuenta de que me da lo mismo. Cautivado por su representación, abro los ojos en medio de todas esas convulsiones, estremecimientos y gemidos, para después volver a hundirme en las aguas turbias de mi propio placer.

Paso tres días en esta languidez sensual, amodorrado, dulcemente excitado, soñando despierto. Regreso a mis habitaciones después de la medianoche y me meto en la cama rápidamente, sin prestar atención a la forma inexorable que está a mi lado. Si por la mañana el ruido de sus preparativos me despierta, simulo dormir hasta que se ha ido.

Una vez, al pasar por la puerta abierta de la cocina, echo una mirada dentro. A través de nubes de vapor veo a una joven robusta sentada en una mesa preparando la comida. Sé quién es, pienso con sorpresa; sin embargo, la imagen que persiste en mi memoria cuando atravieso el patio es la del montón de calabacines en la mesa delante de ella. Intento deliberadamente trasladar la imagen de mi mente de los calabacines a las manos que los cortan, y de las manos al rostro. Noto en mí cierta desgana, cierta resistencia. Mi mirada aturdida permanece fija en los calabacines, en el brillo de su piel húmeda, sin desplazarse, como si tuviera voluntad propia. Así que empiezo a enfrentarme a la realidad de lo que intento hacer: borrar a la muchacha. Me doy cuenta de que si cogiera un lápiz para dibujar su rostro no sabría por dónde empezar. ¿Es que verdaderamente no tiene rasgos distintivos? Haciendo un esfuerzo me concentro en ella. Veo una figura con una gorra y un abrigo pesado e informe, de pie, vacilando, inclinada hacia delante, con las piernas separadas, apoyada en bastones. Qué fea, me digo a mí mismo. Mis labios articulan esta fea palabra. Esto me sorprende pero no lo evito: es fea, fea.

La cuarta noche regreso de mal humor, doy vueltas por mis habitaciones haciendo mucho ruido, sin importarme a quién despierte. La noche ha sido un fracaso, la

corriente de deseo renovado se ha roto. Tiro mis botas al suelo y me meto en la cama con ganas de discutir, deseando echarle la culpa a alguien, avergonzado también de mi puerilidad. No puedo comprender qué hace esta mujer en mi vida. El recuerdo de los extraños éxtasis a los que me he acercado a través de su cuerpo incompleto me llena de profunda repulsión, como si hubiera pasado las noches copulando con una muñeca de paja y cuero. ¿Qué es lo que he podido ver en ella? Intento recordarla cómo era antes de que los especialistas del dolor realizaran sus servicios. Parece imposible que mi mirada no la abarcara cuando estaba sentada con los otros prisioneros bárbaros en el patio el día que los trajeron. En algún lugar del laberinto de mi cerebro, estoy convencido, se hospeda este recuerdo; pero soy incapaz de conjurarlo. Me acuerdo de la mujer con el niño, incluso del propio niño. Recuerdo todos los detalles: el borde deshilachado de la toquilla de lana, la pátina de sudor bajo los mechones de fino pelo de niño. Recuerdo las manos huesudas del hombre que murió; creo que incluso, haciendo un gran esfuerzo, podría recomponer su cara. Pero a su lado, donde la muchacha debía de estar, hay un espacio en blanco, un vacío.

Me despierto por la noche cuando la muchacha me zarandea y el eco de un débil gemido persiste en el aire.

—Estaba gritando en sueños —dice—. Me despertó.

—¿Qué es lo que gritaba?

Dice algo entre dientes y me da la espalda.

Más tarde durante la noche me vuelve a despertar:

—Estaba gritando.

Atontado y confuso, también enfadado, intento recordar, pero sólo veo un torbellino y, en el centro del torbellino, la nada.

—¿Es un sueño? —me dice.

—No recuerdo ningún sueño.

¿Quizá sea que ha vuelto el sueño de la niña con capucha construyendo el castillo de nieve? Si así fuera, el sabor, el olor o el color de este sueño sin duda permanecería en mí.

—Tengo que preguntarte algo —le digo—. ¿Te acuerdas de cuando te trajeron aquí, al patio del cuartel, la primera vez? Los soldados ordenaron que os sentarais. ¿Dónde te sentaste tú? ¿Hacia dónde mirabas?

A través de la ventana veo nubes que cruzan velozmente la cara de la luna. Habla desde la oscuridad a mi lado:

—Nos hicieron sentarnos a todos a la sombra. Yo estaba junto a mi padre.

Evoco la imagen del padre. En silencio, intento recrear el calor, el polvo, el olor de todos esos cuerpos exhaustos. A la sombra del muro del cuartel siento a los prisioneros uno a uno, a todos los que recuerdo. Reúno a la mujer con el niño, con la toquilla de lana y el pecho descubierto. El niño lloriquea, oigo el lloriqueo, está demasiado cansado para mamar. La madre, desaliñada, sedienta, me mira, preguntándose si puede esperar mi clemencia. Después viene el padre de la

muchacha, con las manos huesudas cruzadas delante. Tiene la gorra calada hasta los ojos, no levanta la mirada. Ahora llego al espacio junto a él.

—¿A qué lado de tu padre estabas sentada?

—A su derecha.

El espacio a la derecha del hombre permanece vacío. Haciendo un gran esfuerzo de concentración incluso puedo ver uno por uno los guijarros del suelo junto a él y la superficie del muro de detrás.

—Cuéntame lo que hacías.

—Nada. Todos estábamos cansados. Llevábamos andando desde antes del amanecer. Paramos a descansar sólo una vez. Estábamos cansados y sedientos.

—¿Me viste?

—Sí, todos le vimos.

Cruzo los brazos alrededor de las rodillas y me concentro. El espacio junto al hombre sigue vacío, pero empieza a surgir una vaga sensación de la presencia de la muchacha, como un halo. ¡Ahora!, me animo a mí mismo: ¡ahora abriré los ojos y ella estará allí! Abro los ojos. En la tenue claridad distingo su contorno a mi lado. En un arrebato de sentimentalismo me estiro para acariciarle el pelo, el rostro. Pero no encuentro vida en ella. Es como acariciar una urna, o una pelota, algo que sólo es superficie.

—He estado intentando recordar cómo eras antes de que pasara todo esto —digo—. Me resulta difícil. Es una pena que no me lo digas —no espero que me replique, y tampoco lo hace.

Ha llegado un nuevo destacamento de reclutas para ocupar el lugar de los hombres que han completado un período de tres años en la frontera y están preparados para volver a sus casas. Manda el destacamento un joven oficial que pasará a formar parte de nuestro cuerpo de mando.

Le invito, con dos de sus compañeros, a cenar conmigo en la posada. La velada discurre satisfactoriamente: la comida es buena, la bebida abundante, mis invitados tienen cosas que contar de su viaje realizado en una estación del año adversa por una región que les resulta totalmente desconocida. Cuenta que perdió tres hombres en el camino: uno abandonó la tienda por la noche para atender sus necesidades y no regresó; los otros dos desertaron cuando estaban a punto de divisar el oasis, escondiéndose en los cañaverales. Alborotadores, les llama, que no le importa haber perdido. Sin embargo, ¿no creo que su desertión fue una locura? Una completa locura, le contesto: ¿sabe por qué desertaron? No, contesta: recibían un trato justo, todos recibían un trato justo; pero, claro, los reclutas... Se encoge de hombros. Tendrían que haber desertado antes, le comento. Este territorio es inhóspito. Son hombres muertos si todavía no han encontrado un refugio.

Hablamos de los bárbaros. Está convencido, dice, de que durante parte del camino los bárbaros les siguieron a cierta distancia. ¿Está seguro de que eran bárbaros?, le pregunto. ¿Quiénes si no podían haber sido?, me contesta. Sus compañeros están de

acuerdo.

Me gusta la energía de este joven, su interés por las novedades de la frontera. El éxito alcanzado conduciendo a sus hombres hasta aquí en esta estación muerta es digno de elogio. Cuando sus acompañantes alegan lo tardío de la hora y se van, le insisto en que se quede. Pasada la medianoche todavía estamos sentados charlando y bebiendo. Oigo las últimas noticias de la capital, en la que no he estado desde hace mucho tiempo. Le hablo de algunos de los lugares que recuerdo con nostalgia: los jardines con el quiosco donde los músicos tocan para la multitud de paseantes y las hojas otoñales caídas de los castaños crujen a su paso; un puente desde donde se ve el reflejo de la luna formar en el agua alrededor de los soportes ondas como flores del paraíso.

—El rumor que circula en cuartel general de la brigada —dice—, habla de una ofensiva general contra los bárbaros en la primavera para expulsarlos de la frontera y hacerlos retroceder a las montañas.

Siento tener que romper esta cadena de reminiscencias. No quiero acabar la velada con una discusión. A pesar de todo, contesto.

—Estoy seguro de que sólo se trata de un rumor: no pueden pensar seriamente en hacerlo. Los que llamamos bárbaros son nómadas, emigran de las tierras altas a las bajas todos los años, ésta es su forma de vida. Nunca permitirán que se les recluya en las montañas.

Me mira con extrañeza. Por primera vez esta noche siento que se forma una barrera, la barrera entre el militar y el civil.

—Pero evidentemente —dice—, si somos francos, eso es la guerra: obligar a escoger a alguien que si no no lo haría —me observa con el candor arrogante propio de un joven graduado en la Academia Militar. Estoy convencido de que está recordando el episodio que ya habrá circulado de boca en boca, de mi resistencia a cooperar con un oficial del Departamento. Creo que sé lo que ve frente a él: un administrador civil menor hundido, tras varios años en un destino apartado, en la indolencia propia de los nativos, de ideas anticuadas, dispuesto a jugarse la seguridad del Imperio a cambio de una paz provisional e insegura.

Se acerca a mí con un aire de desconcierto ingenuo y deferente: cada vez estoy más convencido de que está jugando conmigo.

—Dígame, señor, en confianza —dice—, ¿de qué se quejan los bárbaros? ¿Qué quieren de nosotros?

Debería ser cauteloso, pero no lo soy. Debería bostezar, eludir sus preguntas, acabar con la velada; pero me veo tragando el anzuelo. (¿Cuándo aprenderé a no decir lo que pienso?).

—Quieren que se acabe con la expansión de poblados en su territorio. Quieren que finalmente se les devuelvan sus tierras. Quieren tener la libertad de ir de un pasto a otro como hacían antes —todavía no es demasiado tarde para interrumpir el discurso. Sin embargo, oigo que mi voz sube de tono y, a disgusto, me dejo intoxicar

por mi ira—. No mencionaré nada de las recientes incursiones llevadas a cabo contra ellos, totalmente injustificadas y seguidas de actos de violencia desenfrenada, ya que la seguridad del Imperio estaba en juego, o al menos eso me dijeron. Llevará años arreglar el daño causado en esos pocos días. Pero dejemos eso, déjeme más bien que le cuente lo que encuentro descorazonador en mi calidad de administrador, incluso en tiempo de paz, incluso cuando las relaciones fronterizas son buenas. Sabe, hay una época del año en la que los nómadas nos visitan para comerciar. Bien: vaya a cualquiera de los puestos del mercado durante esa época y vea a quién roban en el peso, a quién engañan, a quién gritan e intimidan. Vea quién tiene que dejar a su mujer en el campamento por temor a que los soldados la insulten. Vea quién está tirado en el suelo borracho, y vea quién es el que le ha empujado hasta allí. Es contra este desprecio por los bárbaros, un desprecio que es compartido por el más insignificante mozo de cuadra o campesino, contra el que yo como magistrado he tenido que luchar durante veinte años. ¿Cómo se puede erradicar el desprecio, especialmente cuando este desprecio se basa únicamente en diferencias de modales en la mesa o en variaciones en la forma del párpado? ¿Quiere que le diga lo que desearía? Desearía que estos bárbaros se alzaran en armas y nos dieran una lección para que aprendiéramos a respetarles. Creemos que esta tierra nos pertenece, es parte de nuestro Imperio, nuestro puesto fronterizo, nuestro pueblo, nuestro mercado. Pero esas gentes, esos bárbaros, no lo ven de la misma manera. Llevamos aquí más de cien años, hemos recuperado tierra del desierto y construido regadíos y cultivado los campos y levantado hogares sólidos y erigido una muralla alrededor de nuestro pueblo, pero ellos todavía nos consideran visitantes, viajeros de paso. Entre ellos hay ancianos que recuerdan lo que sus padres les contaban de cómo era este oasis hace años: un lugar sombreado junto al lago con abundantes pastos incluso en invierno. Esto es todavía lo que dicen de él, quizá todavía lo *vean* así, como si no se hubiera removido un grano de tierra ni se hubiera colocado un ladrillo sobre otro. No dudan de que en cualquier momento cargaremos nuestras carretas y volveremos a cualquiera que sea el lugar de donde vinimos, que nuestras edificaciones se convertirán en hogares de ratones y lagartijas, que sus animales pastarán en los fértiles campos que cultivamos. ¿Se sonríe? ¿Quiere que le diga algo? Cada año el agua del lago se vuelve un poco más salobre. Hay una explicación muy simple —pero esto es lo de menos—. Los bárbaros lo saben. En este momento se estarán diciendo, «seamos pacientes, uno de estos días la sal arruinará sus cosechas, no podrán alimentarse, tendrán que irse». Esto es lo que piensan. Que resistirán más que nosotros.

—Pero nosotros no nos vamos a marchar —dice el joven con calma.

—¿Está seguro?

—No nos vamos a marchar, y por lo tanto se equivocan. Incluso si llegara a ser necesario abastecer al pueblo con convoyes, no nos iríamos. Porque los enclaves fronterizos representan la primera línea de defensa del Imperio. Cuanto antes comprendan los bárbaros esto, mejor.

A pesar de su cordialidad, posee cierta inflexibilidad de pensamiento producto seguramente de su educación militar. Suspiro. No he conseguido nada dejándome llevar por mis impulsos. Sin lugar a duda, sus peores sospechas se habrán visto confirmadas: soy un inepto y estoy anticuado. Después de todo, ¿creo realmente en todo lo que he dicho? ¿Deseo realmente el triunfo de la forma de ser de los bárbaros: vacío intelectual, dejadez, aceptación de la enfermedad y la muerte? Si desapareciéramos, ¿se pasarían los bárbaros las tardes excavando nuestras ruinas? ¿Guardarían nuestras listas de censo y los libros de nuestros comerciantes de cereales en urnas de cristal, se dedicarían a descifrar el contenido de nuestras cartas de amor? ¿No es quizá mi indignación ante el curso que el Imperio toma sólo el malhumor de un viejo que no quiere ver amenazada la tranquilidad de sus últimos años en la frontera? Intento desviar la conversación a temas más apropiados, los caballos, la caza, el tiempo; pero es tarde, mi joven amigo quiere retirarse, y soy yo el que debe pagar el entretenimiento de esta velada.

Los niños vuelven a jugar en la nieve. En el medio, de espaldas a mí, se encuentra la figura de la niña con capucha. Hay momentos, cuando trato de acercarme a ella, en los que desaparece de mi vista tras una cortina de nieve. Mis pies se hunden tanto que apenas puedo levantarlos. Cada paso me cuesta una eternidad. Es la nevada más abundante de todos los sueños.

Mientras me esfuerzo por acercarme a ellos, los niños dejan de jugar y me miran. Vuelven sus rostros serios y resplandecientes hacia mí, expulsando blancas bocanadas de aliento. Intento sonreír y acariciarles en mi camino hacia la niña, pero tengo el rostro helado, no puedo sonreír, parece como si una lámina de hielo me tapara la boca. Levanto una mano para retirarla: veo que la mano está envuelta en un grueso guante, los dedos congelados dentro de él, cuando me acerco el guante al rostro no siento nada. Con movimientos torpes me abro camino entre los niños.

Ahora empiezo a ver lo que hace la niña. Está construyendo una fortaleza de nieve, un pueblo amurallado que reconozco en cada detalle: las torres con las cuatro atalayas, la entrada con la barraca del portero al lado, las calles y las casas, la gran plaza con el cuartel situado en una esquina. ¡Ahí está el mismísimo lugar donde ahora me encuentro! Pero la plaza está vacía, todo el pueblo está vacío, silencioso y blanco. Señalo el centro de la plaza. «¡Tienes que poner personas ahí!», deseo decirle. Pero ni una palabra sale de mi boca, en donde la lengua yace como un pez congelado. Sin embargo, ella responde. Se incorpora arrodillándose y vuelve hacia mí el rostro bajo la capucha. Temo, en este último instante, que me desilusione, que el rostro que me muestre sea romo, viscoso, como un órgano interno hecho para vivir en la oscuridad. Pero no, es ella misma, nunca la había visto mejor, una niña sonriente, con la luz brillando en sus dientes y emanando de sus ojos negros como el azabache. «¡Así que esto es lo que significa ver!», me digo a mí mismo. Quiero

hablarle forzando mi hocico torpe y congelado. «¿Cómo puedes hacer todo este delicado trabajo con las manos enfundadas en manoplas?», deseo decirle. Sonríe amistosamente ante mi farfulleo. Después continúa con su fortaleza en la nieve.

Me despierto del sueño rígido y frío. Todavía falta una hora para que amanezca, el fuego se ha apagado, tengo la cabeza aterida de frío. La muchacha junto a mí duerme acurrucada como un ovillo. Me levanto de la cama y, arropado con mi gabán, me pongo a encender el fuego.

El sueño ha echado raíces. Una y otra noche regreso a la plaza desierta y cubierta de nieve, abriéndome camino con dificultad hacia la figura del centro y volviendo a confirmar en cada ocasión que el pueblo que está construyendo carece de vida.

Le pregunto a la muchacha por sus hermanas. Tiene dos hermanas, la más pequeña, según ella «muy bonita, pero una atolondrada».

—¿No te gustaría volver a ver a tus hermanas? —le pregunto. Mi metedura de pata flota de una forma chocante entre nosotros. Ambos sonreímos.

—Por supuesto —dice.

También le pregunto sobre el período posterior a su cautiverio, cuando, sin saberlo, vivía en este pueblo bajo mi jurisdicción.

—Todos fueron amables conmigo cuando supieron que me habían abandonado. Dormí en la posada mientras mis pies se curaban. Un hombre cuidó de mí. Ya no está aquí. Atendía a los caballos —también menciona al hombre que le dio las botas que llevaba puestas cuando la conocí. Le pregunto si hubo otros hombres—. Sí, hubo otros hombres. No tenía elección. Fue como tenía que ser.

Después de esta conversación mi trato con los reclutas se vuelve más tirante. Tras dejar mis habitaciones por la mañana para ir a la sala de audiencias, presencio una de las escasas revistas de la tropa. Estoy seguro de que entre estos hombres en posición de firmes con el equipamiento en un fardo a sus pies, algunos han dormido con la muchacha. Y no es que piense que se están burlando disimuladamente a mis espaldas. Al contrario, nunca los he visto permanecer firmes tan estoicamente ante el viento helado que barre la plaza. Nunca antes ha sido su aspecto más respetuoso. Si pudieran, lo sé, me dirían que todos somos hombres, que cualquier hombre puede perder la cabeza por una mujer. A pesar de todo, trato de regresar por la noche tarde a casa para no tener que ver la cola de hombres ante la puerta de la cocina.

Llegan noticias de los dos desertores del teniente. Un trampero los encontró congelados en un refugio improvisado no muy lejos del camino, a cincuenta kilómetros de aquí. Aunque el teniente preferiría dejarlos allí (—cincuenta kilómetros de ida y otros cincuenta de vuelta con este tiempo: demasiado para unos hombres que ya no lo son, ¿no cree?—), le convengo de que envíe un grupo.

—Hay que celebrar los oficios —le digo—. Además, es bueno para el ánimo de sus camaradas. No deben pensar que si ellos también murieran en el desierto, se les iba a abandonar allí. Tenemos que hacer lo que podamos para mitigar su miedo a dejar este maravilloso mundo. Después de todo, nosotros somos los que les

conducimos a estos peligros —así que el grupo se pone en marcha, y dos días después regresa con los cadáveres encorvados y duros como el hielo en una carreta. Sigo encontrando raro que los hombres deserten a cientos de kilómetros de sus casas y a un día de marcha de la comida y el calor, pero no pienso más en ello. De pie ante la fosa del cementerio cubierto de hielo, mientras se rezan las últimas oraciones y los compañeros más afortunados de los difuntos asisten con la cabeza descubierta, me repito a mí mismo que al insistir en un final apropiado para sus huesos estoy tratando de mostrar a estos jóvenes que la muerte no es aniquilación, que sobrevivimos en el recuerdo de los que conocimos. Pero ¿he organizado esta ceremonia realmente sólo para ellos? ¿Acaso no estoy también confortándome a mí mismo? Me ofrezco a asumir la penosa tarea de escribir a los padres para informarles de sus respectivas desgracias.

Digo:

—A un hombre mayor le resulta más fácil

—¿No le gustaría hacer otra cosa? —me pregunta.

Su pie descansa en mi regazo. Estoy abstraído, perdido en el ritmo de la fricción y el masaje del tobillo hinchado. Su pregunta me coge desprevenido. Es la primera vez que habla tan intencionadamente. No me dejo impresionar, sonrío, intento regresar a mi trance cercano al sueño y reacio a dejarse distraer.

El pie se revuelve en mis manos, cobra vida, se introduce dulcemente en mi ingle. Abro los ojos al cuerpo desnudo y tendido en la cama. Tiene la cabeza recostada sobre los brazos, me mira de esa manera indirecta a la que ya estoy acostumbrado, me muestra sus pechos firmes y su vientre liso, rebosando una salud de animal joven. Sigue tanteando con los dedos; pero no encuentra respuesta en este anciano fofa arrodillado ante ella con su batín morado.

—En otra ocasión —digo, con la lengua trabada estúpidamente por estas palabras. Sé que es una mentira, pero la digo—: Quizá en otra ocasión —después le aparto la pierna y me extiendo junto a ella—. Los viejos no tienen virtudes que proteger, así que, ¿qué excusa poner? —es un chiste malo, mal contado, y ella no lo entiende. Me abre la bata y empieza a acariciarme. Al cabo de un rato le aparto la mano.

—Va a ver a otras chicas —susurra—. ¿Cree que no lo sé?

Intento acallarla con un gesto autoritario.

—¿A ellas también las trata así? —susurra, y empieza a gimotear.

Aunque me da pena, no puedo hacer nada. Pero ¿qué humillación para ella! Incluso al vestirse para abandonar la vivienda, lo hace de forma vacilante y torpe. Ahora está tan cautiva como antes. Le acaricio la mano y me hundo más en la melancolía.

Es la última noche que dormimos en la misma cama. Instalo un catre en el salón y duermo allí. Termina la intimidad física entre nosotros.

—De momento —le digo—. Hasta que acabe el invierno. Es mejor así —acepta esta excusa sin rechistar. Cuando regreso a casa por la tarde me trae el té y se

arrodilla ante la bandeja para servírmelo. Después vuelve a la cocina. Una hora más tarde sube la escalera con un ligero taconeo detrás de la chica con la bandeja de la cena. Cenamos juntos. Después de la cena me retiro a mi estudio o salgo a pasar la velada, reanudando así mi descuidada vida social: ajedrez en casa de amigos, partidas de cartas con los oficiales en la posada. También hago una o dos visitas al piso superior de la posada, pero con un sentimiento de culpabilidad que arruina el placer. Cuando regreso la muchacha siempre está dormida, y tengo que andar de puntillas como un marido infiel.

Se adapta sin protestar a la nueva situación. Me digo que se somete debido a su educación bárbara. Pero ¿qué sé yo de la educación bárbara? Puede que lo que llamo sumisión sólo sea indiferencia. ¿Qué le importa a una mendiga, una huérfana, si yo duermo o no solo siempre que ella tenga un techo bajo el que cobijarse y el estómago lleno? Hasta ahora me agradaba pensar que no podía sino verme como un hombre dominado por la pasión, sin importar lo pervertida e indeterminada que esta pasión fuera, que en los incómodos silencios que constituyen la mayor parte de nuestra relación no podía sino sentir mi mirada presionándola como un cuerpo pesado. Prefiero no contemplar la posibilidad de que lo que la educación bárbara enseña a una muchacha no sea el complacer cada capricho del hombre, incluyendo el capricho de abandonarla, sino el ver la pasión sexual, ya sea en un caballo, una cabra, un hombre a una mujer, como un simple hecho de vida con el más claro de los significados y el más claro de los fines; de manera que los actos desconcertantes de un extranjero entrado en años que la rescata de la calle y la instala en su vivienda ya sea para poder besarle los pies, o intimidarla, o ungirle con exóticos aceites, o no hacerle caso, o dormir en sus brazos toda la noche, o alejarla a su antojo, sólo parecen muestras de impotencia, de irresolución, de desviación de sus propios deseos. Mientras que yo no he dejado de verla como un cuerpo lisiado, marcado por las cicatrices, dañado, quizá ella ya se haya acostumbrado a ese nuevo cuerpo imperfecto, sin sentirse más deforme que un gato por tener garras en vez de dedos. Haría bien en tomarme todo esto en serio. Quizá sea más normal de lo que quiero pensar, y puede que ella a su modo también me vea como un hombre normal.

III

Cada mañana el aire se llena del aleteo de los pájaros que llegan del sur, sobrevolando el lago en círculos antes de instalarse en las estribaciones salobres de la marisma. Cuando el viento se calma, nos llega la cacofonía de sus ululaciones, graznidos, gorjeos y cloqueos como el ruido de una ciudad rival sobre el agua: ánsares comunes, ánsares campestres, patos rabudos, patos silbones, lavancos, cercetas, mergos.

La llegada de la primera migración de aves acuáticas confirma indicios anteriores, el principio de una nueva calidez en el aire, la transparencia cristalina del hielo del lago. La primavera está en camino, pronto habrá llegado la hora de sembrar.

Entretanto, es la época de cazar con trampas. Antes del amanecer, grupos de hombres se encaminan al lago para echar las redes. Regresan a media mañana con un gran botín: hileras de pájaros con el cuello retorcido colgados de palos: por las patas o bien amontonados vivos en jaulas de madera, chillando de rabia, pisoteándose entre ellos, a veces con un cisne enorme y silencioso acurrucado en el medio. La cornucopia de la naturaleza: en las próximas semanas todos comerán bien.

Antes de marcharme tengo que redactar dos documentos. El primero va dirigido al gobernador provincial. «Para reparar parte del daño infligido por las incursiones del Tercer Departamento», escribo, «y para restaurar en lo posible la buena voluntad que existía anteriormente, me propongo realizar una corta visita a los bárbaros». Firmo y sello la carta.

Todavía no sé qué será el segundo documento. ¿Un testamento? ¿Unas memorias? ¿Una confesión? ¿Una historia de treinta años en la frontera? Me paso el día sentado absorto ante la mesa de mi despacho con la mirada fija en un papel en blanco, esperando que surjan las palabras. Paso un segundo día de la misma manera. Al tercero me rindo, vuelvo a meter el papel en el cajón y me dispongo a partir. Parece lógico que un hombre que no sabe qué hacer con la mujer que tiene en su cama no sepa qué escribir.

He escogido tres hombres para que me acompañen. Dos son jóvenes reclutas que están a mis órdenes. El tercero es un hombre mayor que ellos nacido en esta región, un cazador y tratante en caballos al que pagaré de mi propio bolsillo. Les hago llamar a todos la tarde previa a nuestra partida.

—Sé que no es una buena época del año para viajar —les digo—. Es una época traicionera, el último coletazo del invierno, y la primavera aún no ha llegado. Pero si esperamos más, no encontraremos a los nómadas antes de que empiecen a emigrar —no hacen preguntas.

A la muchacha sólo le digo:

—Te voy a devolver a tu pueblo, o acercarte a él tanto como pueda, ya que ahora se encuentra disperso —no da muestras de alegría. Dejo a su lado la tupida piel que le he comprado para el viaje con una gorra de piel de conejo bordada a la usanza de los

nativos, botas nuevas y guantes.

Ahora que me he comprometido a realizar esta tarea duermo mejor e incluso detecto dentro de mí algo parecido a la felicidad.

Partimos el tres de marzo, acompañados en la salida y en el camino al río por una escolta desordenada de niños y perros. Tan pronto como hemos pasado el canal de riego y nos desviamos del camino del río tomando el camino de la derecha, utilizado únicamente por cazadores de animales y aves, nuestra escolta empieza a disminuir hasta que sólo quedan dos tozudos chavales trotando a nuestras espaldas, cada uno de ellos resuelto a aguantar más que el otro.

Ha salido el sol pero no calienta. El viento del lago nos azota haciendo que se nos salten las lágrimas. En una fila compuesta por cuatro hombres y una mujer, cuatro animales de carga, con los caballos retrocediendo continuamente ante el viento y teniendo que ser arrastrados, nos alejamos del pueblo amurallado, de los campos desiertos, y, finalmente, también de los chicos exhaustos.

Mi plan consiste en seguir este sendero hacia el sur hasta que hayamos bordeado el lago, después continuar en dirección nordeste por el desierto hacia los valles de las montañas donde los nómadas del norte pasan el invierno. Es una ruta poco frecuentada ya que los nómadas, cuando emigran con sus rebaños, siguen el antiguo lecho seco del río formando una gran curva hacia el sureste. Sin embargo, reduce un viaje de seis semanas a una o dos. Yo mismo no la he seguido nunca.

Así que durante los tres primeros días marchamos laboriosamente hacia el sureste. A nuestra derecha se extiende una planicie con terrazas de arcilla erosionadas por el viento que al final se funde con bancos de nubes de polvo rojizo y después con el neblinoso cielo amarillo. A nuestra izquierda se extiende una llanura pantanosa, terrenos de cañaverales y el lago, en el que la capa de hielo central todavía no se ha derretido. El viento que sopla sobre el hielo nos congela el aliento y por ello a menudo más que cabalgar, tenemos que caminar largos trechos al abrigo de nuestros caballos. La muchacha lleva una bufanda enrollada en varias vueltas a la cabeza y, acurrucada en la silla, sigue a su guía a ciegas.

Dos de los caballos de carga transportan leña, pero tenemos que conservarla para el desierto. En una ocasión nos topamos con un tamarisco medio sepultado en arena formando un montículo que convertimos en leña; en el resto de las ocasiones tenemos que contentarnos con haces de caña seca. La muchacha y yo dormimos juntos en la misma tienda acurrucados en nuestras pieles para guarecernos del frío.

Comemos bien en estos primeros días de viaje. Hemos traído carne en salazón, harina, judías, frutos secos, y además podemos cazar aves silvestres. Pero tenemos que ser parcios con el agua. El agua pantanosa aquí, en las estribaciones poco profundas del sur, es demasiado salada. Uno de los hombres tiene que vadear veinte o treinta pasos hasta que el agua le llega a las pantorrillas para llenar los pellejos, o mejor dicho, para romper trozos de hielo. Pero incluso el agua derretida del hielo es tan amarga y salada que sólo se puede beber con té muy cargado. Cada año el lago se

vuelve más salobre a medida que el río lacera sus orillas llevando al lago sal y alumbre. Y puesto que el lago no tiene salida, sus contenidos minerales siguen creciendo, especialmente en el sur, donde barreras de arena aíslan grandes extensiones de agua cada temporada. Los pescadores encuentran carpas muertas flotando en las partes menos profundas tras las inundaciones del verano. Dicen que ya no se ven percas. ¿Qué será del pueblo si el lago se convierte en un mar muerto? Después de un día de beber té salado, todos, excepto la muchacha, padecemos diarrea. Yo soy el más afectado. Experimento la profunda humillación de tener que parar continuamente, tener que vestirme y desvestirme con los dedos helados al abrigo del caballo mientras los otros esperan. Trato de beber lo menos posible, tan poco que cuando cabalgo mi mente arroja visiones tentadoras: al lado de un pozo un barril lleno con el cazo rebosando agua; nieve limpia. La caza y la cetrería de vez en cuando, mis esporádicas actividades de mujeriego, mis ejercicios de virilidad, me han ocultado la creciente debilidad de mi cuerpo. Me duelen los huesos después de largas marchas, al anochecer estoy tan cansado que no tengo apetito. Camino hasta que no puedo dar un paso más; entonces a duras penas subo a la montura, me arrebujó en el abrigo y hago adelantarse a uno de los hombres para que asuma la tarea de guiarnos por la senda semioculta. El viento no cesa de soplar. Llega rugiendo hasta nosotros tras cruzar el hielo, soplando sin dirección fija, tapando el cielo con una nube de polvo rojizo. No hay forma de guarecerse del polvo: penetra en la ropa, se apelmaza en la piel, se filtra en el equipaje. Comemos con la boca bañada de polvo, escupiendo, rechinando los dientes. No es el aire sino el polvo el medio en el que vivimos. Nadamos en el polvo como los peces en el agua.

La muchacha no se queja. Come bien, no se pone enferma, duerme profundamente hecha un ovillo toda la noche en un clima tan frío que yo me abrazaría incluso a un perro para calentarme. Cabalga todo el día sin rechistar. En una ocasión, al levantar la vista, veo que cabalga dormida, con la expresión tan apacible como la de un niño.

Al tercer día el límite de la marisma empieza a curvarse hacia el norte y entonces sabemos que hemos rodeado el lago. Montamos las tiendas temprano y pasamos las últimas horas de claridad recogiendo hasta el más mínimo ápice de leña que encontramos mientras los caballos pacen por última vez en la escasa hierba de la marisma. Más tarde, al amanecer del cuarto día, comenzamos a atravesar el antiguo lecho del lago que se extiende sesenta kilómetros más allá de la marisma.

Es el terreno más baldío que hemos visto hasta ahora. En este lecho salado del lago, que se abre en algunos sitios por donde surgen dentados hexágonos cristalinos de treinta centímetros de anchura, no crece nada. También encierra peligros: al cruzar un tramo extraordinariamente blando el primer caballo de pronto traspasa la corteza del terreno hundiéndose hasta el pecho en cieno verde y fétido; el hombre que lo conduce se queda momentáneamente paralizado antes de hundirse también él. Hacemos un gran esfuerzo para sacarlos, mientras la corteza de sal se astilla bajo los

cascos del inquieto caballo, el agujero se ensancha y un hedor salobre se extiende por todos lados. Ahora nos damos cuenta de que no hemos dejado atrás el lago: se extiende bajo nosotros hasta aquí, unas veces bajo una corteza de muchos centímetros de profundidad, otras sólo bajo una frágil lámina de sal. ¿Cuánto hará que el sol no baña estas aguas estancadas? Encendemos una hoguera en un terreno más firme para calentar al hombre aterido de frío y secarle la ropa. Mueve la cabeza.

—Siempre he oído que había que tener cuidado con los tramos verdes, pero nunca me había pasado algo parecido —dice. Es nuestro guía, el único entre nosotros que ha pasado por la orilla este del lago. Después de esto, fustigamos aún más a los caballos, tenemos mucha prisa por alejarnos del lago muerto temerosos de perdernos en un líquido más frío que el hielo, mineral, subterráneo, sin vida. Agachamos la cabeza y nos enfrentamos al viento con los abrigo hinchados, tomando un camino por los dentados cascotes de sal y evitando el terreno movedizo. Tras el río de polvo que corre majestuosamente por el cielo el sol enrojece como una naranja pero no calienta nada. Cuando cae la noche introducimos a golpes las estacas de las tiendas en las grietas de sal rocosa; quemamos la leña a un ritmo excesivo y, al igual que los marineros, rezamos por ver tierra.

Al quinto día dejamos atrás el lecho del lago y atravesamos un cinturón de sal blanda y cristalina que pronto se convierte en arena y piedra. Todos nos animamos, incluso los caballos que durante la travesía por la sal no han recibido más que unos pocos puñados de linaza y un barreño de agua salada. Su estado empeora por momentos.

Los hombres no se quejan. La carne fresca se está acabando pero queda carne en salazón, judías y abundante harina y té, los alimentos básicos de un viaje. En cada parada hacemos té y freímos albóndigas de manteca de cerdo, bocados exquisitos para el hambre. Los hombres se encargan de cocinar: intimidados ante la muchacha, poco seguros de su posición, sobre todo poco seguros del motivo de nuestro esfuerzo para devolverla a los bárbaros, apenas se dirigen a ella, evitan mirarla, y desde luego no le piden ayuda con las comidas. No fuerzo la situación, esperando que esta desconfianza desaparezca con el tiempo. Escogí a estos hombres porque eran fuertes, honestos y serviciales. Me siguen con la mayor confianza posible en semejante situación, aunque ya la espléndida armadura lacada que los dos jóvenes soldados llevaban cuando atravesamos la puerta grande esté atada a los caballos de carga y las fundas de sus espadas estén repletas de arena.

La llanura de arena empieza a convertirse en dunas. Nuestro avance se hace más lento a medida que tenemos que subir y bajar las dunas. Es el peor terreno posible para los caballos que con dificultad avanzan pocos centímetros a cada paso, hundiendo las pezuñas profundamente en la arena. Interrogo con la mirada a nuestro guía, pero lo único que puede hacer es encogerse de hombros:

—Continúa así kilómetros y kilómetros, tenemos que atravesarlo, no hay otra solución

Erguido en la cima de una duna, protegiéndome los ojos para mirar al frente, sólo veo remolinos de arena.

Esa noche uno de los caballos de carga se niega a comer. Por la mañana, no se levanta ni siquiera a latigazos. Redistribuimos la carga y nos desprendemos de una parte de la leña. Me quedo atrás mientras los otros se ponen en marcha. Puedo asegurar que el animal sabe lo que va a ocurrir. Al ver el cuchillo pone los ojos en blanco. Con la sangre brotándole a borbotones del cuello, se incorpora liberándose de la arena y se tambalea un paso o dos en la dirección del viento antes de caer. He oído que en situaciones extremas los bárbaros extraen la sangre de los caballos. ¿Viviremos para arrepentimos de toda esta sangre profusamente desperdiciada en la arena?

Al séptimo día, cuando finalmente hemos dejado atrás las dunas, divisamos entre el mortecino marrón grisáceo del paisaje desierto una franja de gris más oscuro. Al acercarnos, vemos que se extiende en kilómetros hacia el este y el oeste. Divisamos incluso las minúsculas siluetas negras de algunos árboles. Tenemos suerte, dice nuestro guía: allí tiene que haber agua.

Lo que por azar hemos encontrado es el lecho de una antigua laguna terminal. Cañas secas (de un blanco etéreo y extremadamente quebradizas) delimitan lo que fueron las orillas. Los árboles son álamos, secos también desde hace tiempo. Se han secado porque el agua subterránea retrocedió demasiado lejos de sus raíces hace muchísimos años.

Descargamos los animales y comenzamos a cavar. A medio metro de profundidad topamos con una capa de arcilla compacta y azulada. Debajo vuelve a haber arena, después otra capa de arcilla sensiblemente húmeda. A dos metros de profundidad, con el corazón latiéndome aceleradamente y un pitido en los oídos, tengo que dejar pasar mi turno con la pala. Los tres hombres continúan trabajando duro, sacando del hoyo la tierra desmenuzada en un trozo de tierra anudado en los extremos.

A tres metros de profundidad empieza a formarse agua a sus pies. Es dulce, no contiene ni rastro de sal, sonreímos satisfechos; pero mana muy despacio y hay que sacar la tierra de los lados del agujero a medida que siguen cavando. Hasta media tarde no podemos vaciar el resto de nuestra agua salada del lago y rellenar los pellejos. Casi al anochecer llenamos un barril en nuestro pozo y damos de beber a los caballos.

En ese intervalo, y ahora que hay leña de álamo en abundancia, los hombres han cavado dos pequeños hornos juntos y han encendido sobre ellos una hoguera crepitante para secar la arcilla. Cuando el fuego se debilita, retiran las brasas, las introducen en los hornos, y comienzan a cocer pan. La muchacha observa todo de pie, apoyada en los bastones en los que he colocado discos de madera para que pueda caminar en la arena. En la camaradería abierta y relajada de este día generoso y con la promesa de un día de descanso, la conversación fluye fácilmente. Entre bromas los hombres hacen su primera propuesta de amistad:

—¡Ven y siéntate con nosotros, y prueba a qué sabe el pan hecho por hombres! — ella les sonríe, levantando la barbilla con un gesto que tan sólo yo reconozco como un esfuerzo para ver. Se sienta con cuidado junto a ellos para dejarse bañar por el calor de los hornos.

Yo me siento más lejos, resguardado del viento en la entrada de mi tienda, junto a la llama vacilante de una lámpara de aceite, anotando el registro del día en el diario, pero también escuchando. Se suceden las bromas en el dialecto de la frontera, y a ella no le faltan las palabras. Me sorprende su fluidez, su rapidez, el dominio de sí misma. Incluso detecto en mí un arrebato de orgullo: ¡no es sólo la mujerzuela del viejo, también es una joven ocurrente y atractiva! Quizá si desde el principio hubiera sabido utilizar con ella esta jerga despreocupada y chistosa nos podríamos haber acercado más. Pero como un insensato, en vez de entretenerla la he entristecido. ¡En verdad que el mundo debería pertenecer a los cantantes y a los bailarines! ¡Vana amargura, infundada melancolía, remordimientos sin sentido! Apago de un soplo la lámpara, me siento con la barbilla apoyada en el puño observando la hoguera, escuchando los sonidos de mi estómago.

Duermo un sueño de completo agotamiento. Apenas me despierto cuando levanta el extremo de la enorme piel de oso y se acurruca junto a mí. «Un niño siente frío por la noche», es lo que pienso atontado, atrayéndola al hueco de mi brazo y durmiéndome otra vez. Vuelvo a dormir profundamente quizá durante un rato. Después, completamente despierto, noto su mano bajo mi ropa, cómo su lengua me acaricia el oído. Me recorre una ola de placer sensual, bostezo, me estiro y sonrío en la oscuridad. Su mano encuentra lo que busca. «¿Por qué no?», pienso. «¿Y si pereciéramos en medio del desierto? ¡Déjanos al menos que no muramos frustrados y tristes!». No lleva nada bajo el camisón. Con un movimiento me coloco sobre ella; está cálida, húmeda, preparada para mí; en un minuto se borran totalmente cinco meses de indecisión insensata y vuelvo a flotar en la nada tranquila y sensual.

Cuando me despierto tengo la mente tan en blanco que me inunda el terror. Sólo haciendo un esfuerzo deliberado puedo reintegrarme en el tiempo y en el espacio: en una cama, una tienda, una noche, un mundo, un cuerpo extendido del este al oeste. Aunque estoy tendido sobre ella con el peso de un buey muerto, la muchacha duerme, con los brazos estrechados suavemente alrededor de mi espalda. Me libero de ella, arreglo la manta, y trato de sosegarla. Ni por un instante se me ocurre pensar en levantar el campamento de madrugada, regresar al oasis y acabar mis días en la soleada casa del magistrado con una joven esposa, durmiendo plácidamente junto a ella, siendo un padre para sus hijos, viendo sucederse las estaciones. No me avergüenza pensar que si no hubiera pasado la velada con los jóvenes alrededor de la hoguera probablemente no me hubiera necesitado. Quizá la realidad sea que era a uno de ellos al que abrazaba cuando la tenía entre mis brazos. Escucho atentamente el eco de este pensamiento en mi interior, pero no detecto ni el más mínimo dolor que me indique que estoy herido. Ella duerme; le acaricio con la mano el suave vientre una y

otra vez, le acaricio los muslos. Ha pasado, estoy satisfecho. Al mismo tiempo estoy dispuesto a creer que no hubiera pasado si no fuera a separarme de ella en pocos días. Tampoco, si he de ser franco, es tan grande el placer que encuentro en ella, el placer cuya huella lejana todavía siento en la palma de la mano. Ni me palpita el corazón ni la sangre me fluye ahora más deprisa que antes con su contacto. No estoy con ella por todos los éxtasis que pueda prometer o proporcionarme, sino por otras razones que para mí permanecen tan oscuras como antes. Sin embargo, no he dejado de notar que en la oscuridad de la cama las señales que sus torturadores dejaron en ella, los pies deformados, la ceguera casi completa de sus ojos, se olvidan fácilmente. ¿Acaso es que deseo a la mujer completa, que no encuentro placer en ella hasta que sus señales se borran y vuelva a ser ella enteramente; o es que (no soy tonto, me doy cuenta de todo) son sus señales lo que me atrae de ella pero, muy a mi pesar, no son suficientemente profundas? Demasiado o demasiado poco: ¿la deseo a ella o deseo las huellas que la historia ha dejado en su cuerpo? Durante mucho tiempo permanezco tumbado mirando lo que parece completa oscuridad, aunque sé que el techo de la tienda está sólo a un brazo de distancia. Ninguno de los pensamientos que cruzan mi mente, ninguna de las explicaciones, por muy antagónicas que sean, del origen de mi deseo parece afligirme. «Debo de estar cansado», pienso. «O quizá sea que todo lo que pueda expresarse esté erróneamente formulado». Mis labios se mueven componiendo y recomponiendo las palabras en silencio. «O puede que sólo lo que no ha sido expresado haya de ser vivido». Contemplo esta última frase sin percibir en mí ningún impulso ni de acuerdo ni de desacuerdo. Las palabras se vuelven más y más opacas ante mí; pronto han perdido todo significado. Suspiro al final de un largo día, en medio de una larga noche. Después me vuelvo hacia la muchacha, la abrazo, la atraigo muy cerca de mí. Murmura dormida, y yo pronto la acompaño en su reposo.

El octavo día descansamos ya que los caballos se encuentran en un estado verdaderamente lastimoso. Mastican ávidamente la fibra de las cañas secas. Se les hincha la tripa de agua y ventosean estrepitosamente. Les hemos dado el resto de la linaza e incluso un poco de nuestro pan. Si en un día o dos no hemos encontrado pastos, morirán.

Dejamos atrás nuestro pozo y el montículo de tierra que extrajimos para seguir hacia el norte. Salvo la muchacha, los demás vamos a pie. Hemos abandonado todo lo que nos podíamos permitir para aliviar la carga de los caballos; pero ya que no podemos sobrevivir sin hogueras, todavía tienen que arrastrar pesadas cargas de leña.

—¿Cuándo veremos las montañas? —pregunto a nuestro guía.

—Dentro de un día. O dos. Es difícil saberlo. No he recorrido estos lugares antes.

Ha cazado en la orilla este del lago y la periferia del desierto, pero no ha tenido que cruzarlo. Permanezco callado para darle la oportunidad de expresar su opinión, pero no parece inmutarse, no cree que estemos en peligro—. Puede que dos días hasta que veamos las montañas, después otro día de camino hasta llegar a ellas —entorna los ojos, mirando con atención la neblina marrón que cubre el horizonte. No pregunta qué haremos cuando lleguemos a las montañas.

Llegamos al final de este páramo llano y pedregoso y ascendemos una serie de colinas rocosas hasta llegar a una baja meseta donde empezamos a encontrar matorrales de hierba seca. Los animales los arrancan violentamente. Supone un gran alivio verlos comer.

Me despierto sobresaltado en plena noche, con la horrible sensación de que algo malo ocurre. La muchacha se incorpora a mi lado:

—¿Qué pasa? —dice.

—Escucha. Ha parado el viento.

Descalza, arropada en una piel, se arrastra tras de mí fuera de la tienda.

Nieva con suavidad. Bajo una luna llena neblinosa, la tierra aparece blanca por todos lados. La ayudo a ponerse en pie y la sostengo, mirando al vacío de donde caen los copos de nieve en un silencio que se puede palpar después de una semana en la que el viento ha zumbado nuestros oídos sin cesar. Se nos unen los hombres de la segunda tienda. Intercambiamos una sonrisa absurda.

—Nieve de primavera —digo—, la última nieve del año —asienten con la cabeza. Un caballo cercano se sacude sobresaltándonos.

Al calor de la tienda rodeada de nieve vuelvo a hacer el amor con ella. Es pasiva, se acomoda a mí. Cuando comenzamos estoy seguro de que es el momento adecuado; la abrazo con un placer y una alegría vital muy intensos; pero más tarde parezco perder la unión con ella, y el acto se queda en nada. Evidentemente mis intuiciones no son infalibles. No obstante, mi corazón sigue estando cerca de esta muchacha que tan rápidamente se duerme en el hueco de mi brazo. Otra vez será, y si no, tampoco creo que me importe.

Alguien me llama por la rendija de entrada a la tienda:

—Despierte, señor.

Todavía semiinconsciente me doy cuenta de que he dormido demasiado. Es el silencio, me digo a mí mismo: es como si el silencio nos hubiera encalmado.

Salgo de la tienda a la claridad del día.

—¡Mire, señor! —dice el hombre que me ha despertado señalando hacia el nordeste—. Se acerca el mal tiempo.

Una gigantesca ola negra corre hacia nosotros por la llanura nevada. Todavía está a bastantes kilómetros de distancia, pero vemos cómo va devorando la tierra a medida que se acerca. Su cresta se pierde entre las oscuras y tenebrosas nubes.

—¡Una tormenta! —grito. Nunca he visto nada tan aterrador. Los hombres se apresuran a desmantelar su tienda—. ¡Traed los caballos, atadlos por el ronzal aquí en el centro! —nos alcanzan las primeras rachas de viento, la nieve empieza a arremolinarse y volar.

La muchacha está a mi lado apoyada en los bastones.

—¿Lo ves? —le digo. Me mira de reojo y asiente con la cabeza. Los hombres empiezan a desmantelar la segunda tienda—. ¡Después de todo, la nieve no era un buen presagio! —no contesta. Aunque sé que debería estar ayudando, no puedo apartar mis ojos de la inmensa muralla negra que con gran estruendo se va aproximando tan veloz como un caballo al galope. Se levanta el viento haciendo que nos tambaleemos; el familiar rugido vuelve a penetrar en nuestros oídos.

Me pongo en movimiento.

—¡Deprisa, deprisa! —grito, dando palmadas. Uno de los hombres pliega la tienda de rodillas enrollando las alfombrillas de fieltro, guardando la ropa de cama; los otros dos traen los caballos—. ¡Siéntate! —le grito a la muchacha, y corro a ayudar con los preparativos. La muralla tormentosa ya no es negra sino que se ha convertido en un caos de remolinos de arena, nieve y polvo. Después, de repente, el viento empieza a aullar, me arrebató la gorra, y la tormenta nos alcanza. Algo me arroja de espaldas al suelo: pero no ha sido el viento, sino un caballo que se ha liberado y corre desbocado, con las orejas gachas y los ojos desorbitados—. ¡Cogedlo! —grito. Mis palabras no son más que un susurro, ni siquiera yo mismo las oigo. El caballo desaparece de nuestra vista como un espíritu. En el mismo instante la tienda sale disparada en un torbellino hacia el cielo. Me lanzo sobre el bulto de las alfombrillas sosteniéndolo, enfurecido conmigo mismo. Más tarde, arrastrando las alfombrillas, retrocedo poco a poco a gatas hacia la muchacha. Es como arrastrarse contra corriente. Tengo los ojos, la nariz y la boca obstruidos por la arena, me cuesta mucho respirar.

La muchacha está de pie con los brazos estirados como alas por encima del cuello de los dos caballos. Parece estar hablándoles: aunque tienen una mirada feroz, están tranquilos.

—¡Nuestra tienda ha desaparecido! —le grito al oído, señalando con un brazo hacia el cielo. Ella se vuelve: bajo la gorra tiene la cara envuelta en una bufanda negra; incluso tiene los ojos tapados—. ¡La tienda ha desaparecido! —repito gritando. Ella asiente con la cabeza.

Durante cinco horas permanecemos apiñados tras los caballos y el montón de leña mientras el viento nos azota con nieve, hielo, lluvia, arena, arenisca. Estamos helados hasta los huesos. Los flancos de los caballos, de cara al viento, tienen hielo apelmazado. Nos arrimamos unos a otros, hombres y bestias, compartiendo nuestro calor, tratando de resistir.

Después, a mediodía, el viento de repente deja de soplar, como si en algún lugar se le hubiera cerrado la entrada. Los oídos nos zumban ante el extraño silencio.

Hemos de mover nuestros miembros ateridos, limpiarnos, cargar los animales, todo lo que haga correr la sangre en nuestras venas, pero lo único que deseamos es permanecer echados en nuestro nido un poco más. ¡Un siniestro letargo! La voz surge ronca de mi garganta:

—Adelante, carguemos todo.

Montoncitos de arena muestran dónde se encuentra enterrado el equipaje desperdigado. Buscamos en la dirección del viento, pero no encontramos ni rastro de la tienda desaparecida. Ayudamos a los caballos entumecidos a levantarse y los cargamos. El frío de la tempestad no es nada comparado con el frío que le sigue y que nos cubre como una mortaja de hielo. Nuestro aliento se vuelve escarcha, tiritamos sin cesar. Tras dar tres pasos vacilantes en vaivén, el primer caballo se desploma sobre sus cuartos traseros. Descargamos la leña que transporta, le levantamos con una estaca, le fustigamos. No es la primera vez que me maldigo a mí mismo por emprender un viaje tan duro con un guía indeciso en una estación traicionera.

Décimo día: el aire es más cálido, el viento más suave, el cielo está más despejado. Avanzamos con dificultad por la llanura cuando nuestro guía grita y señala algo con la mano. «¡Las montañas!» pienso, y el corazón empieza a latirme más deprisa. Pero no son las montañas lo que ve. Los puntos a los que señala en la distancia son hombres, hombres a caballo: ¡Quiénes sino los bárbaros! Me vuelvo hacia la muchacha, cuya montura cojitranca dirijo.

—Estamos llegando —digo—. Hay gente delante, pronto sabremos quiénes son —la opresión de los últimos días desaparece. Me pongo en cabeza y, aligerando el ritmo, dirijo nuestra marcha hacia las tres siluetas diminutas en la distancia.

Seguimos avanzando hacia ellos durante media hora hasta darnos cuenta de que no nos estamos acercando. A medida que avanzamos, ellos también avanzan. «No nos han visto», pienso, y se me ocurre que podíamos encender una hoguera. Pero cuando mando parar, los tres puntos parecen también pararse; cuando proseguimos nuestra marcha comienzan a moverse. «¿Y si se trata de nuestro propio reflejo, una mera ilusión óptica?» me pregunto. No podemos acortar la distancia. ¿Cuánto tiempo nos han estado siguiendo? ¿O acaso piensen que somos nosotros los que les perseguimos?

—Paremos, es inútil intentar alcanzarlos —digo a los hombres—. Veamos si están dispuestos a recibir a uno de nosotros —me monto en el caballo de la muchacha y cabalgo en solitario hacia los desconocidos. Durante un rato parecen permanecer quietos, mirando y esperando. Después empiezan a alejarse, reverberando frente a la nube de polvo del horizonte. Aunque fustigo a mi caballo, está demasiado débil para hacer algo más que trotar penosamente. Renuncio a la persecución, desmonto y espero a que mis compañeros me alcancen.

Para conservar la energía de los caballos hemos reducido las marchas poco a poco. No hacemos más de nueve kilómetros de camino esa tarde por terreno llano y firme antes de acampar con los tres jinetes delante de nosotros manteniéndose a distancia pero siempre al alcance de nuestra mirada. Los caballos disponen de una

hora para pastar en los matojos raquíuticos que encuentren; después los atamos cerca de la tienda y montamos la guardia. Se hace de noche, salen las estrellas en un cielo nebuloso. Descansamos alrededor de la hoguera disfrutando del calor, saboreando el dolor de nuestras extremidades cansadas, poco dispuestos a amontonarnos en la única tienda que nos queda. Mirando hacia el norte estoy seguro de vislumbrar las llamas de otra hoguera; pero cuando trato de enseñárselo a los otros la noche se ha vuelto impenetrablemente negra.

Los tres hombres se ofrecen a dormir al aire libre, haciendo turnos de guardia. Esto me conmueve.

—Dentro de unos días —les digo—, cuando haga menos frío —dormimos a rachas, cuatro cuerpos apiñados en una tienda para dos, con la muchacha tendida con recato en un extremo.

Me levanto antes del amanecer y fijo la mirada en el norte. Cuando los rosas y malvas del amanecer se tornan dorados, los puntos vuelven a materializarse en el horizonte vacío de la meseta, y no sólo tres sino ocho, nueve, diez, quizá doce.

Con un palo y una camisa blanca de hilo hago una bandera y cabalgo hacia los desconocidos. Ha cesado el viento, el aire está limpio, cuento a medida que cabalgo: doce figuras diminutas en el lado de una pendiente, y muy detrás de ellos un vaguísimo indicio difuminado de azul de las montañas. Después, mientras miro, las figuras empiezan a moverse. Se agrupan en fila y suben la pendiente como hormigas. Se paran en la cima. Un torbellino de polvo los tapa, después reaparecen: doce hombres a caballo en el horizonte. Continúo, con la bandera blanca ondeando sobre mis hombros. Aunque mantengo la mirada en la cima, no capto el momento en que desaparecen.

—No tenemos que hacerles caso —le digo al grupo. Volvemos a cargar y proseguimos la marcha hacia las montañas. Aunque la carga se vuelve día a día más ligera, nos duele tener que azotar a los exhaustos caballos.

La muchacha sangra, le ha venido el período. No puede ocultarlo, no tiene intimidad, no dispone ni de un pequeño matorral para esconderse. Está disgustada y los hombres también. Es lo mismo de siempre: el flujo femenino trae mala suerte, es malo para la cosecha, malo para la caza, malo para los caballos. Están de mal humor: no quieren que se acerque a los caballos, lo que no es posible, no quieren que toque la comida. Llena de vergüenza, pasa el día sola y no nos acompaña en la cena. Después de haber comido, le llevo un cuenco de judías y albóndigas de harina a la tienda donde permanece sentada todo el día.

—No debería servirme —me dice—. Ni siquiera yo debería estar en la tienda. Pero no tengo otro sitio donde estar —no cuestiona su exclusión.

—No importa —le digo. Le acaricio la mejilla, me siento durante un rato y la observo comer.

Es inútil obligar a los hombres a que duerman con ella en la tienda. Por la mañana, y por ellos, llevo a cabo una breve ceremonia de purificación con la

muchacha (ya que al dormir en su cama me he impurificado): con un palo dibujo una línea en la arena, la guío para que la atraviere, lavo sus manos y las mías, después la vuelvo a guiar atravesando la línea hacia el campamento.

—Tendrá que volver a hacer lo mismo mañana por la mañana —murmura. Nos entendemos mejor en estos doce días de camino que en los cinco meses que vivimos bajo el mismo techo.

Hemos llegado al pie de las colinas. Los jinetes desconocidos siguen la marcha muy por delante de nosotros subiendo el lecho tortuoso de un riachuelo seco. Ya no intentamos alcanzarlos. Ahora comprendemos que al seguirnos también nos están guiando.

Avanzamos cada vez más despacio a medida que el terreno se vuelve más rocoso. Cuando nos paramos a descansar o perdemos de vista a los desconocidos en las curvas del riachuelo, no tememos que desaparezcan.

Más adelante, cuando subimos una loma, primero tratando de persuadir a los caballos y después obligándoles con empujones y tirones, nos encontramos de repente con ellos. Salen de unas rocas, de un barranco escondido, hombres montados en ponies de pelo largo, más de doce, vestidos con abrigos y gorras de piel de cabra, de rostro moreno, curtido, de ojos rasgados, bárbaros en carne y hueso en territorio propio. Me encuentro lo bastante cerca como para olerlos: sudor de caballo, humo, cuero semicurtido. Uno de ellos apunta a mi pecho con un mosquete muy antiguo casi tan largo como un hombre, con el soporte empernado cerca de la boca del cañón. Mi corazón deja de latir.

—No —susurro: con extremo cuidado suelto las riendas del caballo y muestro mis manos vacías. Con el mismo cuidado me doy la vuelta, recojo las riendas, y, escurriéndome y resbalándome en los guijarros, dirijo al caballo treinta pasos cuesta abajo hasta el pie de la loma donde mis acompañantes esperan.

Los bárbaros se perfilan frente al cielo por encima de nuestras cabezas. Sólo se oye el latido de mi corazón, el jadeo de los caballos, el gemido del viento, ningún otro sonido. Hemos cruzado los límites del Imperio. No podemos tomar este momento a la ligera.

Ayudo a la muchacha a desmontar.

—Escucha atentamente —le digo—. Te conduciré a la cima de la loma para que hables con ellos. Coge los bastones, el terreno es poco firme, no hay otro camino para subir. Cuando hayas hablado con ellos puedes decidir lo que quieres hacer. Si quieres ir con ellos, si te conducen hasta tu familia, ve con ellos. Si decides volver con nosotros puedes volver con nosotros. ¿Lo entiendes? No te quiero forzar.

Asiente con la cabeza. Está muy nerviosa.

Rodeándola con un brazo la ayudo a subir la pedregosa loma. Los bárbaros no se mueven. Cuento tres mosquetes de cañón largo; además llevan los arcos cortos que ya conozco. Cuando alcanzamos la cima retroceden un poco.

—¿Los ves? —le digo jadeando.

Vuelve la cabeza de esa manera extraña e indiferente.

—No muy bien —contesta.

—Ciega: ¿cómo se dice ciega?

Me lo dice. Me dirijo a los bárbaros.

—Ciega —digo, tocándome los párpados. No contestan. El arma apoyada entre las orejas del poney todavía me apunta. Los ojos de su dueño brillan de alegría. El silencio se prolonga.

—Háblales —le digo—. Diles por qué estamos aquí. Cuéntales tu historia. Cuéntales la verdad.

Me mira de refilón y esboza una sonrisa.

—¿Seguro que quiere que les cuente la verdad?

—Cuéntales la verdad. ¿Qué otra cosa puedes contar?

La sonrisa no abandona sus labios. Mueve la cabeza, no dice nada.

—Diles lo que quieras. Sólo que, ahora que te he traído hasta donde me era posible, quiero pedirte claramente que regreses al pueblo conmigo. Por tu propia voluntad —le agarro el brazo—. ¿Me comprendes? Eso es lo que quiero.

—¿Por qué? —la palabra sale de sus labios con una suavidad mortal. Sabe que me confunde, me ha confundido desde el principio. El hombre del arma avanza despacio hasta colocarse a nuestro lado. Ella niega con la cabeza—. No. No quiero regresar a ese lugar.

Bajo casi a gatas la loma.

—Encended una hoguera, haced té, pararemos aquí —les digo a los hombres. De arriba me llega la suave cascada de la conversación de la muchacha rota por ráfagas de viento. Está apoyada en los dos bastones, los jinetes desmontan y la rodean. No puedo entender ni una palabra. «¡Qué pérdida de tiempo!», pienso: «¡Podría haberse pasado las largas tardes desocupadas enseñándome su lengua! Ahora ya es demasiado tarde».

Saco de mi alforja las dos fuentes de plata que he transportado a través del desierto. Desenvuelvo la pieza de seda.

—Quisiera que aceptaran esto —les digo. Tomo su mano para que pueda sentir la suavidad de la seda, el cincelado de las fuentes, un entrelazado de peces y hojas. También he traído su pequeño fardo. No sé lo que contiene. Lo deposito en el suelo—. ¿Te acompañarán todo el camino?

Asiente con la cabeza.

—Dice que en verano. Dice que también quiere un caballo. Para mí.

—Dile que nos espera un largo y duro camino. Nuestros caballos están en mal estado como puede ver por sí mismo. Pregunta si en vez de eso podemos comprarles caballos. Dile que pagaremos con plata.

Se lo traduce al anciano mientras espero. Sus compañeros han desmontado pero él

todavía está sobre el caballo, con el viejo y enorme mosquete sujeto con una correa a su espalda. Estribos, silla, bridas, riendas: no son de metal sino de hueso y madera endurecida al fuego cosidos con tripa, amarrados con correas. Cuerpos cubiertos con lana y pieles de animales y alimentados desde la infancia con carne y leche, desconocedores del tacto suave del algodón, de la delicadeza de los cereales y las frutas: estas son las gentes a las que se expulsa de las mesetas hacia las montañas por la expansión de un Imperio. Nunca había visto antes gentes del norte en su propio territorio en igualdad de condiciones: los bárbaros que conozco son los que van al oasis a comerciar y los pocos que acampan en el río, y los pobres cautivos de Joll. ¡Qué acontecimiento, y qué vergüenza también, estar aquí hoy! En el futuro mis sucesores coleccionarán los artefactos de este pueblo para exhibirlos junto a mis huevos de ave y mis enigmas caligráficos. Y aquí estoy yo arreglando las relaciones entre los hombres del futuro y los hombres del pasado, devolviéndoles, con disculpas, un cuerpo del que hemos chupado la sangre, ¡un mensajero, un chacal de un Imperio disfrazado de cordero!

—Dice que no.

Saco uno de los pequeños lingotes de plata de mi bolsa y se lo tiendo a él.

—Dile que es por un caballo.

Se agacha, coge el reluciente lingote, y lo muerde con cuidado; después desaparece en su abrigo.

—Dice que no. La plata es por el caballo que no se lleva. No se lleva mi caballo, se lleva la plata a cambio.

Casi pierdo los estribos; pero ¿de qué serviría regatear? Ella se va, casi se ha ido. Es la última oportunidad de mirarla directamente a los ojos, de examinar a fondo mis emociones, de tratar de comprender quién es verdaderamente: de ahora en adelante, lo sé, empezaré a reformarla según mi repertorio de recuerdos y de acuerdo con mis dudosos deseos. Le acaricio la mejilla, le cojo la mano. En esta colina desolada a media mañana no puedo descubrir en mí ni rastro de ese lánguido erotismo que me arrastró a su cuerpo noche tras noche, ni siquiera de la cariñosa camaradería del viaje. Sólo existe un vacío, y la desolación producida por ese vacío. Cuando le estrecho la mano más fuerte no recibo respuesta. Sólo veo demasiado claro lo que veo: una muchacha robusta de boca ancha y un flequillo sobre la frente que mira hacia el cielo por encima de mi hombro, una desconocida; una visitante de otros lugares que ahora vuelve a casa después de una estancia bastante desagradable.

—Adiós —le digo.

—Adiós —me dice. No hay más vitalidad en su voz que en la mía. Comienzo a descender la loma; cuando llego al final ya le han quitado los bastones y la ayudan a subir a un pony.

Aunque nunca se puede estar completamente seguro, la primavera ha llegado. El

aire está lleno de fragancias, las puntas verdes de los nuevos brotes de hierba empiezan a salir por todos lados, bandadas de codornices del desierto vuelan deprisa ante nosotros. Si hubiéramos dejado el oasis ahora en vez de hace dos semanas hubiéramos hecho el viaje más deprisa y sin poner en peligro nuestras vidas. Pero por otro lado, ¿hubiéramos tenido entonces la suerte de encontrar a los bárbaros? Hoy mismo, estoy seguro, plegarán las tiendas, cargarán las carretas, reunirán los rebaños para comenzar las migraciones de primavera. No hice mal en correr el riesgo, aunque sé que los hombres me lo reprochan. («¡Hacernos venir aquí en invierno!» me imagino que dirán. «¡Nunca debimos haber aceptado!». ¿Y qué pensarán ahora que se han dado cuenta de que no formaban parte de una embajada ante los bárbaros como yo les di a entender, sino simplemente de una escolta de una mujer, una prisionera bárbara abandonada, alguien sin importancia, la mujerzuela del magistrado?).

Tratamos de recorrer lo más fielmente posible la misma ruta, dejándonos guiar por la posición de las estrellas que he tenido la precaución de dibujar.

Hemos dejado el viento atrás, el aire ha templado, la carga de los caballos es más ligera, sabemos dónde estamos, no hay nada que nos impida viajar deprisa. Pero en la parada de la primera noche ocurre un contratiempo. Me hacen ir junto al fuego donde uno de los soldados jóvenes está sentado dando muestras de abatimiento con el rostro entre las manos. Se ha quitado las botas y los peales.

—Mire el pie, señor —me dice nuestro guía.

Tiene el pie derecho abotargado e inflamado.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto al joven. Levanta el pie y me enseña el talón cubierto de sangre y pus coagulados. Percibo un olor pútrido más intenso incluso que el hedor de los peales sucios.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes así el pie? —le grito. Esconde el rostro—. ¿Por qué no dijiste nada? ¿No os dije a todos que teníais que llevar los pies limpios, que teníais que cambiaros los peales cada dos días y lavarlos, que teníais que daros ungüento en las ampollas y vendarlas? ¡Tenía mis razones! ¿Cómo piensas continuar con un pie en ese estado?

El joven no contesta.

—No quería retrasarnos —susurra su amigo.

—¡No quería retrasarnos pero ahora tenemos que transportarlo todo el camino de vuelta! —grito—. ¡Hierva agua, y cuida de que se lave el pie y se lo vende!

Tengo razón. Cuando a la mañana siguiente tratan de ayudarle a ponerse la bota no puede ocultar su sufrimiento. Con el pie vendado envuelto y sujeto en una bolsa puede caminar cojeando por el terreno en buenas condiciones; pero la mayor parte del tiempo tiene que ir a caballo.

Todos nos alegraremos de acabar este viaje. Estamos cansados de nuestra mutua compañía.

Al cuarto día llegamos al lecho de la laguna seca y lo seguimos hacia el sureste durante varios kilómetros hasta alcanzar nuestro antiguo pozo y el grupo de rígidos

troncos de álamo. Descansamos allí un día, reponiendo fuerzas para el trecho más duro. Freímos una ración de albóndigas de manteca y hacemos un puré con las últimas judías.

Me mantengo apartado. Los hombres charlan en voz baja y guardan silencio cuando estoy cerca. Ha desaparecido de la expedición todo el entusiasmo inicial, no sólo porque su punto álgido ha sido muy decepcionante —una conversación sin sentido en el desierto seguida del regreso por el mismo camino— sino también porque la presencia de la muchacha espoleaba a los hombres a hacer un alarde de su hombría, a una rivalidad fraternal que ahora ha degenerado en irritación y mal humor dirigidos arbitrariamente contra mí por haberlos escogido para una excursión temeraria, contra los caballos por su terquedad, contra su compañero con el pie malherido por retrasarlos, contra la pesada impedimenta que han de transportar, e incluso contra ellos mismos. Siento un precedente al extender mi esterilla junto al fuego bajo las estrellas, prefiriendo el frío del aire libre al calor asfixiante de la tienda junto a tres hombres descontentos. A la noche siguiente nadie se ofrece a montar la tienda y todos dormimos al aire libre.

Al séptimo día nos abrimos camino por los terrenos salinos. Perdemos otro caballo. Los hombres, cansados de la monotonía de las judías y las albóndigas de manteca, me piden permiso para sacrificarlo y comérselo. Les doy mi permiso pero no me uno a ellos.

—Seguiré adelante con los caballos —digo. Que se diviertan con su festín. No quiero ser yo quien les impida imaginarse que es a mí al que abren la garganta, al que arrancan las entrañas, al que rompen los huesos. Puede que después sean más amables.

Pienso con anhelo en la conocida rutina de mis obligaciones, en el verano que se acerca, las largas y lánguidas siestas, las conversaciones con amigos al anochecer bajo los nogales, con los muchachos sirviendo té y limonada y las jóvenes casaderas paseando de dos en dos y tres en tres con sus mejores galas delante de nosotros en la plaza. Sólo hace pocos días que me separé de la otra y ya veo cómo su rostro se petrifica en mi memoria, volviéndose opaco, impermeable, como si quisiera recubrirse de una concha. Caminando por la sal me asombra por un momento pensar que pude haber amado a alguien de un reino tan remoto. Ahora todo lo que quiero es vivir tranquilamente lo que me quede de vida en un mundo conocido, morir en mi propia cama y ser escoltado a la tumba por mis viejos amigos.

Ya a una distancia de dieciséis kilómetros divisamos las atalayas que se erigen frente al cielo; cuando todavía estamos en el sendero al sur del lago, el ocre de la muralla empieza a destacarse del fondo gris del desierto. Echo una mirada a los hombres a mi espalda. También han acelerado el paso, apenas pueden disimular su entusiasmo. No nos hemos bañado ni cambiado de ropa en tres semanas, apestamos,

tenemos la piel reseca y llena de surcos negros por el azote del viento y del sol, estamos desfallecidos, pero caminamos como hombres, incluso el joven, que ahora marcha renqueando sobre el pie vendado con el pecho sacado hacia afuera. Podría haber sido peor: quizá podría haber sido mejor, pero también podría haber sido peor. Incluso los caballos, con la tripa hinchada de hierba de la marisma, parecen haber revivido.

En los campos empiezan a surgir los primeros brotes de la primavera. Los agudos sonidos de una trompeta alcanzan nuestros oídos; salen jinetes a darnos la bienvenida, con el sol refulgiendo en sus cascos. Parecemos espantapájaros; hubiera sido mejor haber ordenado a los hombres que se pusieran las armaduras para recorrer estos últimos kilómetros. Observo a los jinetes trotar hacia nosotros, esperando que en cualquier momento comiencen a galopar, disparar sus fusiles al aire y gritar. Pero mantienen la compostura, no han salido a darnos la bienvenida, empiezo a darme cuenta, no hay niños corriendo detrás de ellos: se dividen en dos grupos y nos rodean, no reconozco ni una cara entre ellos, tienen la mirada inexpresiva, no responden a mis preguntas sino que nos conducen de vuelta como prisioneros a través de las puertas abiertas. Sólo cuando llegamos a la plaza y vemos las tiendas de campaña y oímos el alboroto lo entendemos: el ejército ha llegado, la prometida campaña contra los bárbaros está en marcha.

IV

Un hombre está sentado ante mi mesa del despacho contiguo a la sala de audiencias. No lo he visto nunca pero las insignias de su túnica azul me indican que pertenece al Tercer Departamento de la Guardia Nacional. Tiene un montón de carpetas marrones atadas con cintas rosas junto al codo; una está abierta ante él. Reconozco las carpetas: contienen registros de impuestos y tributos de hace cincuenta años. ¿Está realmente examinándolos? ¿Qué busca? Le hablo:

—¿Puedo ayudarle en algo?

No me hace caso, y los dos rígidos soldados que me vigilan parecen de madera. Estoy lejos de quejarme. Después de semanas en el desierto no resulta difícil estar ocioso. Además, siento una vaga sensación de júbilo ante la perspectiva de que mi falsa amistad con el Departamento pueda estar llegando a su fin.

—¿Puedo hablar con el Coronel Joll? —le digo. Pero eso es mucho suponer: ¿quién dice que Joll ha vuelto?

No contesta, mientras prosigue con la pretendida lectura de los documentos. Es un hombre bien parecido, con unos dientes iguales y blancos y unos bonitos ojos azules. Pero engreído, creo. Me lo imagino sentado en la cama junto a una muchacha, mostrándole sus músculos, alimentándose de su admiración. La clase de hombre, supongo, que gobierna su cuerpo como una máquina, ignorante de que posee sus propios ritmos. Cuando me mire, como hará dentro de un momento, mirará desde el fondo de ese rostro inexpresivo y atractivo y a través de esos ojos claros como un actor tras una máscara.

Levanta la vista de la página. Es justo como había pensado.

—¿Dónde ha estado? —me dice.

—Acabo de regresar de un largo viaje. Lamento no haber estado aquí cuando llegó para ofrecerle mi hospitalidad. Pero ahora que he vuelto, todo lo mío es suyo.

Sus insignias dicen que es un suboficial. Suboficial del Tercer Departamento: ¿qué significa eso? Probablemente, cinco años de dar patadas y apalear a gente; desprecio por la policía regular y por el proceso legal reglamentario; aborrecimiento de la conversación moderada y cortés como la mía. Pero puede que no le haga justicia. Llevo mucho tiempo fuera de la capital.

—Ha cometido alta traición al aliarse con el enemigo —me dice.

Así que ha salido. «Cometer alta traición»: una frase sacada de los libros.

—Aquí estamos en paz —le digo— no tenemos enemigos —guardamos silencio—. A menos que me equivoque —continúo—. A menos que nosotros seamos el enemigo.

No estoy seguro de que me entienda.

—Los indígenas están en guerra con nosotros —me dice. Dudo que haya visto en su vida a un bárbaro—. ¿Por qué ha tratado con ellos? ¿Quién le dio permiso para abandonar su puesto?

No concedo importancia a esta provocación.

—Es un asunto privado —le digo—. Tendrá que creer en mi palabra con respecto a eso. No pretendo discutirlo. Sólo decir que la magistratura de un distrito no es un puesto que haya que vigilar como una garita.

Hay una cierta ligereza en mi paso cuando los soldados me conducen a mi confinamiento.

—Espero que me permitiréis lavarme —les digo, pero no me hacen caso. Es igual.

Soy consciente de la causa de mi regocijo: mi alianza con los guardianes del Imperio ha terminado, me he colocado en la oposición, el vínculo se ha roto, soy un hombre libre. ¿Quién no sonreiría? ¡Pero qué peligrosa alegría! No debería ser tan fácil conseguir la salvación. ¿Y acaso hay algún principio que respalde mi oposición? ¿No ha provocado mi reacción el simple hecho de ver cómo uno de los nuevos bárbaros usurpaba, mi mesa y manoseaba mis papeles? En cuanto a esta libertad que estoy a punto de tirar por la borda, ¿qué valor tiene para mí? ¿He disfrutado verdaderamente la libertad sin ataduras de este último año en que más que nunca mi vida ha sido mía para decidir sobre la marcha? Por ejemplo: mi libertad para hacer de la muchacha lo que me apeteciera, esposa o concubina o hija o esclava o todas en una o ninguna, porque no tenía otra obligación con ella que lo que se me ocurriera definir en cada momento: desde la opresión de semejante libertad, ¿quién no daría bienvenida a la liberación del cautiverio? No hay nada heroico en mi oposición, que no se me olvide ni por un instante.

Es la misma habitación del cuartel que utilizaron para sus interrogatorios el año pasado. Espero mientras sacan a rastras las esterillas y las mantas de los soldados que han dormido aquí y las amontonan junto a la puerta. Mis propios tres hombres, todavía sucios y andrajosos, salen de la cocina para mirar.

—¿Qué coméis? —grito—. ¡Dadme algo antes de que me encierren! —uno de ellos viene corriendo con su cuenco de gachas caliente.

—Tome —me dice. Los soldados me indican que entre.

—Sólo un momento —les digo—: Permitidle ir a buscar mi manta, luego ya no os molestaré más —esperan mientras permanezco de pie bajo los rayos del sol metiendo la cuchara en las gachas como un hambriento. El muchacho del pie herido sonrío a mi lado con un cuenco de té—. Gracias —le digo—. No os preocupéis, no os harán daño, sólo hicisteis lo que se os ordenó —con mi manta y la vieja piel de oso bajo el brazo entro en la celda. Todavía hay marcas de hollín en la pared donde solía estar colocada la parrilla. La puerta se cierra y todo es oscuridad.

Duermo todo el día y toda la noche, apenas perturbado por el chop-chop de los picos tras la pared próxima a mi cabeza o por el rumor lejano de las carretillas y de los gritos de los obreros. En mis sueños, vuelvo a estar en el desierto, avanzando laboriosamente por un espacio sin fin hacia un objetivo desconocido. Suspiro y me humedezco los labios.

—¿Qué ruido es ése? —le pregunto al centinela cuando me trae la comida. Me informa de que están derribando las casas construidas en el muro sur del cuartel para ampliarlo y hacer auténticas celdas—. Ah sí —digo—: Es el momento de que brote la flor negra de la civilización.

No hay ventanas, tan sólo un respiradero en la parte superior de la pared. Pero después de un día o dos mis ojos se han habituado a la penumbra. Tengo que protegerme de la luz cuando cada mañana y cada tarde abren la puerta de par en par para darme de comer. La mejor hora es por la mañana temprano cuando, desde mi lecho, escucho el primer canto de los pájaros y contemplo el cuadrado orificio pendiente del instante en que la oscuridad da paso a la primera luz gris como una paloma.

Me dan el mismo rancho que a los soldados rasos. Cada dos días cierran la puerta del cuartel durante una hora y me permiten salir para lavarme y hacer ejercicio. Siempre hay rostros pegados a los barrotes de la verja embobados ante el espectáculo del poderoso caído en desgracia. Reconozco a muchos; pero ninguno me saluda.

Por la noche cuando todo está en calma las cucarachas salen a explorar el terreno. Oigo, o acaso lo imagino, el chasquido opaco de sus alas, el correteo de sus patas por las baldosas. Les atrae el olor del cubo en el rincón, los restos de comida en el suelo; también, sin duda, esta montaña de carne que despide sus múltiples hedores de vida y decadencia. Una noche me despiertan los pasos suaves como una pluma de una que cruza por mi cuello. Desde entonces me despierto a menudo sobresaltado durante la noche, temblando, sacudiéndome, creyendo sentir cómo sus antenas tantean mis labios, mis ojos. Así empiezan las obsesiones: estoy avisado.

Me paso el día mirando a las paredes vacías, incapaz de creer que las huellas de todo el dolor y la degradación que han albergado no se materialicen ante una mirada lo bastante atenta; o cierro los ojos, tratando de armonizar el oído con ese nivel infinitamente tenue en el que los gritos de todos los que padecieron aquí rebotan todavía de pared en pared. Rezo para que llegue el día en que derriben estas paredes y los ecos desasosegados puedan por fin alzar el vuelo; aunque, desde tan cerca, es difícil dejar de oír el ruido de los ladrillos al ser colocados unos sobre otros.

Espero con ansiedad las horas de ejercicio, cuando puedo sentir el viento en la cara y la tierra bajo los pies, ver otras caras y oír voces humanas. Tras dos días de soledad siento los labios indolentes e inútiles, mis propias palabras me parecen extrañas. ¡En verdad el hombre no fue hecho para vivir solo! Mi día gira de forma absurda en torno a las horas de comida. Engullo la comida como un perro. Esta vida de animal me está convirtiendo en una bestia.

Sin embargo es sólo en los días desocupados en los que me dejan solo conmigo mismo cuando puedo acometer seriamente la evocación de los fantasmas atrapados entre estas paredes, de hombres y mujeres que tras haber estado aquí no volvieron nunca a sentir deseos de comer ni pudieron caminar sin ayuda.

Siempre, en algún lugar, un niño está siendo maltratado. Recuerdo una que a

pesar de su edad era todavía una niña; a la que trajeron aquí y maltrataron en presencia de su padre; que también vio cómo lo humillaban ante ella, y se dio cuenta de que él sabía lo que ella veía.

O tal vez entonces ella ya no viera, y tuviera que saber por otros medios: el tono de su voz cuando les suplicaba que parasen, por ejemplo.

Siempre hay un momento en que me resisto a continuar con los detalles de lo que sucedió aquí.

Después ella se quedó sin padre. Su padre se había aniquilado a sí mismo, era hombre muerto. Debe de haber sido entonces, al levantarse una barrera entre ellos, cuando él se arrojó sobre sus inquisidores, si es que hay algo de verdad en lo que cuentan, atacándoles como un animal salvaje hasta que fue reducido a golpes.

Mantengo los ojos cerrados durante horas y horas, sentado en el suelo a la luz tenue del día, tratando de evocar la imagen de ese hombre de tan mal recuerdo. Todo lo que veo es una figura llamada *padre* que podría ser la figura de cualquier padre que sabe que están maltratando a un hijo al que no puede proteger. Aunque le quiere no puede cumplir con su deber. Y sabe que esto nunca le será perdonado. Este conocimiento de los padres, este saberse condenados, es más de lo que puede soportar. Con razón quería morir.

Le di mi protección a la muchacha, ofreciéndole a mi equívoca manera ser su padre. Pero llegué demasiado tarde, cuando ella ya había dejado de creer en padres. Quise actuar con rectitud, quise compensarla: no negaré este impulso decente, por muy mezclado que estuviera con otros motivos dudosos: debe haber siempre un lugar para la penitencia y la reparación. No obstante, nunca debí haber permitido que se abrieran las puertas del pueblo a quienes afirman que existen valores más altos que la decencia. Le mostraron a su padre desnudo y le torturaron hasta hacerle balbucear algunas palabras; a ella la maltrataron y él no pudo evitarlo (un día que pasé en mi despacho ocupado con el libro mayor). Desde entonces nunca volvió a ser enteramente humana, dejó de ser hermana de todos nosotros. Se rompieron ciertos vínculos, su corazón no pudo volver a abrigar ciertos sentimientos. Yo también, si vivo lo bastante en esta celda con los espíritus no sólo del padre y de la hija sino además con los del hombre que ni siquiera a la luz de la lámpara se quitaba sus discos negros de los ojos y del subordinado cuyo trabajo consistía en mantener la parrilla encendida, me contagiaré y me convertiré en un ser que no cree en nada.

Así que continúo acechando y dando vueltas alrededor de la irreductible figura de la muchacha, lanzando sobre ella una red de significados tras otra. Ella se apoya en sus dos bastones mirando hacia arriba imprecisamente. ¿Qué ve? ¿Las alas protectoras de un albatros bienhechor o la silueta negra de un cuervo cobarde temeroso de atacar mientras su presa todavía respire?

Aunque los centinelas tienen órdenes de no hablar conmigo, no es difícil hilar una

historia coherente con los retazos de conversación que oigo en mis paseos por el patio. Las últimas conversaciones siempre tratan del fuego en el río. Hace cinco días era sólo una mancha más oscura frente a la neblina del noroeste. Desde entonces se ha ido abriendo camino por el curso del río, a veces extinguiéndose pero resurgiendo siempre, y ahora claramente visible desde el pueblo como un velo parduzco sobre el delta donde el río desemboca en el lago.

Puedo suponer lo que ha sucedido. Alguien ha decidido que las orillas del río proporcionan demasiada protección a los bárbaros, que el río formaría una línea más defendible si se despejaban las orillas. Así que han prendido fuego a la maleza. Con el viento del norte, el fuego se ha propagado por todo el valle alto. He visto incendios incontrolables antes. El fuego corre por los cañaverales, los álamos se encienden como antorchas. Los animales más veloces —los antílopes, las liebres, los felinos— escapan; multitud de pájaros vuelan despavoridos; todo lo demás es arrasado. Pero hay tantos trechos áridos a lo largo del río que los incendios rara vez se propagan. Por tanto está claro que en este caso una partida tiene que estar siguiendo el fuego río abajo para encargarse de su progreso. No les preocupa que una vez que el terreno esté despejado el viento empiece a destruir el suelo y el desierto se extienda. De este modo se prepara el cuerpo expedicionario para su campaña contra los bárbaros, asolando la tierra, echando a perder nuestro patrimonio.

Han desocupado, desempolvado y encerado los estantes. La superficie de la mesa está reluciente, vacía salvo por un platillo de bolitas de cristal de diferentes colores. La habitación está impoluta. Hay un jarrón con flores de hibisco sobre una mesa en el rincón impregnando el aire de perfume. Han puesto una alfombra nueva. Nunca mi despacho ha parecido tan acogedor.

Espero junto al centinela con la misma ropa del viaje. He lavado la ropa interior una o dos veces pero el abrigo todavía huele a humo de leña. Observo el jugueteo de los rayos del sol a través del almendro en flor delante de la ventana, y me siento bien.

Después de un buen rato entra, tira un fajo de papeles sobre la mesa, y se sienta. Me mira sin hablar. Está tratando, aunque con demasiado teatro, de causarme una impresión determinada. La cuidadosa reorganización de mi despacho donde esta vana pulcritud ha sustituido al desorden y al polvo, el lento pavoneo que utiliza para cruzar la habitación, la calculada insolencia con la que me examina, todo está destinado a decir algo: no sólo que él está al mando ahora (¿cómo podría rebatir eso?), sino que sabe cómo comportarse en un despacho, que sabe incluso cómo adornarlo con un toque de elegancia funcional. ¿Por qué me considera digno de este alarde? ¿Porque a pesar de mi atuendo maloliente y mi barba desaliñada todavía pertenezco a una *antigua familia*, por mucho que me haya degradado en este confín del mundo? ¿Teme que me burle si no se acoraza tras un decorado escogido, no me cabe duda, gracias a la observación meticulosa de los despachos de sus superiores del Departamento? No

me creerá si le digo que no importa. Debo evitar sonreír. Carraspea.

—Magistrado, le voy a leer algunas declaraciones que hemos reunido —me dice — para que se haga una idea de la gravedad de los cargos contra usted —hace una seña y el centinela abandona la habitación.

—Una: «El desempeño de su cargo dejó mucho que desear. Sus decisiones se caracterizaron por la arbitrariedad, algunas veces los solicitantes tuvieron que esperar meses para una vista, y no llevó regularmente la contabilidad del dinero» —deja la hoja—. Puedo mencionar que una inspección de su contabilidad ha confirmado la existencia de irregularidades. «Pese a ostentar el cargo más alto de la administración del distrito, mantuvo relaciones ilícitas con una mujer de la calle que absorbieron la mayor parte de sus energías, en detrimento de sus obligaciones oficiales. Dichas relaciones desprestigiaron la administración imperial porque los soldados rasos habían frecuentado a la mujer en cuestión y aparecían en numerosos comentarios obscenos». No repetiré esos comentarios.

»Permítame leerle otra. “El uno de marzo, dos semanas antes de la llegada del cuerpo expedicionario, nos ordenó a mí mismo y a otros dos hombres (citados en la declaración) prepararnos inmediatamente para un largo viaje. No dijo adonde íbamos en ese momento. Nos sorprendió enterarnos de que la joven bárbara vendría con nosotros, pero no hicimos preguntas. Nos sorprendió también la precipitación de los preparativos. No entendíamos por qué no podíamos esperar hasta el deshielo de primavera. Fue sólo después de nuestro regreso cuando comprendimos que su propósito había sido alertar a los bárbaros de la próxima campaña... Establecimos contacto con los bárbaros aproximadamente el dieciocho de marzo. Mantuvo con ellos largas entrevistas de las que fuimos excluidos. También tuvo lugar un intercambio de regalos. Entonces hablamos entre nosotros de lo que haríamos si nos ordenaba unírnos a los bárbaros. Decidimos que rehusaríamos y que regresaríamos por nuestra cuenta... La muchacha volvió con los suyos. Él estaba loco por ella, pero ella no le hacía caso”.

»Bien —deja las hojas cuidadosamente y las ordena. Guardo silencio—. He leído sólo fragmentos. Para que pudiera ver cómo están las cosas. Y no parece que estén bien cuando tenemos que venir a sanear la administración local. Ni siquiera es nuestro trabajo.

—Me defenderé ante un tribunal.

—¿De verdad?

No me sorprende lo que hacen. Conozco muy bien el peso con que se pueden cargar insinuaciones y matices o cómo se puede hacer una pregunta de tal modo que se dicte su respuesta. Utilizarán la ley contra mí mientras les sirva, luego recurrirán a otros métodos. Así actúa el Departamento. Para los que no se rigen por la ley, el proceso legal es sólo un instrumento entre otros muchos.

Hablo.

—Nadie se atrevería a decirme esas cosas a la cara. ¿Quién es el responsable de la

primera declaración?

Hace un ademán y se reclina en su asiento.

—No se preocupe. Tendrá su oportunidad de defenderse.

Así que nos contemplamos el uno al otro en la quietud de la mañana, hasta que da una palmada para que el centinela me traslade.

Pienso mucho en él en la soledad de mi celda, tratando de entender su hostilidad, tratando de verme como él me ve. Pienso en las molestias que se ha tomado con mi despacho. No se limita simplemente a tirar mis papeles en un rincón y a poner los pies encima de mi mesa, sino que por el contrario se esfuerza en mostrarme su idea del buen gusto. ¿Por qué? Un hombre con la cintura de un muchacho y los brazos musculosos de un luchador embutido en el uniforme azul que el Departamento ha creado para sí. Un engreído sediento de elogio, estoy convencido. Un conquistador de mujeres, insatisfecho, incapaz de satisfacer. Al que le han dicho que sólo se puede alcanzar la cima escalando una pirámide de cadáveres. Que sueña con que pronto podrá pisarme el cuello y apretar. ¿Y yo? Me resulta difícil odiarle por ello. El camino hasta la cima debe de ser duro para los jóvenes sin dinero, sin padrinos, de escasa formación, hombres que tanto podrían convertirse en criminales como entrar al servicio del Imperio (¡y qué mejor forma de servicio podrían elegir que el Departamento!).

Sin embargo, no logro habituarme a las humillaciones del cautiverio. Algunas veces, sentado en la esterilla con la vista fija en los tres puntos de la pared y sintiéndome arrastrado por milésima vez a preguntarme, *¿Por qué están en fila? ¿Quién los ha puesto allí? ¿Representan algo?*, o descubriendo conforme voy de un lado a otro de la habitación que estoy contando uno-dos-tres-cuatro-cinco-seis-uno-dos-tres..., o pasándome inconscientemente la mano por la cara, advierto cuánto les he permitido reducir mi mundo, como cada día me parezco más a un animal o a un mecanismo elemental, una rueda de niño, por ejemplo, con ocho figuritas en el canto: padre, amante, jinete, ladrón... Entonces reacciono con movimientos de terror vertiginoso en los que me precipito por toda la celda sacudiendo los brazos, tirándome de la barba, dando patadas, haciendo cualquier cosa que me sorprenda, que me haga recordar el mundo diverso y rico de fuera.

Sufro además otras humillaciones. No atienden mis peticiones de ropa limpia. No tengo nada que ponerme excepto lo que traje conmigo. Cada día de ejercicio, bajo la vigilancia del centinela, lavo una prenda, una camisa o un par de calzones, con ceniza y agua fría, y me la llevo a secar a la celda (la camisa que dejé secándose en el patio desapareció dos días después). Llevo siempre en la nariz el olor de la ropa enmohecida por no ver el sol.

Y aún peor. Con el monótono régimen de sopa y gachas y té, hacer de vientre se ha convertido en un suplicio. Sintiendo hinchado y pesado me resisto durante días hasta forzarme a ponerme en cuclillas sobre el cubo y soportar las punzadas de dolor, el desgarrar de tejidos que acompañan a estas evacuaciones.

Nadie me pega, nadie me mata de hambre, nadie me escupe. ¿Cómo puedo considerarme una víctima cuando mis sufrimientos son tan insignificantes? Sin embargo son aún más graves por su insignificancia. Recuerdo mi sonrisa cuando la puerta se cerró por primera vez a mi espalda y la llave giró en la cerradura. No me parecía un gran castigo pasar de soledad de la existencia cotidiana al aislamiento de una celda ya que podía traer conmigo un mundo de pensamientos y recuerdos. Pero es ahora cuando empiezo a comprender lo fundamental que es la libertad. ¿Qué clase de libertad me han dejado? La libertad de comer o pasar hambre; permanecer en silencio o parlotear conmigo mismo o aporrear la puerta o gritar. Si cuando me encerraron aquí yo era el objeto de una injusticia, una injusticia insignificante, ahora no soy más que un montón de sangre, huesos y carne que se siente desgraciado.

El nieto de la cocinera me trae la cena. Estoy seguro de que le desconcierta ver al viejo magistrado encerrado completamente solo en una habitación oscura, pero no pregunta nada. Entra con la bandeja muy erguido y orgulloso mientras el centinela mantiene la puerta abierta.

—Gracias —le digo— me alegro mucho de que hayas venido, tenía tanta hambre... —le pongo una mano en el hombro, llenando el espacio entre nosotros con palabras humanas, mientras espera con solemnidad a que lo pruebe y le diga que me gusta.

—¿Y qué tal está tu abuelita hoy?

—Está bien, señor.

—¿Y el perro? ¿Ha vuelto ya el perro? —(se oye a su abuela llamándole desde el otro lado del patio).

—No, señor.

—Es primavera, sabes, es el tiempo de buscar pareja: los perros se van de visita, están varios días fuera, luego vuelven sin decir dónde han estado. No debes preocuparte, volverá.

—Sí, señor.

Pruebo la sopa, tal y como quiere que haga, y me relamo.

—Dile a tu abuela que gracias por la cena, es exquisita.

—Sí, señor —vuelve a llamarle: recoge el tazón y el plato de esta mañana y se dispone a marcharse.

—Y dime: ¿han regresado ya los soldados? —le pregunto rápidamente.

—No, señor.

Mantengo la puerta abierta y escucho por unos instantes desde el umbral los últimos gorjeos de los pájaros en los árboles bajo el inmenso cielo violeta mientras el niño cruza el patio con la bandeja. No tengo nada para darle, ni siquiera un botón; ni siquiera tengo tiempo de enseñarle a chascar los nudillos o a cogerse la nariz con el puño.

Estoy olvidando a la muchacha. Conforme me sumo en el sueño me doy cuenta con fría claridad de que he pasado un día sin pensar en ella. O lo que es peor, no

recuerdo con certeza cómo era. Parecía haber siempre una neblina diseminándose desde su mirada vacía, una vaguedad que se apoderaba totalmente de ella. Fijo la vista en la oscuridad esperando que surja una imagen; pero el único recuerdo en que puedo apoyarme completamente es el de mis manos enaceitadas deslizándose por sus rodillas, sus pantorrillas, sus tobillos. Intento rememorar nuestras escasas intimidades pero las confundo con recuerdos de los otros cuerpos cálidos en los que me he hundido durante toda una vida. La estoy olvidando, lo sé, olvidándola deliberadamente. Desde el momento en que me detuve ante ella en la entrada del cuartel y la elegí no he sabido por qué la necesito; y ahora estoy firmemente empeñado en sepultarla en el olvido. Manos frías, corazón frío: recuerdo el refrán, me llevo las manos a las mejillas, suspiro en la oscuridad.

En el sueño hay alguien arrodillado al abrigo de la muralla. La plaza está totalmente desierta; el viento arrastra nubes de polvo; ella hunde la barbilla en el cuello del abrigo, tira de la gorra para cubrirse la cara.

Estoy de pie ante ella.

«¿Dónde te duele?», le digo. Siento como estas palabras se forman en mi boca, luego las oigo surgir apagadas, incorpóreas, como si las dijera otro.

Estira las piernas con dificultad y se toca los tobillos. Es tan pequeña que casi desaparece en el abrigo de hombre que lleva puesto. Me arrodillo, le quito los holgados calcetines de lana, deslío los vendajes. Los pies yacen delante de mí en la tierra, deformes, monstruosos, dos peces varados, dos patatas enormes.

Levanto uno hasta mí regazo y empiezo a frotarlo. Las lágrimas manan de sus párpados y corren por sus mejillas.

«¡Me duele!», se lamenta con su vocecita. «Ssh», le digo «te los calentaré» levanto el otro pie y estrecho los dos en mis brazos. El viento nos cubre de polvo; tengo arena en los dientes. Me despierto con dolor de encías y sangre en la boca. La noche está en calma, la luna no brilla. Permanezco tendido durante un rato mirando hacia el cielo oscuro, luego vuelvo a sumergirme en el mismo sueño.

Entro por la verja del cuartel y me encuentro frente a un patio tan interminable como el desierto. No hay esperanza de alcanzar el otro extremo, pero persevero en mi penosa andadura, llevando encima a la niña, la única clave de que dispongo para el laberinto, con su cabeza golpeándome en el hombro y sus pies colgando al otro lado.

Hay otros sueños en los que la imagen que yo llamo *la niña* cambia de forma, sexo, tamaño. En un sueño aparecen dos figuras que me horrorizan: enormes y vagas, crecen sin cesar hasta ocupar todo el espacio en que duermo. Me despierto sofocado, gritando, con un nudo en la garganta. El contenido de los días, por otra parte, es tan insustancial como las gachas. Nunca me habían restregado tanto la nariz en lo cotidiano. El curso de los acontecimientos en el mundo exterior, la dimensión moral de mi precaria situación, si es eso lo que es, una situación precaria, incluso la posibilidad de defenderme ante un tribunal, han perdido todo interés bajo la presión del apetito y las funciones físicas y el hastío de vivir una hora tras otra. Me he

resfriado; todo mi ser está absorto en sorber y estornudar, en la desdicha de ser simplemente un cuerpo que se siente enfermo y quiere recuperarse.

Una tarde el débil e irregular rasgueo y tintineo de las paletas de los albañiles al otro lado de la pared cesa súbitamente. Tendido en mi esterilla, aguzo el oído: hay un remoto zumbido en el aire, un leve matiz eléctrico en la serenidad de la tarde que no llega a resolverse en sonidos reconocibles pero que me deja tenso e inquieto. ¿Una tormenta? Aunque pego el oído a la puerta, no consigo percibir nada. El patio del cuartel está vacío.

Más tarde las paletas reanudan su tin-tin.

Al anoecer se abre la puerta y mi amiguito entra con la cena. Me doy cuenta de que está reventando por contarme algo; pero el centinela ha entrado con él y su mano le retiene por el hombro. Así que sólo me hablan sus ojos: brillando de excitación, puedo jurar que dicen que los soldados han regresado. En tal caso, ¿por qué no oigo cornetas y aclamaciones, caballos cruzando al trote la Gran Plaza, el ruido de los preparativos para el festejo? ¿Por qué sujeta el centinela tan estrechamente al niño y se lo lleva antes de que pueda darle un beso en la cabeza rapada? La respuesta evidente es que los soldados han vuelto, pero no victoriosos. Si es así, debo tener cuidado.

Más avanzada la noche hay un estallido de ruido y una algarabía de voces procedente del patio. Las puertas se abren y se cierran de golpe, fuertes pisadas que van y vienen. Oigo claramente algo de lo que hablan: conversaciones no de estrategias o ejércitos bárbaros sino de pies doloridos y agotamiento, una discusión sobre hombres enfermos que necesitan una cama. Al cabo de una hora vuelve a reinar la calma. El patio está desierto. Por lo tanto, no hay prisioneros. Al menos esto es un motivo de alegría.

Es media mañana y no he desayunado. Voy de un lado a otro de la habitación mientras el estómago me suena como el de una vaca hambrienta. Se me hace la boca agua al pensar en las gachas saladas y el té, no puedo evitarlo.

Tampoco tengo ningún indicio de que me vayan a dejar salir, aunque es día de ejercicio. Los albañiles han vuelto a trabajar; desde el patio llegan los sonidos de la actividad cotidiana; incluso oigo a la cocinera llamar a su nieto. Doy golpes en la puerta pero nadie hace caso.

Después a media tarde la llave hurga en la cerradura y la puerta se abre.

—¿Qué quiere? —me dice el carcelero—. ¿Por qué ha estado aporreando la puerta? —¿cuánto me debe detestar! ¡Pasarse la vida de guardia ante una puerta cerrada atendiendo las necesidades animales de otro hombre! También a él le han robado su libertad, y me considera a mí el ladrón.

—¿No vas a dejarme salir hoy? No he comido nada.

—¿Para eso me llamaba? Le darán de comer. Aprenda a tener paciencia. Además

está demasiado gordo.

—Espera. Tengo que vaciar el cubo. Apesta aquí dentro. Quiero fregar el suelo. También quiero lavar la ropa. No puedo presentarme ante el Coronel oliendo así. Sólo perjudicaría a mis carceleros. Necesito agua caliente, jabón y un trapo. Déjame vaciar rápidamente el cubo y traer agua caliente de la cocina.

Mi suposición acerca del Coronel debe de ser cierta pues no me contradice. Abre más la puerta y se aparta.

—¡Dese prisa! —me dice.

Sólo hay una criada en la cocina. Se sobresalta cuando entramos, de hecho parece a punto de huir. ¿Qué historias habrán estado contando de mí?

—Dale un poco de agua caliente —le ordena el centinela. Baja la cabeza y se vuelve hacia el fogón donde tienen siempre una gran olla de agua hirviendo.

—Un cubo, traeré un cubo para el agua —le digo al centinela por encima del hombro. En pocos pasos cruzo la cocina hasta el hueco donde, junto a los sacos de harina y de sal y de mijo molido y de judías y de guisantes, se guardan las bayetas y las escobas. En un clavo a la altura de la cabeza está la llave del sótano donde se cuelgan las ijadas de los corderos. Me la guardo en el bolsillo rápidamente. Cuando me vuelvo tengo un cubo de madera en la mano. Lo sostengo mientras la criada vierte en él cazos de agua hirviendo—. ¿Qué tal estás? —le digo. Le tiembla tanto la mano que tengo que cogerle el cazo—. ¿Puedes darme un poco de jabón y un trapo viejo, por favor?

De nuevo en mi celda, me desnudo y me doy el lujo de lavarme con agua caliente. Lavo mi única muda de calzones, que huele a cebollas podridas, los escurro, los cuelgo en el clavo de la puerta y vacío el cubo en el suelo. Luego me echo a esperar el anochecer.

La llave gira suavemente en la cerradura. ¿Aparte de mí cuántos saben que la llave del sótano abre la puerta de mi celda así como la alacena grande del dormitorio principal del cuartel, que la llave del conjunto de habitaciones sobre la cocina es un duplicado de la llave de la armería, que la llave de la escalera de la torre noroeste abre también la escalera de la torre nordeste, la alacena más pequeña del dormitorio y la trampilla de la tubería del patio? Uno no pasa en balde treinta años inmerso en la vida de un pueblo tan pequeño.

Las estrellas brillan en un cielo negro y despejado. Entre los barrotes de la verja del patio llega el resplandor de una hoguera en la plaza. Junto a la verja, si aguzo la vista, puedo distinguir una silueta, un hombre sentado contra el muro o durmiendo acurrucado. ¿Me ve en la entrada de la celda? Permanezco alerta unos minutos. No se mueve. Entonces empiezo a avanzar lentamente a lo largo del muro, produciendo con mis pies descalzos ruidos susurrantes en los tramos de grava.

Doblo la esquina y dejo atrás la puerta de la cocina. La puerta siguiente conduce a

mi antigua vivienda escaleras arriba. Está cerrada con llave. La tercera y última puerta está abierta. Es la puerta de la pequeña habitación utilizada unas veces como enfermería, otras para alojar soldados. Agachado, tanteando con la mano delante de mí, me deslizo hacia el oscuro cuadrado azul de la ventana enrejada, temeroso de tropezarme con los cuerpos que oigo respirar a mi alrededor.

Una hebra empieza a separarse de la madeja: el que duerme junto a mis pies respira agitadamente, emitiendo un leve quejido con cada expiración. ¿Estará soñando? Me detengo mientras como una máquina continúa jadeando y gimiendo a unos centímetros de mí en la oscuridad. Luego sigo adelante.

Me incorporo al llegar a la ventana y recorro con la mirada la plaza del pueblo, esperando ver acaso hogueras, filas de caballos atados, armas en pabellón, hileras de tiendas de campaña. Pero apenas hay algo que ver: los rescoldos de un único fuego que agoniza, y tal vez a lo lejos el resplandor de dos tiendas blancas bajo los árboles. ¡Así que el cuerpo expedicionario no ha vuelto! ¿O puede que estas pocas almas sean todo lo que ha quedado de él? Sólo pensarlo me encoge el corazón. ¡Pero es imposible! Estos hombres no han estado en la guerra: en el peor de los casos habrán estado recorriendo la zona alta del río, persiguiendo a pastores desarmados, violando a sus mujeres, saqueando sus hogares, dispersando sus rebaños; en el mejor, no habrán encontrado a nadie y, sin duda, tampoco a las tribus bárbaras aliadas de cuya furia el Tercer Departamento se empeña en protegernos.

Unos dedos tan suaves como alas de mariposa me tocan el tobillo. Me arrodillo.

—Tengo sed —me confía una voz. Es el hombre que jadeaba. Por tanto, no estaba dormido.

—No hagas ruido, hijo —le susurro. Si miro fijamente, puedo distinguir el blanco de sus ojos cuando levanta la mirada. Le toco la frente: tiene fiebre. Alza una mano y agarra la mía.

—¡Llevo días muerto de sed! —me dice.

—Te traeré agua —le susurro al oído— pero debes prometerme no hacer ruido. Hay hombres enfermos aquí, tienen que dormir.

La sombra junto a la verja no se ha movido. Tal vez no haya nada allí, tal vez sólo un saco viejo o un montón de leña. Camino de puntillas por la grava hasta la pila donde lavan los soldados. El agua no está limpia pero no puedo entretenerme en desatascar la tubería. Un puchero abollado cuelga de un lado de la pila. Lo lleno metiéndolo en el agua y regreso de puntillas.

El muchacho intenta incorporarse pero está demasiado débil. Le sostengo mientras bebe.

—¿Qué sucedió? —le susurro. Otro de los que duermen empieza a moverse—. ¿Estás herido o estás enfermo?

—¡Tengo mucho calor! —se queja. Quiere echar la manta a un lado pero se lo impido.

—Tienes que sudar para que se te quite la fiebre —le susurro. Mueve la cabeza

lentamente de un lado a otro. Le sostengo la muñeca hasta que vuelve a hundirse en el sueño.

Hay tres barrotes encajados en un marco de madera: todas las ventanas inferiores del cuartel están enrejadas. Afirmando un pie en el marco, agarro el barrote del medio, y tiro. El esfuerzo me hace sudar, siento una punzada de dolor en la espalda, pero el barrote no cede. Luego de repente el marco salta y tengo que aferrarme a los barrotes para no caer de espaldas. El muchacho empieza a quejarse de nuevo, otro hombre carraspea. Casi grito sorprendido por el dolor cuando descargo mi peso sobre la pierna derecha.

La ventana está abierta. Forzando los barrotes hacia un lado, paso la cabeza y los hombros por el hueco, consigo salir, y por fin caigo en tierra detrás de la hilera de arbustos podados que bordea el muro norte del cuartel. Sólo puedo pensar en el dolor, lo único que deseo es que me dejen permanecer tumbado en la postura más cómoda que he encontrado, de lado con las rodillas dobladas hacia la barbilla. Al menos durante una hora, en la que podía haber proseguido con mi fuga, me quedo tendido allí, oyendo por la ventana abierta los suspiros de los que duermen y la voz del muchacho hablando entre dientes. Se apagan los últimos rescoldos del fuego de la plaza. Hombres y animales duermen. Es la hora que precede al alba, la hora más fría. Siento que el frío de la tierra me cala los huesos. Si sigo echado aquí me helaré y por la mañana me devolverán a mi celda en una carretilla. Como un caracol herido empiezo a arrastrarme a lo largo del muro hasta la boca oscura de la primera calle que sale de la plaza.

La puerta del pequeño patio trasero de la posada se mantiene en sus goznes pero está podrida y desvencijada. El patio mismo huele a descomposición. Desde la cocina arrojan aquí peladuras, huesos, agua sucia y ceniza para enterrarlos; pero la tierra se ha hartado, la horca que entierra la basura de esta semana desentierra la de la pasada. Durante el día el aire está rebosante de moscas; al atardecer los escarabajos y las cucarachas se despiertan.

Debajo de la escalera de madera que conduce a la galería y a los alojamientos de los criados hay un hueco donde se almacena leña y donde los gatos se refugian cuando llueve. Me introduzco a gatas y me acurruco sobre un saco viejo. Huele a orina y naturalmente está lleno de pulgas. Tengo tanto frío que los dientes me castañetean. Pero en este momento lo único que me importa es aliviar mi dolor de espalda.

Me despierta un estrépito de pasos en la escalera. Ya es de día: desconcertado, incapaz de reaccionar, me agazapo en mi guarida. Alguien abre la puerta de la cocina. Salen corriendo pollos de todos los rincones. Es sólo cuestión de tiempo que me descubran.

Con toda mi decisión, pero estremeciéndome de dolor, subo la escalera. ¿Qué

debo de parecerle al mundo con la camisa y los pantalones desastrados, los pies descalzos, la barba descuidada? Espero que me tomen por un criado, un mozo de cuadra que vuelve a casa tras una noche de borrachera.

El pasillo está vacío, la puerta de la habitación de la chica abierta. La habitación está arreglada y limpia como siempre: la piel de borrego en el suelo junto a la cama, la cortina de cuadros rojos corrida, el baúl colocado contra la otra pared bajo un perchero. Hundo la cara en la fragancia de sus ropas y pienso en el niño que me traía la comida, en cómo al apoyar la mano en su hombro sentía que el poder curativo de ese contacto atravesaba un cuerpo endurecido por una soledad excesiva.

La cama está hecha. Cuando deslizo la mano entre las sábanas creo sentir la huella casi imperceptible del calor de su cuerpo. Nada me gustaría más que acurrucarme en su cama, recostar la cabeza en su almohada, olvidar mis dolores y padecimientos, despreocuparme de la persecución que ya deben haber emprendido tras de mí, como la niña del cuento sumergirme en el olvido. ¡Con qué voluptuosidad siento la atracción de lo suave, de lo cálido, de lo perfumado esta mañana! Suspiro, me arrodillo, y consigo arrastrarme, debajo de la cama. Boca abajo, tan apretado entre el suelo y los listones de la cama que cuando muevo los hombros la levanto, trato de disponerme a pasar un día escondido.

Dormito y me despierto, trasladándome de un sueño confuso a otro. A media mañana hace demasiado calor para dormir. Permanezco dormido el mayor tiempo posible, sudando entre el polvo de mi sofocante refugio. Más tarde, aunque lo pospongo, llega el momento de hacer mis necesidades. Entre quejidos me arrastro poco a poco hasta salir y me pongo en cuclillas sobre el orinal. Otra vez el dolor, el desgarró. Me limpio cuidadosamente con un pañuelo blanco sisado, que se mancha de sangre. La habitación apesta: incluso a mí, que he estado viviendo durante semanas con un cubo de porquería en el rincón, me repugna. Abro la puerta y recorro cojeando el pasillo. La galería da a hileras de tejados, luego tras ellos a la muralla sur y al desierto que se extiende en el horizonte azul. No se ve a nadie excepto a una mujer al otro lado del callejón barriendo su entrada. Un niño gatea detrás de ella con su gracioso culito levantado empujando algo en la tierra, no puedo ver qué. Cuando la mujer vuelve la espalda salgo de las sombras y tiro el contenido del orinal en el montón de basura de abajo. Ella no advierte nada.

El letargo está empezando ya a adueñarse del pueblo. El trabajo de la mañana ha terminado anticipándose al calor del mediodía, todos se retiran a sus patios en sombra o al frescor de las habitaciones interiores. El barboteo del agua en los canales de la calle amaina y acaba por cesar. Lo único que oigo es el tintineo del martillo del herrero, el arrullo de las tórtolas, y en algún lugar lejano el lloriqueo de un niño.

Me echo suspirando en la cama entre una fragancia de flores que recuerdo con agrado. ¡Qué tentador unirme al resto del pueblo en su siesta! Estos días, estos calurosos días de una primavera que se acerca ya al verano —¡qué fácil me resulta dejarme llevar por su languidez! ¿Cómo puedo aceptar que el desastre se haya

abatido sobre mi vida cuando el mundo sigue cumpliendo apaciblemente sus ciclos? No me cuesta ningún esfuerzo imaginar que cuando las sombras empiecen a extenderse y el primer hálito del viento agite las hojas, me despertaré y bostezaré y me vestiré y bajaré la escalera y atravesaré la plaza hasta mi despacho, saludando con la cabeza a los amigos y vecinos con los que me cruce, que pasaré una hora o dos allí, ordenaré mi mesa, cerraré el despacho, que todo seguirá siendo como ha sido siempre. Realmente tengo que sacudir la cabeza y parpadear para recordar que mientras estoy aquí tendido me están buscando, que vendrán soldados con órdenes de sacarme a rastras y volver a encerrarme donde no pueda ver el cielo ni a otros seres humanos.

—¿Por qué? —me lamento con la cara hundida en la almohada—. ¿Por qué yo? —jamás ha habido nadie tan desconcertado e inocente ante el mundo como yo. ¡Igual que un niño! No obstante, si pueden me recluirán para que me derrumbe, someterán mi cuerpo a sus inconstantes y viles atenciones, luego un día, sin avisar, me sacarán y me harán comparecer a toda prisa en uno de esos juicios a puerta cerrada que celebran bajo el estado de emergencia, con el pequeño y estirado Coronel presidiéndolo y su secuaz leyendo los cargos y dos oficiales jóvenes como asesores para prestarle al proceso un aire de legalidad en una sala de audiencias por lo demás desierta; y luego, sobre todo si los bárbaros les han humillado, me declararán culpable de alta traición ¿cómo voy a dudarlo? Me arrastrarán llorando y pataleando desde la sala de audiencias hasta el verdugo, tan perplejo como el día en que nací, aferrándome hasta el final a la creencia de que nada malo puede ocurrirle a un inocente—. ¡Estás viviendo un sueño! —me digo a mí mismo: pronuncio las palabras en voz alta, fijo la mirada en ellas, intento entender su significado—: ¡Tienes que despertarte! —traigo a la memoria deliberadamente las imágenes de los otros inocentes que he conocido: el muchacho que yace desnudo a la luz de la lámpara con las manos en las ingles, los prisioneros bárbaros en cuclillas en el suelo, protegiéndose los ojos mientras aguardan lo que haya de sucederles. ¿Por qué no iba a poder pisotearme a mí también el monstruo que los pisoteó a ellos? Creo sinceramente que no tengo miedo a la muerte. Lo que me horroriza, creo, es la vergüenza de morir tan estúpido y confundido como ahora me encuentro.

Desde el patio de abajo llega una agitación de voces de hombres y mujeres. Mientras me escabullo en mi escondite oigo fuertes pisadas en la escalera. Se alejan hasta el extremo de la galería, luego vuelven lentamente, deteniéndose en cada puerta. Las paredes que separan los habitáculos de esta planta superior donde duermen los criados y donde un soldado de la guarnición puede comprar una noche de intimidad son simples listones empapelados: puedo oír claramente cómo el que me persigue abre de par en par una puerta tras otra. Me aprieto contra la pared. Confío en que mi olor no me descubra.

Los pasos doblan la esquina y recorren el pasillo. Mi puerta se abre, permanece abierta durante unos segundos, vuelve a cerrarse. Acabo de superar una prueba.

Oigo un paso más vivo, más ligero: alguien corre por el pasillo y entra en la habitación. Tengo la cabeza vuelta hacia la pared, no puedo ni siquiera verle los pies, pero sé que es la chica. Ahora es cuando debería salir y pedirle que me escondiera hasta que cayera la noche y pudiera arreglármelas para escapar del pueblo hacia la orilla del lago. ¿Pero cómo hacerlo? Cuando la cama haya dejado de subir y bajar y yo haya salido ella ya habrá huido pidiendo ayuda a gritos. ¿Y quién me dice que daría refugio a uno de los muchos hombres que han estado en esta habitación, uno de los muchos hombres de paso con los que se gana la vida, un hombre en desgracia, un fugitivo? ¿Me reconocería siquiera en este estado? Sus pies dan vueltas por la habitación, deteniéndose aquí y allá. No consigo explicarme el objetivo de sus movimientos. Permanezco inmóvil, respirando en silencio, mientras de mi cuerpo se desprenden gotas de sudor. De repente se marcha: la escalera cruje, reina el silencio.

A mí también me invade la calma, un acceso de lucidez en el que veo lo ridículo que es todo este correr y esconderme, lo estúpido que es estar tumbado bajo una cama en una tarde calurosa a la espera de una oportunidad de escabullirme hacia los cañaverales, para vivir allí con toda seguridad de los huevos de pájaro y de los peces que coja con mis propias manos, durmiendo en un agujero, aguardando la hora propicia en que esta fase de la historia alcance lentamente su fin y la frontera retorne a su antigua somnolencia. La realidad es que no soy yo mismo, me doy cuenta de que estoy aterrorizado desde que en mi celda vi los dedos del centinela atenazar el hombro del niño para recordarle que no me hablara, y supe que, sucediera lo que sucediera ese día, yo iba a cargar con la culpa. Entré en esa celda como un hombre cuerdo seguro de la justicia de mi causa, por muy incapaz que siga considerándome de describir esa causa; pero después de dos meses entre cucarachas sin nada que ver excepto cuatro paredes y una enigmática mancha de hollín, nada que oler excepto el hedor de mi propio cuerpo, nadie a quién hablar excepto un fantasma en sueños que parece tener los labios sellados, me siento mucho menos seguro de mí mismo. A veces, el anhelo de tocar y ser tocado por otro cuerpo humano se apodera de mí con tal fuerza que empiezo a gemir; ¡cómo ansiaba el único y breve contacto que podía tener con el niño cada mañana y cada tarde! Reposar en los brazos de una mujer en una cama de verdad, comer buenos alimentos, pasear a la luz del sol —¡cuánto más importantes parecen estas cosas que el derecho a decidir sin consejo de la policía quiénes deben ser mis amigos y quiénes mis enemigos! ¿Cómo puedo tener razón cuando no existe un alma en este pueblo que apruebe mi descabellada aventura con la muchacha bárbara o que no se volviera contra mí si mis protegidos bárbaros mataran a algunos de nuestros jóvenes? ¿Y de qué sirve sufrir a manos de los hombres de azul si no estoy firmemente convencido de tener razón? Daría lo mismo que les contara la verdad cuando me interrogaran, que refiriera todas y cada una de las palabras que pronuncié en mi encuentro con los bárbaros, daría lo mismo incluso que estuvieran tentados de creerme, seguirían adelante con su cruel cometido, ya que para ellos es artículo de fe que toda la verdad sólo se revela en el último momento. Estoy tratando

de escapar del dolor y la muerte. Pero no he planeado mi fuga. Si me escondiera en los cañaverales moriría de hambre en menos de una semana, o me ahuyentarían con fuego. Si he de ser sincero, sólo estoy buscando el bienestar, huyendo en pos de la única cama blanda y los únicos brazos amistosos de los que no he prescindido.

De nuevo pisadas. Reconozco el paso vivo de la chica, esta vez no sola sino con un hombre. Entran en la habitación. Por su voz no puede ser mis que un muchacho.

—¡No deberías permitirles que te trataran así! ¡No eres su esclava! —le dice con vehemencia.

—No lo entiendes —le responde ella—. De todas formas, no quiero hablar de eso ahora —guardan silencio, después oigo sonidos más íntimos.

Me ruborizo. Es intolerable que tenga que ser testigo de esto. Sin embargo, como el cornudo de la farsa, contengo la respiración, mientras me hundo más y más en la vergüenza.

Uno de los dos se sienta en la cama. Oigo las botas chocar contra el suelo, el susurro de la ropa, los dos cuerpos que se extienden a tres centímetros por encima de mí. Los listones se arquean, y me presionan la espalda. Cierro los oídos avergonzado de escuchar las palabras que se dicen el uno al otro, pero no puedo evitar oír la agitación y los gemidos que tan bien recuerdo de la chica entregada al placer, la joven para la que solía tener mis propias caricias.

Aumenta la presión de los listones, me aplasto tanto como puedo, la cama empieza a crujir. Sudoroso, sofocado, asqueado de sentirme excitado a pesar mío, incluso emito un gemido: el largo y débil gemido surge en espiral de mi garganta y se confunde con el sonido de sus respiraciones jadeantes.

Luego todo termina. Suspiran y se serenan, cesan la excitación y los movimientos, reposan uno junto al otro dejándose vencer por el sueño, mientras yo, entristecido, rígido, completamente despierto, aguardo la ocasión de escapar. Es la hora en que incluso las gallinas dormitan, la hora en que sólo hay un emperador, el sol. El calor se ha vuelto asfixiante en esta diminuta habitación bajo la azotea. No he comido ni bebido en todo el día.

Empujando con los pies contra la pared, salgo arrastrándome hasta que puedo incorporarme sin hacer ruido. El dolor de espalda, un dolor de viejo, vuelve a aparecer.

—Lo siento —susurro. Están realmente dormidos, como un niño y una niña, desnudos, cogidos de la mano, empapados en sudor, con el rostro sereno y despreocupado. La misma ola de vergüenza se abate sobre mí con ímpetu redoblado. Su belleza no me despierta ningún deseo; en cambio parece más obsceno que nunca que este viejo cuerpo pesado, fofo y hediondo (¿cómo es posible que no advirtieran el olor?), la haya tenido alguna vez en sus brazos. ¿Qué pretendía echándome sobre niñas delicadas como pétalos de flores? (y no me refiero sólo a ella sino a la otra también). Mi lugar estaba entre cuerpos groseros y arruinados: mujeres gordas de sobaco acre y mal genio, furcias de coño grande y flácido. Salgo de puntillas y bajo

cojeando la escalera cegado por los destellos del sol.

La hoja superior de la puerta de la cocina está abierta. Un anciana encorvada y desdentada, está de pie comiendo de un puchero de hierro fundido. Nuestras miradas se cruzan; deja de comer, con la cuchara a medio camino y la boca abierta. Me reconoce. Alzo la mano y sonrío —me sorprende con qué facilidad surge la sonrisa. La cuchara se mueve, sus labios se cierran sobre ella, su mirada se desvía, sigo adelante.

La puerta norte está cerrada y atrancada. Subo los escalones de la atalaya situada sobre el ángulo de la muralla y contemplo con avidez el querido paisaje: la franja verde que se extiende a lo largo del río, ahora parcheada de negro; el verde más pálido de las marismas donde brotan los nuevos juncos; la deslumbrante superficie del lago.

Pero hay algo raro. ¿Cuánto tiempo he estado apartado del mundo, dos meses o diez años? El trigo verde de los terrenos al pie de la muralla ya debería haber crecido vigorosamente hasta el medio metro. No ha sido así: excepto en la linde oeste de la zona de regadío, los retoños de las plantas apenas se han desarrollado y están de un amarillo enfermizo. Hay grandes tramos pelados más cerca del lago, y una hilera de tresnales grises junto al canal de riego.

Ante mis ojos los campos descuidados, la plaza abrasada por el sol, las calles desiertas adquieren una nueva y siniestra configuración. Están abandonando el pueblo —¿qué otra cosa cabe suponer?— ¡y los ruidos que oí hace dos noches deben de haber sido ruidos de partida y no de llegada! Me da un vuelco el corazón (¿de horror?, ¿de agradecimiento?) al pensarlo. Sin embargo, debo de estar equivocado: cuando miro más atentamente a la plaza veo a dos muchachos jugando plácidamente a las canicas bajo las moreras; y por lo que he visto en la posada, la vida transcurre con toda normalidad.

En la torre suroeste un centinela está sentado en su alto taburete con la mirada perdida en el desierto. Me encuentro a menos de un paso de él antes de que advierta mi presencia y se sobresalte.

—Baje —me dice con voz apagada— no está permitido subir aquí, no le he visto nunca.

Caigo en la cuenta de que después de dejar mi celda no he visto ni a uno solo de los soldados de la antigua guarnición. ¿Por qué no me encuentro más que a desconocidos?

—¿No me conoces? —le digo.

—Baje.

—Bajaré, pero primero tengo que hacerte una pregunta muy importante. Como ves, no hay nadie a quién preguntar aparte de ti, todos los demás parecen estar durmiendo o haberse marchado. Lo que me gustaría saber es: ¿Quién eres? ¿Dónde están todos los que yo conocía? ¿Qué ha ocurrido en los campos? Es como si hubiera habido una riada. ¿Pero por qué iba a haber una riada? —entorna los ojos mientras

continúo con mi perorata—. Siento hacer preguntas tan estúpidas, pero he pasado unas fiebres, he estado confinado en la cama —la extraña frase surge espontáneamente— y hoy es el primer día que me han permitido levantarme. Por eso...

—Debe tener cuidado con el sol del mediodía, abuelo —me dice. Las orejas le asoman bajo una gorra que le queda demasiado grande—. Mejor sería que descansara a esta hora del día.

—Sí... ¿Te importa si bebo un poco de agua? —me pasa su cantimplora y bebo del agua templada, tratando de no delatar la violencia de mi sed—. Pero dime, ¿qué ha ocurrido?

—Bárbaros. Rompieron el dique e inundaron los campos. Nadie los vio. Vinieron por la noche. A la mañana siguiente era como otro lago. —Ha cargado su pipa y me la ofrece. Declino cortésmente (—Me daría tos y no me conviene—). Sí, los campesinos están muy preocupados. Dicen que la cosecha se ha arruinado y es demasiado tarde para volver a sembrar.

—Mal asunto. Significa que nos espera un invierno duro. Tendremos que apretarnos mucho el cinturón.

—Sí, no les envidio. Podrían volver a hacerlo, ¿sabe?, los bárbaros. Podrían inundar estos campos cuando quisieran.

Conversamos sobre la perfidia de los bárbaros. Nunca se enfrentan cara a cara, dice: se acercan sigilosamente para apuñalarte por la espalda.

—¿Por qué no nos dejan en paz? Tienen su propio territorio, ¿sabe? —desvió la conversación hacia los viejos tiempos en que reinaba la tranquilidad en la frontera. Me llama «abuelo», que es una muestra de respeto entre los campesinos, y me escucha como se escucha a un viejo chalado, porque cualquier cosa es mejor, supongo, que pasarse el día mirando al vacío.

—Dime —continúo— hace dos noches oí jinetes y creí que la gran expedición había regresado.

—No —se ríe— esos eran sólo unos cuantos hombres que volvieron. Los mandaron en una de las carretas grandes. Seguro que es eso lo que oyó. Se pusieron malos por el agua, he oído que el agua es mala allí, por eso volvieron.

—¡Ah! No podía imaginarme lo que era. ¿Cuándo crees que volverá el grueso de las fuerzas?

—Pronto, seguro que pronto. No se puede vivir de lo que da esta tierra, ¿sabe? No he visto nunca una región tan seca.

Bajo los escalones. Nuestra conversación me hace sentirme casi venerable. ¡Qué extraño que nadie le previniera de que tuviera cuidado con un viejo gordo vestido con harapos! ¿O tal vez haya estado encaramado allí desde anoche sin poder hablar con nadie? ¡Quién hubiera pensado que yo sería capaz de mentir con tanta naturalidad! Es media tarde. Mi sombra se desliza a mi lado como un charco de tinta. Parezco ser la única criatura que se mueve entre estas cuatro murallas. Me siento tan eufórico que

tengo ganas de cantar. Incluso el dolor de espalda ha dejado de importarme.

Abro la pequeña puerta lateral y salgo. Mi amigo de la atalaya me observa. Le saludo con la mano y él me devuelve el saludo.

—¡Necesita un sombrero! —grita. Me doy unas palmaditas en la cabeza descubierta, me encojo de hombros, sonrío. El sol abrasa.

El trigo de primavera está en efecto asolado. El lodo ocre y templado se escurre entre los dedos de mis pies. Todavía hay charcos en algunos sitios. El agua ha arrancado muchos brotes de raíz. Todas sus hojas están amarillentas. La zona próxima al lago es la más afectada. No ha quedado nada en pie, de hecho los campesinos han empezado a apilar las plantas muertas para quemarlas. Los campos lejanos no se han visto dañados gracias a una pequeña elevación del terreno. Por eso tal vez una cuarta parte de la siembra pueda salvarse.

El mismo dique, la baja pared de barro que discurre a lo largo de casi tres kilómetros y contiene el agua del lago cuando sube a su máximo nivel en verano, ha sido reparado, pero casi la totalidad del complejo sistema de acequias y compuertas que distribuye el agua por los campos ha quedado arrasado. La alberca y la noria en la orilla del lago están intactas, aunque no hay rastro del caballo que habitualmente hace girar la noria. Puedo comprobar que les esperan semanas de duro trabajo a los campesinos. ¡Y en cualquier momento unos cuantos hombres armados con palas pueden reducir a nada su esfuerzo! ¿Cómo podemos ganar esta guerra? ¿De qué sirven las operaciones militares aprendidas en los libros, las redadas y las incursiones de castigo en el corazón del territorio enemigo, cuando podemos ser desangrados hasta la muerte en nuestra propia casa?

Tomo el viejo camino que tuerce tras la muralla oeste antes de convertirse en un sendero que sólo conduce a las ruinas cubiertas de arena. ¿Todavía permiten a los niños jugar allí, me pregunto, o sus padres los entretienen en casa con cuentos de bárbaros que acechan en los escondrijos? Echo un vistazo hacia la muralla; pero mi amigo de la torre parece haberse ido a dormir.

El viento ha cubierto de arena todas las excavaciones que realizamos el año pasado. Sólo los soportes de las esquinas sobresalen aquí y allá en medio de la desolación donde hemos de creer que una vez vivió alguien. Escarbo para hacerme un hueco y me siento a descansar. Dudo que vinieran a buscarme aquí.

Podría recostarme en este antiguo poste con sus tallas desgastadas de delfines y olas y abrasarme al sol, secarme al viento y finalmente helarme con la escarcha, sin que me encontraran, hasta que en alguna era remota de paz los niños del oasis regresaran al lugar de sus juegos y hallaran el esqueleto, desenterrado por el viento, de un antiguo habitante del desierto vestido con harapos irreconocibles.

Me despierto aterido de frío. El inmenso sol rojo descansa al oeste sobre el horizonte. Se levanta el viento: ya se ha amontonado arena junto a mi costado. Lo primero que siento es sed. El plan que he estado acariciando de pasar la noche aquí entre los fantasmas, tiritando de frío hasta que estas familiares murallas y copas de

los árboles resurgieran de la oscuridad, no es posible. Fuera de las murallas no me espera sino morir de hambre. Escabulléndome de agujero en agujero como un ratón renuncio incluso a parecer inocente. ¿Por qué voy a hacerles el trabajo a mis enemigos? Si quieren derramar mi sangre, que al menos carguen con la culpa. El temor desesperado del último día ha perdido su fuerza. Acaso esta excursión no haya sido inútil si puedo recuperar, aunque sea de una manera confusa, un espíritu de desafío.

Sacudo la verja del patio del cuartel.

—¿No sabéis quién soy? ¡Me he tomado un día libre, ahora dejadme entrar!

Alguien viene corriendo: en la penumbra nos miramos atentamente entre los barrotes: es el hombre que me han asignado como carcelero.

—¡Cállese! —me ordena entre dientes y descorre los cerrojos. Detrás de él se oye un murmullo de voces de gente que se reúne.

Me agarra del brazo y me lleva a la carrera a través del patio.

—¿Quién es? —grita alguien. Estoy apunto de responder, sacar la llave y agitarla cuando se me ocurre que podría ser una imprudencia. Así que espero ante mi antigua puerta hasta que el carcelero la abre, me introduce de un empujón y la cierra con los dos dentro. Su voz crispada por el enfado me llega desde la oscuridad:

—¡Escuche; cuénteles a alguien que ha salido y le haré la vida imposible! ¿Entiende? ¡Me las pagará! ¡Cierre la boca! Si alguien le pregunta por esta tarde, diga que le saqué a dar un paseo, a hacer ejercicio, nada más. ¿Me entiende?

Me quito su mano de encima y me aparto de él.

—Ves qué fácil me resultaría escapar y buscar refugio entre los bárbaros —le murmuro—. ¿Por qué crees que he regresado? Tú no eres más que un soldado raso, sólo puedes obedecer órdenes. Aun así, piénsalo —me agarra la muñeca y vuelvo a soltarme—. Piensa por qué he regresado y lo que hubiera supuesto no hacerlo. No se puede esperar benevolencia de los hombres de azul, estoy seguro de que lo sabes. Piensa lo que podría suceder si volviera a escaparme —ahora soy yo el que le agarra la mano—. Pero no te preocupes, no diré nada; cuéntales lo que quieras y te apoyaré. Sé lo que es estar asustado —guardamos un largo silencio lleno de recelo—. ¿Sabes lo que quiero por encima de todo? —le digo—. Quiero comer y beber algo. Estoy muerto de hambre, no he tomado nada en todo el día.

Por tanto, todo vuelve a ser como antes. Este absurdo cautiverio continúa. Tendido boca arriba contemplo día tras día cómo el cuadrado de luz sobre mi cabeza se hace primero más intenso y luego más tenue. Escucho los sonidos distantes de la paleta del albañil y del martillo del carpintero que llegan del otro lado de la pared. Como y bebo y, como los demás, también espero.

Primero se produce un ruido de mosquetes en la lejanía, tan débil como de tirabalas. Luego desde más cerca, desde las mismas murallas, les responden con salvas. Se oyen pasos apresurados en el patio del cuartel.

—¡Los bárbaros! —grita alguien; pero creo que está equivocado. La campana grande empieza a repicar por encima de este fragor general.

Me arrodillo y pego el oído a la rendija de la puerta tratando de comprender lo que ocurre.

El ruido de la plaza crece de una barahúnda a un clamor uniforme en el que no puede distinguirse voz alguna. El pueblo entero, miles de almas eufóricas, debe de estar saliendo en tropel a darles la bienvenida. Todavía se oyen las salvas de los mosquetes. Después el clamor cobra un matiz distinto, sube el tono y la excitación. Apenas me llegan las notas estridentes de las cornetas.

La tentación es demasiado fuerte. ¿Qué puedo perder ya? Abro la puerta. En medio de un resplandor tan intenso que tengo que entornar y protegerme los ojos, atravieso el patio, cruzo la verja, y me uno a la retaguardia de la multitud. Prosiguen las salvas y el clamor de los aplausos. La anciana vestida de negro que está a mi lado me coge del brazo para sostenerse y se pone de puntillas.

—¿Ve algo? —me dice.

—Sí, veo hombres a caballo —le contesto; pero no me escucha.

Alcanzo a ver una larga columna de jinetes que, entre banderas al viento, cruza las puertas y se abre paso hasta el centro de la plaza donde desmonta. Aunque una nube de polvo cubre toda la plaza los veo sonreír e incluso reír: uno de ellos cabalga con las manos alzadas triunfalmente, otro ondea una guirnalda de flores. Avanzan despacio porque la multitud se agolpa en torno suyo, tratando de tocarles, lanzándoles flores, aplaudiendo dichosos con los brazos en alto, girando como peonzas llevados por su propio delirio. Los niños me adelantan gateando entre las piernas de los mayores para estar más cerca de sus héroes. En las murallas atestadas de gente jubilosa, las salvas se suceden sin parar.

Una parte de la cabalgata no desmonta. Encabezada por un joven cabo de expresión severa que porta el estandarte verde y oro del batallón, pasa entre los cuerpos apiñados hasta el extremo más apartado de la plaza y entonces inicia un recorrido a su alrededor, con la multitud siguiéndoles a paso lento. La palabra corre como el fuego de vecino en vecino:

—¡Bárbaros!

Un hombre que esgrime un grueso bastón para despejar el camino conduce el caballo del abanderado. Detrás de él cabalga otro soldado tirando de una cuerda; y al extremo de la cuerda, atados entre sí por el cuello, viene una fila de hombres, bárbaros, completamente desnudos, con las manos puestas en la cara de una manera extraña como si todos tuvieran dolor de muelas. Por un momento me desconcierta la

postura, la premura con la que caminan de puntillas tras su guía, hasta que percibo un destello de metal e inmediatamente lo comprendo. Un simple aro de alambre traspasa las manos y las mejillas de cada uno de los hombres. «Los deja dóciles como corderos», recuerdo que me dijo un soldado que conocía este método: «sólo piensan en estarse quietos». Se me hiela el corazón. Ahora sé que no debería haber abandonado la celda.

Tengo que volverme de espaldas bruscamente para evitar que me vean los dos que, con su escolta a caballo, cierran el desfile: el joven capitán con la cabeza descubierta para el que éste ha sido su primer triunfo, y a su lado, más delgado y moreno después de meses de campaña, el Coronel Joll de la Policía.

El recorrido concluye, todo el mundo tiene ocasión de ver a los doce desgraciados cautivos y de demostrar a sus hijos que los bárbaros son reales. Ahora la multitud, y yo mismo tras ella contra mi voluntad, avanza hacia las puertas grandes, donde una media luna de soldados le cierra el paso hasta que, comprimida por delante y por detrás, no puede moverse.

—¿Qué pasa? —le pregunto al de al lado.

—No sé —me dice— pero ayúdeme a auparle —le ayudo a subirse a los hombros al niño que lleva en brazos—. ¿Ves algo? —le pregunta al niño.

—Sí.

—¿Qué hacen?

—Ponen a los bárbaros de rodillas. ¿Qué les van a hacer?

—No sé. Ya veremos.

Lentamente, haciendo un esfuerzo titánico, me doy la vuelta y a duras penas empiezo a abrirme paso.

—Por favor... por favor... —digo—: El calor, me siento mal —por primera vez veo cabezas que se vuelven, dedos que me señalan.

Debería regresar a mi celda. Sólo como un gesto no tendría efecto alguno, ni siquiera lo advertirían. No obstante, por mi propio bien, como un gesto para conmigo mismo exclusivamente, debería retornar a la fresca oscuridad y encerrarme y torcer la llave y cerrar mis oídos al ruido de esta sed patriótica de sangre y sellar mis labios y no volver a hablar jamás. Quién sabe, tal vez no les haga justicia a mis conciudadanos, tal vez en este preciso instante el zapatero esté en casa dando golpecitos en su horma, canturreando para ahogar el griterío, tal vez haya madres pelando guisantes en la cocina, contando a sus inquietos hijos cuentos para entretenerlos, tal vez haya campesinos ocupados tranquilamente en la reparación de las acequias. Si tengo compañeros como éstos, ¡qué lástima no conocerlos! Lo que me importa sobre todo, en este momento en que me alejo con paso decidido de la multitud, es no dejarme contaminar por la atrocidad que está a punto de cometerse y envenenarme con el odio impotente hacia sus autores. No puedo salvar a los prisioneros, por tanto he de salvarme a mí mismo. Que se diga al menos, si alguna vez llega a decirse, si alguna vez alguien en un futuro lejano se interesa por conocer

el modo en que vivimos, que en el puesto fronterizo más apartado del Imperio de la luz existió un hombre que no era un bárbaro en lo más íntimo de su corazón.

Entro por la verja del cuartel al patio de mi prisión. Cojo un cubo de la pila que está en medio del patio y lo lleno. Me acerco otra vez a la retaguardia de la multitud derramando agua por los lados del cubo que sostengo delante de mí.

—Por favor —digo, y empujo. La gente me maldice, me deja paso, el cubo se ladea y salpica, sigo avanzando y en un minuto me encuentro de repente en primera fila a espaldas de los soldados que, formando una cadena con palos, mantienen despejado un círculo para el ejemplar espectáculo.

Cuatro de los prisioneros están de rodillas en el suelo. Los otros ocho, todavía atados y sentados en cuclillas a la sombra de la muralla, los observan con las manos en las mejillas.

Los prisioneros arrodillados se inclinan codo con codo sobre un madero largo y grueso. Una cuerda discurre, pasando bajo el madero, desde el aro de alambre de la boca del primer hombre hasta el aro del segundo, vuelve a pasar bajo el madero, sube hasta el tercer aro, y otra vez bajo el madero antes de atravesar el cuarto aro. Observo cómo un soldado tensa poco a poco la cuerda y los prisioneros se inclinan más hasta que finalmente quedan arrodillados con los rostros pegados al madero. Uno de ellos retuerce los hombros de dolor y se queja. Los otros permanecen en silencio, con el pensamiento enteramente concentrado en moverse con la cuerda, en no dar al alambre ocasión de desgarrarles la carne.

El Coronel Joll dirige al soldado con ademanes precisos. Aunque soy uno entre una multitud de miles, aunque lleva como siempre los ojos ocultos, le miro con tal fijeza, con el rostro tan interrogante que en seguida sé que me ve.

A mi espalda oigo con claridad la palabra *magistrado*. ¿Me lo imagino o de verdad mis vecinos, empiezan a apartarse de mí?

El Coronel da un paso adelante. Inclinandose sucesivamente sobre cada prisionero le restrega un puñado de arena en la espalda desnuda y escribe una palabra con un trozo de carbón. Leo las palabras de abajo a arriba: ENEMIGO... ENEMIGO... ENEMIGO... ENEMIGO. Retrocede un paso y cruza las manos. Nos observamos a veinte pasos de distancia.

Luego empieza la paliza. Los soldados utilizan las gruesas varas de caña verde, abatiéndolas con el mismo sonido opaco de paletas de lavar, hasta levantar ronchas rojas en la espalda y las nalgas de los prisioneros. Despacio y con cuidado los prisioneros estiran las piernas hasta quedar tendidos sobre el vientre, todos excepto el que se quejaba y que ahora se estremece con cada golpe.

El carbón negro y el polvo ocre empiezan a correr con el sudor y la sangre. Por lo que veo, el juego consiste en golpearles hasta dejarles la espalda completamente limpia.

Observo la cara de la niña que está en primera fila agarrada al vestido de su madre. Tiene los ojos muy abiertos, el pulgar en la boca: callada, aterrorizada e

intrigada, absorbe la imagen de estos hombres grandes, desnudos, a los que están golpeando. En cada rostro que me rodea, incluso en aquellos que sonrían, veo la misma expresión: no es odio, ni sed de sangre, sino una curiosidad tan intensa que consume sus cuerpos y sólo deja vivir a sus ojos, órganos de un nuevo y voraz apetito.

Los soldados que les propinan la paliza se cansan. Uno jadea con las manos en las caderas al tiempo que sonrío y hace gestos y ademanes a la multitud. El Coronel les da una orden: los cuatro interrumpen su tarea y avanzan ofreciendo sus varas a los espectadores.

Una joven, con una risilla tonta y tapándose, la cara, se adelanta empujada por sus amigos.

—¡Venga, no tengas miedo! —la animan. Un soldado le pone una vara en la mano y la conduce hasta el círculo. Está desconcertada, turbada, todavía se tapa la cara con una mano. Le profieren gritos, bromas, consejos obscenos. Ella levanta la vara y la abate de repente sobre las nalgas del prisionero, la suelta y corre hacia lugar seguro entre un fragor de aplausos.

Todos se pelean por las varas, los soldados apenas pueden mantener el orden, pierdo de vista a los prisioneros que están en el suelo a medida que la multitud se atropella para coger su turno o tan sólo para presenciar la paliza desde más cerca. Me dejan atrás con el cubo entre los pies.

Después dejan de pegarlos, los soldados vuelven a imponer su autoridad, la multitud retrocede en desorden, el círculo se restablece, aunque más reducido que antes.

Con el brazo en alto, el Coronel Joll muestra a la gente un martillo corriente de los que se usan para clavar las estacas de las tiendas de campaña. Su mirada vuelve a cruzarse con la mía. El alboroto disminuye.

—¡No! —oigo la primera palabra procedente de mi garganta, ronca, sin fuerza. Luego otra vez—: ¡No! —esta vez la palabra surge de mi pecho y resuena como una campana. El soldado que me cierra el paso se aparta dando un traspié. Estoy en el círculo con las manos levantadas para acallar a la multitud—: ¡No! ¡No! ¡No!

Cuando me vuelvo, el Coronel Joll se encuentra a menos de cinco pasos de mí con los brazos cruzados. Le señalo con el dedo.

—¡Usted! —grito. Que se sepa todo. Que sea en él en quien recaiga todo el odio—. ¡Usted los está pervirtiendo!

No se inmuta, no responde.

—¡Usted! —mi brazo le apunta como una rama. Mi voz llena la plaza. Reina un completo silencio; o acaso esté demasiado embriagado para oír algo.

Algo me golpea por detrás. Me desplomo en el suelo con la respiración entrecortada, siento la misma punzada de dolor en la espalda. Un bastón se estrella contra mí. Al alargar el brazo para desviarlo, recibo un impacto fulminante en la mano.

Es importante mantenerse de pie a pesar del dolor. Me levanto y veo quién me está pegando. Es el hombre robusto con galones de sargento que participaba en la paliza. Tiene las rodillas dobladas, las fosas nasales dilatadas, y el bastón alzado para el próximo golpe.

—¡Espere! —le digo con voz entrecortada, extendiendo la mano maltrecha—. ¡Creo que me la ha roto! —esta vez recibo el golpe en el antebrazo. Escondo el brazo, bajo la cabeza y trato de arremeter a ciegas y luchar cuerpo a cuerpo. Me llueven golpes en la cabeza y los hombros. No importa: todo lo que necesito son unos pocos segundos para acabar lo que estoy diciendo ahora que he empezado. Lo cojo por la guerrera y lo atraigo hacia mí. Aunque forcejea, no puede usar su bastón; vuelvo a gritar por encima de su hombro.

—¡Con eso no! —grito. El martillo reposa en los brazos cruzados del Coronel—. ¡No le daría con un martillo ni a un animal, ni siquiera a un animal! —en un arrebato terrible de furia me vuelvo contra el sargento y lo arrojo de mi lado. Una fuerza divina me impulsa. Pronto se habrá desvanecido: ¡he de usarla mientras dure!—. ¡Miren! —grito. Señalo a los cuatro prisioneros que yacen en tierra dócilmente con los labios en el madero y las manos en la cara como monos, sin ver el martillo, ignorantes de lo que sucede tras ellos, aliviados de que la ofensiva marca haya sido borrada a golpes de su espalda, con la esperanza de que el castigo haya tocado a su fin. Levanto la mano rota hacia el cielo—. ¡Miren! —grito—. ¡Nosotros somos el mayor milagro de la creación! ¡Pero algunas heridas son incurables incluso en este cuerpo milagroso! ¡Cómo...! —me faltan las palabras—. ¡Miren a estos hombres! —vuelvo a empezar—. ¡Hombres! —los que pueden, se estiran para mirar a los prisioneros, e incluso a las moscas que comienzan a posarse en sus ronchas sangrantes.

Oigo venir el golpe y me vuelvo para interceptarlo. Me alcanza de lleno en el rostro. «¡Estoy ciego!», pienso mientras retrocedo tambaleándome hacia la oscuridad que enseguida me envuelve. Trago sangre; algo, que empieza como un calor agradable para transformarse en un dolor muy intenso, hace eclosión a través de mi cara. Escondo el rostro entre las manos y doy unos cuantos pasos en círculo esforzándome por no gritar, por no caer.

No puedo recordar qué es lo siguiente que quería decir. Un milagro de la creación —sigo el hilo de esta idea pero me esquivo como una espiral de humo. Se me ocurre pensar que aplastamos insectos con nuestros pies, escarabajos, gusanos, cucarachas, hormigas, que a su manera son también milagros de la creación.

Retiro los dedos de los ojos y un mundo gris vuelve a emerger anegado en lágrimas. Estoy tan profundamente agradecido que dejo de sentir dolor. Incluso me sorprendo sonriendo cuando dos hombres, uno a cada lado, me arrastran de vuelta a mi celda entre los murmullos de la multitud.

Esa sonrisa, esa efusión de alegría, deja tras de sí un residuo inquietante. Sé que cometen un error al tratarme sin contemplaciones. Porque no soy ningún orador.

¿Qué hubiera dicho si me hubieran dejado continuar? ¿Que es peor hacer trizas los pies de un hombre a golpes que matarlo en combate? ¿Que todos nos cubrimos de vergüenza cuando se permite a una muchacha azotar a un hombre? ¿Que estos espectáculos tan crueles corrompen el corazón de los inocentes? Las palabras que me impidieron pronunciar hubieran sido quizá insignificantes, palabras que ni siquiera hubieran encontrado eco en el gentío. Después de todo, ¿qué defiendo aparte de un código anticuado de comportamiento caballeroso para con los prisioneros enemigos, y a qué me opongo si exceptuamos la nueva ciencia de la degradación que mata a los hombres de rodillas, desconcertados y deshonrados a sus propios ojos? ¿Hubiera osado enfrentarme a esa multitud en demanda de justicia para esos ridículos prisioneros bárbaros con el trasero al aire? *Justicia*: una vez que se ha pronunciado esa palabra, ¿hasta dónde nos conducirá? Más fácil es gritar ¡No! Más fácil es ser apaleado y convertido en mártir. Más fácil es poner la cabeza en el tajo que defender la causa de la justicia para los bárbaros: porque, ¿adónde puede llevarnos esta causa sino a deponer nuestras armas y abrir las puertas del pueblo a aquellos cuya tierra hemos invadido? Al viejo magistrado de virtud inquebrantable, defensor de la ley y el orden, enemigo a su manera del Estado, avasallado y encarcelado, también le asalta la duda.

Tengo la nariz rota, lo sé, y quizá también el pómulo donde la carne se abrió por el impacto del bastón. El ojo izquierdo se está cerrando por la hinchazón.

A medida de que el entumecimiento desaparece el dolor empieza a manifestarse cada uno o dos minutos en accesos tan intensos que ya no puedo permanecer inmóvil. En el punto culminante del acceso doy saltos por la habitación sujetándome la cara, gimoteando como un perro; en los benditos valles entre las cimas del dolor respiro profundamente, tratando de controlarme, tratando de no soltar un alarido demasiado deshonesto. Me parece oír intervalos de agitación y calma en la plaza pero no estoy seguro de que el estruendo no exista sólo en mis tímpanos.

Me traen la cena como es habitual pero no puedo comer. No puedo quedarme quieto, tengo que andar de un lado a otro o mecarme en cuclillas para abstenerme de chillar, desgarrarme la ropa, arañarme, hacer todo lo que un ser humano hace cuando ha alcanzado el límite de su resistencia. Llora y siento cómo escuecen las lágrimas en la carne viva. Canturreo una y otra vez la vieja canción del caballero y el arbusto de enebro, aterrándome a las palabras que recuerdo incluso cuando ya no tienen sentido. Cuento uno, dos, tres, cuatro... Será una victoria célebre, me digo a mí mismo, si logro sobrevivir a esta noche.

A primera hora de la mañana, cuando estoy tan agotado que siento mareos y apenas puedo mantenerme en pie, por fin me derrumbo y sollozo desconsoladamente como un niño: me siento en un rincón y lloro, mis ojos derraman lágrimas sin cesar. Mientras lloro las punzadas de dolor vienen y se van según sus propios ciclos. En esta posición el sueño me fulmina como un rayo. Me asombra despertar a la tenue luz grisácea del día, desplomado en un rincón, sin la más leve sensación de que el tiempo

haya transcurrido. Aunque las punzadas persisten, compruebo que puedo soportarlas si no me muevo. En efecto, han dejado de resultarme extrañas. Puede que pronto formen parte de mí tanto como la respiración.

Así que me quedo tranquilamente recostado contra la pared, con la mano bajo la axila para mitigar el dolor y caigo en un segundo sueño, en una confusión de imágenes entre las cuales busco una en particular, apartando las otras que vuelan hacia mí como hojas. Es la de la niña. Está arrodillada dándome la espalda ante el castillo de nieve o de arena que ha construido. Lleva puesto un vestido azul oscuro. A medida que me aproximo veo que escarba en las entrañas del castillo.

Advierte mi presencia y se vuelve. Estoy equivocado, no es un castillo lo que ha construido sino un horno de arcilla. El humo asciende en espiral desde el respiradero de la parte trasera. Extiende los brazos para ofrecerme algo, un bulto informe que contemplo con desgana a través de la bruma. Aunque sacudo la cabeza no lo veo con más nitidez.

Lleva puesta una gorra redonda bordada en oro. Tiene el pelo recogido en una espesa trenza que descansa sobre su hombro: lleva hilo de oro en la trenza. «¿Por qué te has puesto tu mejor vestido?», deseo decirle: «Nunca te he visto tan hermosa». Me sonrío: ¡qué dientes tan bonitos tiene, qué ojos tan negros como el azabache, tan despejados! Ahora también puedo ver que lo que me ofrece es una hogaza de pan, todavía caliente, con una gruesa corteza partida y humeante. Me invade una oleada de gratitud. «¿Dónde aprendió una niña como tú a hacer tan bien el pan en el desierto?», deseo preguntarle. Me dispongo a abrazarla, y me despierto con lágrimas que hacen que me escueza la herida de la mejilla. Aunque en seguida escarbo en la madriguera del sueño, no puedo volver a introducirme en él ni saborear el pan que me ha hecho la boca agua.

El Coronel Joll está sentado ante la mesa de mi despacho. No hay libros ni carpetas; la habitación estaría completamente vacía de no ser por un jarrón de flores recién cortadas. El suboficial bien parecido cuyo nombre desconozco pone en la mesa el cofre de madera de cedro y da un paso atrás.

El Coronel empieza a hablar mientras baja la vista para remitirse a sus papeles.

—Entre las cosas halladas en su apartamento figuraba este cofre de madera. Me gustaría que lo examinara. Su contenido es poco común. Contiene unas trescientas tablillas de álamo blanco, cada una de aproximadamente veinte por cinco centímetros, y muchas de ellas atadas con cuerdas. La madera está seca y quebradiza. Unas cuerdas son nuevas, las otras tan viejas que se han deshecho.

»Al desatar la cuerda vemos que la madera se abre dejando al descubierto dos superficies interiores planas. En estas superficies aparece una escritura desconocida.

»Creo que estará conforme con esa descripción.

Fijo la mirada en las lentes negras. Él prosigue.

—Una deducción razonable es que las tablillas contienen mensajes intercambiados entre usted y otras personas, no sabemos cuándo. Es usted quien debe explicarnos el contenido de los mensajes y quiénes eran esas personas.

Coge una tablilla del cofre y con el dedo la empuja hacia mí por la superficie encerada de la mesa.

Miro las líneas de caracteres escritas por algún desconocido muerto hace mucho tiempo. Ni siquiera sé si leer de derecha a izquierda o de izquierda a derecha. En las largas noches en que examiné detenidamente mi colección aislé más de cuatrocientos caracteres diferentes de escritura, tal vez hasta cuatrocientos cincuenta. No tengo ni idea de lo que significan. ¿Significan cada uno una sola cosa, un círculo para el sol, un triángulo para la mujer, una ola para el lago; o un círculo significa simplemente «círculo», un triángulo «triángulo», una ola «ola»? ¿Representa cada signo una disposición distinta de la lengua, los labios, la garganta, los pulmones, tal y como se combinan la pronunciación de alguna complicada e inimaginable lengua bárbara ya extinguida? ¿O serán mis cuatrocientos caracteres adornos de amanuense para un repertorio subyacente de veinte o treinta cuyas formas primitivas soy demasiado estúpido para reconocer?

—Él le envía saludos a su hija —digo. Me sorprende oír mi voz que ahora es nasal y confusa. Mi dedo discurre de derecha a izquierda a lo largo de la línea de caracteres—. A la que dice que no ha visto mucho tiempo. Espera que sea feliz y que prospere. Espera que hayan nacido muchos corderos. Dice que tiene un regalo para ella que le guardará hasta que vuelva a verla. Le envía todo su afecto. No es fácil leer su firma. Podría ser simplemente «tu padre» u otra cosa, un nombre.

Alargo la mano hacia el cofre y saco una segunda tablilla. El suboficial, que está sentado detrás de Joll con un cuadernillo abierto en las rodillas, me mira fijamente mientras mantiene el lápiz suspendido sobre el papel.

—Esta se lee como sigue —digo—: «Lamento tener que enviar malas noticias. Vinieron soldados y se llevaron a tu hermano. He ido todos los días a suplicar que nos lo devolvieran. Me quedo sentado en el suelo con la cabeza descubierta. Ayer mandaron por primera vez un hombre a hablar conmigo. Dice que tu hermano ya no está aquí, que lo han trasladado.

»“¿A dónde?”, pregunté, pero no me contestó. No se lo cuentes a tu madre, pero reza conmigo para que no le ocurra nada».

»Y ahora veamos qué dice la siguiente —el lápiz sigue todavía suspendido, no ha escrito nada, no se ha movido—. “Fuimos a recoger a tu hermano ayer. Nos hicieron pasar a una habitación en la que yacía sobre una mesa envuelto con una sábana cosida” —lentamente el Coronel se reclina en su silla. El suboficial cierra su cuaderno y hace amago de levantarse, pero Joll se lo impide con un ademán—. “Querían que me lo llevara, pero insistí en verlo primero”.

»“Y si me dan el cuerpo equivocado?”, les dije. Tienen tantos cuerpos aquí, cuerpos de jóvenes valientes —así que abrí la sábana y vi que efectivamente era él.

Tenía cada párpado cosido con un punto—. ‘¿Por qué lo han hecho?’, les dije.

”‘Es nuestra costumbre’, me dijo. Rasgué la sábana por completo y vi cardenales por todo el cuerpo, y vi que los pies estaban inflamados y rotos.

”‘¿Qué le ocurrió?’, le dije.

”‘No lo sé’, me dijo el soldado, ‘no aparece en el informe; si quiere preguntar algo debe ver al sargento, pero está muy ocupado’.

”Hemos tenido que enterrar a tu hermano aquí, fuera del fuerte, porque empezaba a oler mal. Por favor, cuéntaselo a tu madre y trata de consolarla”.

»Ahora veamos qué dice la siguiente. Vean, hay un único carácter. Es el carácter bárbaro *guerra*, pero tiene también otras acepciones. Puede significar *venganza*, y si se pone boca abajo, puede leerse *justicia*. No hay modo de saber qué acepción se pretende comunicar. Forma parte del ingenio bárbaro.

»Sucede lo mismo con el resto de las tablillas —sumerjo la mano sana en el cofre y revuelvo—. Componen una alegoría. Pueden leerse en diferente orden. Además, cada tablilla puede leerse de muchas maneras. Juntas se pueden leer como un diario doméstico, o como un plan de guerra, o pueden ponerse de lado y leerse como una historia de los últimos años del Imperio, me refiero al antiguo Imperio. Los eruditos no se ponen de acuerdo sobre cómo interpretar estas reliquias de los antiguos bárbaros. Pueden encontrarse conjuntos alegóricos como éste enterrados en todo el desierto. Hallé éste a menos de cinco kilómetros de aquí entre las ruinas de un edificio público. Los cementerios también son un buen sitio para buscar, aunque no siempre resulta fácil saber dónde están. Se recomienda sencillamente viajar al azar: tal vez en el mismo lugar en que uno se encuentra se pueden descubrir fragmentos de metal y loza, recuerdos de los muertos. También el aire: el aire está lleno de gritos y susurros. Nunca desaparecen: si se escucha atentamente, con el oído bien predispuesto, se pueden oír sus ecos resonando eternamente en la segunda esfera. Por la noche es mejor: a veces cuando resulta difícil conciliar el sueño es porque han llegado a los oídos los lamentos de los muertos que, como sus escritos, están abiertos a múltiples prefaciones.

»Gracias. He terminado con la traducción.

No he perdido de vista a Joll durante todo este tiempo. No ha vuelto a moverse, salvo para retener por el brazo a su subordinado cuando aludí al Imperio y éste se levantó, dispuesto a pegarme.

Si se me acerca le pegaré con todas mis fuerzas. No desapareceré bajo la tierra sin dejarles mi huella.

El Coronel habla.

—No tiene ni idea de lo agotador que es su comportamiento. Es usted el único oficial civil con el que hemos trabajado en la frontera que no nos ha prestado su completa colaboración. Sinceramente, debo decirle que las tablillas no me interesan —señala con un ademán a las tablillas esparcidas sobre la mesa—. Probablemente las utilizaban para juegos de apuestas. Me consta que otras tribus de la frontera juegan

con tablillas similares.

»Le pido que lo considere seriamente: ¿qué futuro le espera a usted aquí? No le podemos permitir seguir en su puesto. Se ha desacreditado por completo. Incluso si al final no se le procesa.

—¡Estoy esperando a que me procesen! —grito—. ¿Cuándo lo van a hacer? ¿Cuándo me van a juzgar? ¿Cuándo voy a tener una oportunidad de defenderme? —estoy furioso. No me faltan las palabras como me sucedió delante de la multitud. Si fuera a enfrentarme con estos hombres ahora, públicamente, en un juicio justo, daría con las palabras para avergonzarlos. Es una cuestión de salud y energía: siento que palabras ardientes me inflaman el pecho. Pero ellos nunca someterán a juicio a un hombre mientras se encuentre lo bastante sano y fuerte como para dejarlos en evidencia. Me recluirán en las tinieblas hasta convertirme en un idiota que se pase el día refunfuñando, un fantasma de mí mismo; entonces me arrastrarán a un juicio a puerta cerrada y en cinco minutos despacharán las legalidades que encuentran tan molestas.

—Durante el estado de emergencia, como usted sabe —me dice el Coronel— la administración de la justicia no está en manos de los civiles sino en manos del Departamento —suspira—. Magistrado, parece creer que no nos atrevemos a juzgarle porque tememos que sea un personaje muy querido en este pueblo. No creo que sea usted consciente de cuánto ha perdido por desatender sus deberes, rehuir a sus amigos y andar en compañía de personas de baja condición. Todos con los que he hablado dicen haberse sentido alguna vez insultados por su conducta.

—¡Mi vida privada no es asunto suyo!

—No obstante, puedo decirle que nuestra decisión de relevarle de sus obligaciones ha sido bien acogida en todas partes. Personalmente no tengo nada contra usted. Cuando regresé hace unos días, había decidido que todo lo que quería de usted era una respuesta clara a una pregunta sencilla, después de lo cual podía haber vuelto libremente con sus concubinas.

De repente se me ocurre que el insulto puede no ser gratuito, que tal vez por distintas razones estos dos hombres podrían agradecer que perdiera los estribos. Encolerizado por el agravio, permanezco en silencio con todos los músculos tensos.

—Sin embargo, parece tener usted una nueva ambición —prosigue—. Parece querer darse a conocer como el Único Hombre Justo, el hombre que está dispuesto a sacrificar su libertad por sus principios.

«Pero permítame una pregunta: ¿cree que es así como le ven sus conciudadanos después del ridículo espectáculo del otro día en la plaza? Créame, para los habitantes de este pueblo no es el Único Hombre Justo, no es más que un payaso, un loco. Está sucio, apesta, le pueden oler a un kilómetro de distancia. Parece un viejo mendigo, de los que hurgan en las basuras. No quieren que vuelva a desempeñar ninguna de sus funciones. Ya no tiene ningún futuro aquí.

»Sospecho que quiere pasar a la historia como un mártir. ¿Pero quién le va a

incluir en los libros de historia? Estos conflictos fronterizos son intrascendentes. Pasarán pronto y la calma volverá a reinar en la frontera durante otros veinte años. La historia de un pueblo perdido no le interesa a nadie.

—No había conflictos fronterizos antes de que usted viniera —le digo.

—Eso es absurdo —me dice—. Usted sencillamente desconoce la realidad. Vive en un mundo del pasado. Cree que nos enfrentamos a pequeños grupos de nómadas pacíficos. De hecho nos enfrentamos a un enemigo bien organizado. Si hubiera ido con el cuerpo expedicionario lo habría visto por sí mismo.

—Esos pobres prisioneros que trajo, ¿son *ellos* el enemigo que he de temer? ¿Quiere decir eso? ¡*Usted* es el enemigo, Coronel! —ya no puedo contenerme más. Doy un puñetazo en la mesa—. ¡*Usted* es el enemigo, *usted* ha provocado la guerra, y usted les ha proporcionado todos los mártires que necesitan, y no ha empezado ahora sino hace un año cuando cometió sus primeras y repugnantes barbaridades aquí! ¡La historia me dará la razón!

—Absurdo. No habrá ninguna historia, el episodio es demasiado insignificante — parece imposible, pero estoy seguro de que le he desconcertado.

—¡Usted es un torturador indecente! ¡Merece ser ahorcado!

—Así habla el juez, el Único Hombre Justo —murmura.

Nos miramos fijamente a los ojos.

—Ahora —dice, mientras ordena los documentos que tiene delante— quisiera una declaración acerca de todo lo ocurrido entre los bárbaros y usted en su reciente visita no autorizada.

—Me niego a declarar.

—Muy bien. Nuestra entrevista ha terminado —se vuelve hacia su subordinado—. Lo dejo bajo su responsabilidad —se levanta, sale. Me quedo solo ante el suboficial.

La herida de la mejilla, que nunca me he lavado ni vendado, está tumefacta e infectada. Una costra como una oruga gruesa se ha formado sobre ella. El ojo izquierdo es una mera raya, la nariz una protuberancia informe y palpitante. Tengo que respirar por la boca.

Estoy echado en medio del hedor de vómitos secos pensando obsesivamente en el agua. No he bebido nada en dos días.

No hay nada ennoblecedor en mi sufrimiento. Apenas algo de lo que llamo sufrimiento es siquiera dolor. Lo que me hacen padecer es el sometimiento a las necesidades más elementales de mi cuerpo: beber, evacuar, encontrar la postura en que menos duele. La primera vez que el suboficial Mandel y su hombre me trajeron de vuelta aquí y encendieron la lámpara y cerraron la puerta, me pregunté cuánto dolor sería capaz de resistir un viejo rollizo y comodón en nombre de sus excéntricas ideas sobre cómo debería conducirse el Imperio. Pero a mis torturadores no les

interesaban los distintos grados de dolor. Únicamente les interesaba demostrarme lo que significaba vivir en un cuerpo, sólo como un cuerpo, un cuerpo que puede abrigar ideas de justicia sólo mientras esté ileso y en buen estado, y que las olvida tan pronto como le sujetan la cabeza y le meten un tubo por la garganta y echan por él litros de agua salada hasta que tose y da arcadas y tiene convulsiones y se vacía. No vinieron para sacarme a la fuerza el relato de lo que les había dicho a los bárbaros ni de lo que los bárbaros me dijeron a mí. Por tanto, no tuve ocasión de espetarles a la cara las palabras altisonantes que tenía preparadas. Vinieron a mi celda para enseñarme el significado la palabra humanidad, y me enseñaron mucho en el espacio de una hora.

Tampoco es una cuestión de ver quién resiste más. Yo solía pensar para mis adentros, «están sentados en otra habitación hablando de mí. Se dicen el uno al otro, ¿cuánto tiempo pasará antes de que se humille? Volveremos dentro de una hora y lo veremos».

Pero no es así. No tienen un elaborado sistema de sufrimiento y privación al que someterme. Me paso dos días sin comida ni agua. Al tercer día me dan de comer.

—Lo siento —dice el soldado que me trae la comida— se nos olvidó —no se olvidan por maldad. Mis torturadores también tienen que vivir sus propias vidas. No soy el centro de su universo. El subordinado de Mandel se pasa probablemente el día contando sacos en la intendencia o vigilando los diques, quejándose del calor. El propio Mandel, estoy seguro, pasa más tiempo brillantando sus correajes y hebillas que conmigo. Cuando le apetece viene y me da una lección de humanidad. ¿Cuánto tiempo podré resistir lo aleatorio de sus agresiones? ¿Y qué sucederá si sucumbo, lloro, me arrastro, y sin embargo las agresiones no cesan?

Me sacan al patio. Estoy de pie ante ellos ocultando mi desnudez, acariciándome la mano herida, parezco un oso viejo y cansado domesticado por un sufrimiento excesivo.

—Corra —me dice Mandel. Corro alrededor del patio bajo el sol abrasador. Cuando aflojo el paso me sacude en el trasero con el bastón y acelero. Los soldados interrumpen sus siestas y observan desde la sombra, las criadas se asoman por la puerta de la cocina, los niños miran entre los barrotes de la verja.

—¡No puedo! —digo entre jadeos—. ¡El corazón! —me detengo, dejo caer la cabeza, me aprieto el pecho. Todos aguardan pacientemente a que me recupere. Luego el bastón me azuza y sigo arrastrando los pies, aunque no me desplazo más rápido que un hombre al caminar.

Otras veces hago proezas para ellos. Extienden una cuerda a la altura de la rodilla y salto por encima de un lado a otro. Llaman al nieto de la cocinera y le dan un extremo para que lo sostenga.

—Mantenla tirante —le dicen— no queremos que tropiece y se caiga —el niño agarra el extremo de la cuerda con ambas manos, concentrándose en su importante tarea mientras espera que salte. No me muevo. La punta del bastón se cuelga entre mis nalgas y me hostiga.

—Salte —murmura Mandel. Corro, doy un saltito, tropiezo con la cuerda, y allí me quedo. Huelo a mierda. No me dejan lavarme. Las moscas me siguen a todas partes, dando vueltas en torno a la apetitosa herida de la mejilla, posándose en cuanto me paro. El movimiento circular de mi mano ante la cara para espantarlas ha llegado a ser tan mecánico como el capirotazo del rabo de una vaca—. Dile que debe hacerlo mejor la próxima vez —le dice Mandel al niño. El niño sonrío y desvía la mirada. Me siento en el suelo a esperar la siguiente proeza—. ¿Sabes saltar a la comba? —le dice al niño—. Dale la cuerda a ése y dile que te enseñe a saltar a la comba —entonces me pongo a saltar.

Me moría de vergüenza la primera vez que tuve que salir de mi guarida y presentarme desnudo ante esos holgazanes o andar saltando de un lado a otro para divertirlos. Ahora ya no siento vergüenza. Concentro la mente sólo en la amenaza del momento cuando me flojean las rodillas o el corazón me atenaza como un cangrejo y tengo que quedarme quieto; y siempre descubro sorprendido que tras un breve descanso, tras infligirme un leve dolor, pueden hacer que me mueva, que salte o brinque o me arrastre o corra un poco más. ¿Llegará un momento en que me tumbe y diga «matadme, prefiero morir antes que continuar»? Algunas veces creo que ese momento está próximo, pero siempre me equivoco.

No hay en todo esto ninguna grandeza que me consuele. Cuando me despierto gimiendo en la noche es porque revivo en sueños incluso las degradaciones más insignificantes. Parece que sólo me permitirán morir como un perro en un rincón.

Luego un día abren la puerta de par en par. Cuando salgo veo ante mí no a dos hombres sino a un pelotón en posición de firme.

—Tome —me dice Mandel, y me entrega un camisón de mujer—. Póngaselo.

—¿Por qué?

—Muy bien, si quiere ir desnudo, vaya desnudo —me pongo el camisón por la cabeza. Me llega hasta la mitad de los muslos. Veo por un instante a las dos criadas más jóvenes meterse otra vez en la cocina apresuradamente muertas de risa.

Tengo las muñecas atadas a la espalda.

—Ha llegado el momento, Magistrado —me susurra Mandel al oído—. Trate de comportarse como un hombre. Estoy seguro de que el aliento le huele a alcohol.

Me sacan del patio. Un corrillo de gente espera bajo las moreras, donde el jugo de las bayas caídas ha dejado la tierra de color violeta. Los niños andan trepando entre las ramas. Cuando me acerco todos enmudecen.

Un soldado lanza al aire el extremo de una soga blanca de cáñamo,

completamente nueva; uno de los niños del árbol la atrapa, la hace pasar por una rama y la deja caer.

Sé que esto es sólo un simulacro, un nuevo modo de pasar la tarde para hombres aburridos de los suplicios habituales. Sin embargo, se me ponen los pelos de punta.

—¿Dónde está el Coronel? —digo entre dientes. Nadie me hace caso.

—¿Quiere decir algo? —me pregunta Mandel—. Diga lo que quiera. Le damos esta oportunidad.

Miro detenidamente sus ojos azul claro, son tan claros que parecen llevar superpuestos lentes de cristal. Me devuelve la mirada. No tengo ni idea de lo que ve. Pensando en él, he pronunciado para mis adentros las palabras *tortura... torturador* pero son palabras extrañas, y cuanto más las repito más extrañas resultan, hasta que me pesan como piedras en la lengua. Tal vez este hombre, y el hombre que le acompaña para ayudarle en su trabajo, y su coronel, sean torturadores, tal vez así conste en el registro de alguna pagaduría de la capital, aunque lo más probable sea que en el registro figuren como agentes de seguridad. Pero cuando le miro sólo veo los ojos azul claro, su buen aspecto un tanto severo, los dientes demasiado largos donde se desgastan las encías. Él se ocupa de mi alma: todos los días me abre la carne y expone mi alma a la luz; puede que haya visto muchas almas en el transcurso de su vida de trabajo; pero el cuidado de las almas no le ha dejado más huella de la que el cuidado de los corazones deja al cirujano.

—Estoy haciendo un gran esfuerzo para entender lo que siente por mí —le digo. No puedo evitar hablar entre dientes, me falla la voz, estoy asustado y bañado en sudor—. Agradecería unas palabras tuyas mucho más que una oportunidad de dirigirme a estas gentes a las que no tengo nada que decir. Para poder llegar a entender por qué se dedica a este trabajo. Y poder oír qué siente por alguien a quien ha hecho mucho daño y ahora parece dispuesto a matar.

Contemplo asombrado estas rebuscadas palabras conforme escapan de mis labios. ¿Estoy tan loco como para querer provocarle?

—¿Ve esta mano? —me dice. Extiende la mano a un par de centímetros de mi cara—. Cuando era más joven —dobla los dedos— solía ser capaz de agujerear con este dedo —estira el dedo índice— una cáscara de calabaza —apoya la punta del dedo en mi frente y aprieta. Doy un paso atrás.

Tienen incluso una gorra preparada para mí, un saco que me ponen por la cabeza y atan alrededor del cuello con una cuerda. A través de la malla les veo acercar la escalera y apoyarla en la rama. Me conducen hasta ella, tengo el pie colocado en el primer peldaño y el nudo debajo de la oreja.

—Ahora suba —me dice Mandel.

Vuelvo la cabeza y veo dos figuras borrosas que sujetan el extremo de la soga.

—No puedo subir con las manos —le digo. El corazón me late con fuerza.

—Suba —me dice, me sostiene el brazo. La soga se tensa—. Mantenedla —ordena.

Subo, él sube guiándome detrás de mí. Cuento diez peldaños. Las hojas me rozan al pasar. Me detengo. Me agarra el brazo con más fuerza.

—¿Cree que estamos jugando? —me dice. Habla apretando los dientes con una furia que no entiendo—. ¿Cree que no hablo en serio?

Los ojos me escuecen por el sudor acumulado dentro del saco.

—No —le digo— no creo que estén jugando —mientras la sogla continúe tirante sabré que están jugando. Si se afloja, y resbalo, moriré.

—¿Entonces qué quiere decirme?

—Quiero decirle que nada de lo que pasó entre los bárbaros y yo tuvo que ver con asuntos militares. Fue un asunto privado. Llevé a la muchacha con los suyos. No tuve otro propósito.

—¿Eso es todo lo que me quiere decir?

—Quiero decirle que nadie merece morir —con mi ridícula indumentaria, con la náusea de la cobardía en la boca, digo—: Quiero vivir. Todo hombre quiere vivir. Vivir y vivir y vivir. No importa cómo.

—Eso no basta —me suelta el brazo. Me tambaleo en el décimo peldaño pero la sogla me mantiene en equilibrio—. ¿Puede ver? —me pregunta Mandel y se retira escalera abajo, dejándome solo.

No es sudor sino lágrimas.

Oigo un murmullo de hojas cercanas. La voz de un niño:

—¿Puede ver, abuelo?

—No.

—¡Eh, vosotros, bajad! —grita alguien desde abajo. Por la sogla tirante puedo sentir la vibración de sus movimientos en las ramas.

Permanezco así durante un buen rato mientras guardo el equilibrio cuidadosamente en el peldaño, siento el alivio de la madera en la planta de los pies, trato de no flaquear y procuro mantener la sogla tan tensa como puedo.

¿Cuánto tiempo le resultará divertido a una pandilla de holgazanes contemplar a un hombre de pie en una escalera? Con tal de vivir me quedaría aquí hasta que la carne se me desprendiera de los huesos, soportando tormentas y granizos y diluvios.

Pero ahora la sogla se tensa, puedo oír el ruido que hace al correr por la corteza del árbol, hasta que he de estirarme para impedir que me estrangule.

Esto no es una prueba de paciencia, por tanto si la multitud no está satisfecha se alteran las reglas. ¿Pero qué sentido tiene culpar a la multitud? Se designa un chivo expiatorio, se declara un día festivo, se suspenden temporalmente las leyes: ¿quién no se congregaría para ver el espectáculo? ¿Qué es lo que me molesta de estos espectáculos de degradación y sufrimiento y muerte que nuestro nuevo régimen celebra sino su falta de decoro? ¿Por qué será recordada mi propia administración sino por el traslado del matadero hace veinte años desde la plaza del mercado hasta las afueras del pueblo por una cuestión de decoro? Intento gritar algo, una palabra de temor ciego, un chillido, pero la sogla está ahora tan tirante que me encuentro sin

respiración ni habla. La sangre me martillea en los oídos. Siento que los dedos de los pies pierden su apoyo. Me balanceo suavemente, rebotando en la escalera, mientras mis pies se agitan en el aire. El martilleo de los oídos se hace más lento y fuerte hasta que es todo lo que oigo.

Estoy ante el anciano, entornando los ojos para protegerlos del viento, esperando a que hable. El viejo mosquete todavía descansa entre las orejas de su caballo, pero no me apunta. Reparo en la inmensidad del cielo y el desierto que nos rodean.

Observo sus labios. En cualquier momento hablará: debo escuchar atentamente para captar cada sílaba, de modo que después, al repetírmelas a mí mismo, al reflexionar sobre ellas, pueda encontrar la contestación a una pregunta que por ahora ha volado de mi memoria como un pájaro.

Puedo ver cada pelo de la crin del caballo, cada arruga del rostro del anciano, cada peña y surco de la ladera.

La muchacha, cuyo pelo negro trenzado le cae sobre el hombro a la usanza bárbara, monta un caballo detrás de él. Tiene la cabeza inclinada, ella también espera a que hable.

Suspiro. «Qué lástima», pienso. «Ahora es demasiado tarde».

Sigo balanceándome. La brisa me levanta el camisón y juguetea con mi cuerpo desnudo. Estoy relajado, flotando. Con ropa interior de mujer.

Algo que deben de ser mis pies toca el suelo, aunque están dormidos a cualquier sensación. Me estiro cuidadosamente, en toda mi longitud, ligero como una hoja. Sea lo que sea lo que me ha sujetado con tanta fuerza la cabeza, disminuye su presión. Desde lo más profundo de mi cuerpo se escapa un fuerte ronquido. Respiro. Todo va bien.

Luego me quitan la capucha, el sol me deslumbra, me levantan bruscamente, todo me da vueltas, me desmayo.

Desde el límite de mi conciencia me llega en un susurro la palabra *volar*.

Sí, es verdad, he estado volando.

Contemplo los ojos azules de Mandel. Sus labios se mueven pero no oigo las palabras. Sacudo la cabeza, y una vez que he empezado descubro que no puedo parar.

—Decía que *«ahora le enseñaremos otra manera de volar»*.

—No le oye —dice alguien.

—Oye —contesta Mandel. Me quita la soga del cuello y la anuda alrededor de la cuerda que me ata las muñecas—. Subidle.

Si puedo mantener los brazos estirados, si soy lo bastante ágil como para levantar un pie y engancharlo en la soga, lograré quedarme colgado boca abajo y no lastimarme: ese es mi último pensamiento antes de que empiecen a izar me. Pero estoy tan débil como un niño. Los brazos ascienden por detrás de la espalda, y conforme los pies se separan del suelo siento un terrible desgarramiento en los hombros como si fibras enteras de músculo se estuvieran rompiendo. De mi garganta surge el primer alarido seco y lastimero, como un torrente de grava. Dos niños se descuelgan

del árbol y, cogidos de la mano, sin mirar atrás, se alejan a la carrera. Grito una y otra vez, no puedo hacer nada para evitarlo, el ruido procede de un cuerpo que se sabe herido acaso irreparablemente y que expresa a gritos su terror. Incluso si todos los niños del pueblo me oyeran no podría contenerme: recemos al menos para que ellos no imiten los juegos de sus mayores, o mañana habrá una plaga de cuerpecitos colgando de los árboles. Alguien me da un empujón y empiezo a balancearme de un lado a otro describiendo un arco a treinta centímetros del suelo como una vieja y enorme polilla cogida por las alas, gritando, clamando.

—Llama a sus amigos bárbaros —dice alguien—. Eso que oís es la lengua de los bárbaros —prorrumpen en risas.

V

Los bárbaros salen de noche. Antes de que oscurezca hay que recoger la última cabra, atrancar las puertas y apostar un centinela en cada atalaya para dar las horas. Dicen que los bárbaros merodean por los alrededores durante toda la noche resueltos a asesinar y saquear. Los niños ven en sueños cómo se abren las contraventanas y cómo los rostros feroces de los bárbaros les dirigen miradas aviesas. «¡Han llegado los bárbaros!», gritan los niños y no hay quien los tranquilice. Desaparece ropa tendida y comida de las despensas, por muy herméticamente cerradas que estén. Dicen que los bárbaros han excavado un túnel bajo las murallas; que entran y salen a placer y cogen lo que quieren; que nadie está seguro ya. Los campesinos todavía labran los campos, pero salen en grupo, nunca solos. Trabajan sin ilusión: dicen que los bárbaros aguardan tan sólo a que hayan sembrado para volver a anegar los campos.

¿Por qué el ejército no acaba con los bárbaros? se lamentan todos. La vida en la frontera se ha vuelto demasiado dura. Hablan de regresar a su tierra, pero entonces recuerdan que ahora los caminos son peligrosos a causa de los bárbaros. Ya no se puede comprar té ni azúcar porque los tenderos acumulan sus existencias. Aquellos que comen bien lo hacen a escondidas, temerosos de despertar la envidia del vecino.

Hace tres semanas violaron a una niña. Sus amigos, que jugaban en las acequias, no la echaron en falta hasta que volvió sangrando y sin habla. Durante días permaneció postrada en casa de sus padres con la mirada fija en el techo. Nada la persuadió de contar lo ocurrido. En cuanto apagaban la luz empezaba a lloriquear. Sus amigos afirman que lo hizo un bárbaro. Lo vieron huir hacia los cañaverales. Lo reconocieron por su fealdad. Ahora han prohibido a los niños jugar fuera de las puertas, y los campesinos llevan garrotes y lanzas cuando salen a los campos.

Cuanto más crece el resentimiento contra los bárbaros, más me acurruco en mi rincón, con la esperanza de que no se acuerden de mí.

Hace mucho tiempo que el segundo cuerpo expedicionario partió muy airoso con sus banderas y sus trompetas y sus armaduras relucientes y sus espléndidos corceles para limpiar el valle de bárbaros y enseñarles una lección que ni ellos ni sus nietos ni sus bisnietos olvidarían jamás. Desde entonces no ha habido ningún despacho, ningún comunicado. La alegría de los días en que solía haber revista diaria en la plaza, exhibiciones de equitación, demostraciones de tiro, se ha disipado hace mucho. En su lugar el aire está lleno de rumores angustiosos. Algunos dicen que el conflicto ha estallado a lo largo de los mil seiscientos kilómetros de frontera, que los bárbaros del norte se han unido a los del oeste, que el ejército del Imperio apenas se ha desplegado, que uno de estos días se verá obligado a abandonar la defensa de puestos fronterizos como éste para concentrar sus recursos en la protección del interior del país. Otros dicen que no recibimos noticias de la guerra únicamente porque nuestros soldados se han adentrado en pleno territorio enemigo y están demasiado ocupados

eliminando bárbaros para enviar despachos. Dicen que pronto, cuando menos lo esperemos, regresarán fatigados pero victoriosos, y llegarán tiempos de paz.

Entre la escasa guarnición que han dejado atrás hay más borracheras que nunca y más arrogancia para con los ciudadanos. Ha habido incidentes con soldados que han entrado en tiendas, han cogido lo que querían, y se han ido sin pagar. ¿De qué le sirve al tendero dar la voz de alarma cuando los malhechores y la guardia nacional son los mismos? Los tenderos se quejan a Mandel, que está al mando bajo el estado de emergencia mientras Joll se encuentra ausente con el ejército. Mandel hace promesas pero no actúa. ¿Por qué iba a hacerlo? Lo único que le importa es seguir siendo querido entre sus hombres. A pesar de las patrullas de vigilancia en las murallas y de las batidas semanales por la orilla del lago (a la caza de bárbaros, aunque nunca han capturado a ninguno), la disciplina se ha relajado.

Entretanto yo, el viejo payaso que perdió el último vestigio de autoridad el día que estuvo colgado de un árbol con ropa interior de mujer pidiendo ayuda a gritos, la inmunda criatura que durante una semana lamió la comida de las baldosas como un perro porque no podía usar las manos, ya no estoy encerrado. Duermo en un rincón del patio del cuartel; deambulo por él con mi camisón mugriento; cuando un puño me amenaza me encojo de miedo. Vivo como un animal hambriento en la puerta trasera, mantenido vivo acaso sólo como un testimonio del animal que todo amigo de los bárbaros lleva escondido dentro. Sé que corro peligro. Algunas veces puedo sentir el peso de una mirada resentida que se detiene en mí; no alzo la vista; sé que para algunos debe de ser fuerte la tentación de despejar el patio atravesándome el cráneo con una bala desde una de las ventanas superiores.

Ha llegado una ola de refugiados al pueblo, pescadores procedentes de los diminutos asentamientos desperdigados por el río y la orilla norte del lago, que hablan una lengua que nadie entiende y llevan la casa auestas seguidos a duras penas por sus perros hambrientos y sus hijos raquíticos. La gente se congregó en torno suyo cuando aparecieron.

—¿Fueron los bárbaros los que os echaron? —les preguntaban, al tiempo que ponían expresiones y tensaban arcos imaginarios. Nadie les preguntó sobre los soldados imperiales o el fuego que prendieron a la maleza.

Al principio todos se compadecieron de estos salvajes y les proporcionaron alimentos y ropa vieja, hasta que empezaron a montar sus chozas de paja en la parte de la muralla próxima a los nogales, y sus hijos se envalentonaron tanto como para colarse a robar en las cocinas y una noche sus perros penetraron en el redil y degollaron a una docena de ovejas. Las opiniones se volvieron en su contra. Los soldados tomaron medidas, eliminaron a tiros a sus perros inmediatamente y, una mañana cuando los hombres se encontraban todavía en el lago, derribaron la hilera completa de chozas. Durante días permanecieron escondidos en los cañaverales. Luego, una por una, empezaron a reaparecer sus pequeñas chozas de paja, esta vez fuera del pueblo junto a la muralla norte. Les permitieron que sus chozas siguieran en

pie, pero se ordenó a los centinelas que les prohibieran la entrada. Ahora esa norma se ha relajado, y se les puede ver por la mañana vendiendo pescado de puerta en puerta. No tienen ninguna experiencia con el dinero, los engañan miserablemente, se desprenderían de cualquier cosa a cambio de un dedal de ron.

Son unos seres huesudos y estrechos de pecho. Las mujeres parecen estar siempre embarazadas; sus hijos están escuálidos; algunas muchachas jóvenes presentan indicios de una belleza frágil y de mirada ingenua; por lo demás sólo veo ignorancia, astucia, descuido. ¿Pero qué ven ellos en mí, si es que me ven alguna vez? Un animal que mira con fijeza entre los barrotes de la verja: el lado repugnante de este hermoso oasis donde han encontrado una seguridad precaria.

Un día una sombra se cierne sobre mí mientras dormito en el patio, un pie me empuja, y levanto la vista hacia los ojos azules de Mandel.

—¿Le damos bien de comer? —me dice—. ¿Está volviendo a engordar?

Asiento con la cabeza, sentado a sus pies.

—Porque no vamos a poder darle de comer siempre.

Guardamos un largo silencio mientras nos examinamos mutuamente.

—¿Cuándo va a empezar a ganarse el sustento?

—Soy un prisionero en espera de juicio. A los prisioneros en espera de juicio no se les exige ganarse el sustento. Es la ley. El tesoro público les mantiene.

—Pero usted no está preso. Es libre de ir adónde le plazca —espera a que muerda este anzuelo que me ofrece sin rodeos. No digo nada. Prosigue—: ¿Cómo puede estar preso si no aparece en nuestros archivos? ¿Cree que no tenemos archivos? No figura en nuestros archivos. Así que debe de ser usted un hombre libre.

Me levanto y le sigo a través del patio hasta la salida. El centinela le entrega la llave y él abre la verja.

—¿Ve? La puerta está abierta.

Dudo antes de salir. Hay algo que quisiera saber. Contemplo el rostro de Mandel, los ojos claros, espejos de su alma, la boca por la cual se expresa su espíritu.

—¿Dispone de un minuto? —digo. Permanecemos junto a la verja, con el centinela al fondo aparentando no oír. Le digo—: Ya no soy un hombre joven y todo mi futuro aquí está arruinado —con un ademán abarco la plaza y el polvo arrastrado por el viento cálido de las postrimerías del verano, portador de royas y plagas—. También he muerto ya una muerte, en aquel árbol, sólo que usted decidió salvarme. Así que hay algo que quisiera saber antes de irme. Si es que con los bárbaros a las puertas del pueblo ya no es demasiado tarde —siento que una levísima sonrisa de burla me roza los labios, no puedo evitarlo. Echo un vistazo al cielo vacío—. Perdóneme si la pregunta parece insolente, pero quisiera hacérsela: ¿cómo le resulta posible comer después, después de que ha estado... trabajando con seres humanos? Es algo que siempre me he preguntado acerca de los verdugos y otros hombres semejantes. ¡Espere! Escúcheme un momento más, soy sincero, me ha costado mucho soltar esto, porque me tiene usted aterrorizado, pero no necesito decírselo,

estoy seguro de que lo sabe. ¿Le resulta fácil ingerir alimentos después? He imaginado que uno desearía lavarse las manos. Pero no bastaría un lavado corriente, sería precisa la intervención sacerdotal, una ceremonia de purificación, ¿no cree? Algún tipo de expiación del alma, así es cómo me lo imagino. ¿Si no cómo sería posible volver a la vida cotidiana, sentarse a la mesa, por ejemplo, y compartir el pan con la propia familia o con los compañeros?

Se da la vuelta para marcharse, pero aunque mueve la mano con lentitud consigo agarrarle el brazo.

—¡No, escuche! —le digo—. No me interprete mal, no le culpo ni le acuso, hace mucho que he dejado de hacer eso. Recuerde, yo también he dedicado una vida a la ley, conozco sus procedimientos, me consta que los manejos de la justicia son a menudo oscuros. Sólo trato de entender. Trato de entender el mundo en que vive. Trato de imaginar cómo respira y come y vive todos los días. ¡Pero no puedo! ¡Eso es lo que me perturba! Si yo fuera él, me digo a mí mismo, mis manos estarían tan sucias que sentiría náuseas.

Se suelta de un tirón y me da un golpe tan fuerte en el pecho que jadeante retrocedo dando un traspié.

—¡Hijo de perra! —grita—. ¡Maldito viejo loco! ¡Fuera! ¡Lárguese y reviente de una vez!

—¿Cuándo me van a juzgar? —le grito a su espalda mientras se aleja. No me hace caso.

No tengo dónde esconderme. ¿Y además por qué iba a hacerlo? Todos me pueden ver desde el alba al atardecer en la plaza, merodeando por los puestos del mercado o sentado a la sombra de los árboles. Y paulatinamente, conforme se corre la voz de que el viejo magistrado ha sobrevivido a su castigo, todos dejan de guardar silencio y de volverme la espalda cuando me acerco. Descubro que no carezco de amigos, especialmente entre las mujeres, que apenas pueden disimular su impaciencia por oír mi versión de los hechos. Deambulando por las calles me encuentro a la rolliza mujer del oficial de intendencia que tiende la colada. Nos saludamos.

—¿Cómo está usted, señor? —me dice—. Oímos que lo había pasado muy mal —los ojos le brillan, ávidos aunque precavidos—. ¿Por qué no entra y toma una taza de té? —así que nos sentamos a la mesa de la cocina, y ella manda a los niños a jugar fuera, y mientras bebo té y como sin parar de un plato con sus deliciosas galletas de avena, ella da los primeros pasos de este juego indirecto de preguntas y respuestas—: Estuvo fuera mucho tiempo, dudábamos de que regresara alguna vez... ¡Y luego todos los problemas que tuvo! ¡Cómo han cambiado las cosas! No había este desorden cuando usted estaba al mando. ¡Estos forasteros de la capital lo ponen todo patas arriba! —ahora me toca a mí, suspiro:

—Sí, ellos no entienden cómo resolvemos nuestros asuntos en las provincias,

¿verdad? Tantos problemas por una muchacha... —engullo otra galleta. Un tonto enamorado es motivo de risa pero siempre acaban perdonándolo—. Para mí sólo era una cuestión de sentido común devolverla con los suyos, ¿pero cómo hacérselo comprender? —continúo divagando; ella escucha estas verdades a medias, al tiempo que asiente con la cabeza y me observa como un buitre; aparentamos que la voz que ella oye no es la voz del hombre que colgado del árbol pedía clemencia a gritos tan fuertes como para resucitar a los muertos— ...de cualquier modo, confiemos en que todo haya terminado. Todavía me duele —me toco el hombro— el cuerpo sana tan despacio a medida que uno se hace viejo...

Así que como gracias a mi historia. Y cuando todavía tengo hambre por la noche, si espero a la entrada del cuartel al silbido que llama a los perros y me cuelo sin hacer mucho ruido, habitualmente puedo sacarle a las criadas las sobras de la cena de los soldados, un cuenco de judías frías, los abundantes restos del puchero de la sopa o media hogaza de pan.

O por las mañanas puedo acercarme a la posada y asomarme por la puerta de la cocina para aspirar todos los aromas, de oréganos y levadura y cebolla recién picada y manteca de cordero humeante. Mai, la cocinera, engrasa los moldes del horno: veo cómo sus hábiles dedos se meten en el puchero de la manteca y untan el molde con tres rápidos círculos. Me acuerdo de sus pasteles, de su célebre empanada de jamón, espinacas y queso, y siento que se me hace la boca agua.

—Se han marchado tantos —me dice, mientras se vuelve hacia la gran bola de masa— no sé ni por dónde empezar. Muchos se fueron hace sólo unos días. Una de nuestras chicas (la pequeña del pelo largo y liso, puede que usted la recuerde) iba con ellos, se fue con su pareja —me lo comunica con un tono indiferente, y yo le agradezco su consideración—. Desde luego lo entiendo —prosigue— si uno se quiere ir debe irse ahora, es un largo camino, además peligroso, y las noches son cada vez más frías —habla del tiempo, del último verano y de los presagios del invierno que se acerca, como si en mi celda a menos de trescientos pasos de donde nos encontramos, hubiera estado aislado del calor y del frío, de la sequía y la lluvia. Para ella, por lo que veo, desaparecí, ahora he reaparecido, y entretanto no formé parte del mundo.

He estado escuchando y asintiendo con la cabeza y soñando mientras ella hablaba. Ahora hablo yo.

—Sabes —le digo— cuando estaba en prisión, en el cuartel, no en la prisión nueva sino en una habitación pequeña en la que me encerraron, tenía tanta hambre que no pensaba en mujeres, sólo en comida. Vivía para las horas de comida. Nunca tenía bastante. Engullía el rancho como un perro y aún quería más. También sufrí mucho en diferentes ocasiones: la mano, los brazos, y también esto —me toco la nariz abultada, la desagradable cicatriz bajo el ojo por la que, según estoy empezando a descubrir, todos se sienten secretamente fascinados—. Cuando soñaba con una mujer soñaba con alguien que vendría por la noche a librarme del dolor. El sueño de un niño. Lo que no sabía era cómo el deseo podía acumularse en los huesos para

luego un día sin previo aviso emerger a raudales. Lo que dijiste hace un momento, por ejemplo, la chica que mencionaste, la apreciaba mucho, creo que lo sabes, aunque la delicadeza te impidió... Cuando dijiste que se había ido, lo confieso, fue como si algo me hubiera sacudido aquí, en el pecho. Un golpe.

Sus manos, con destreza, hacen círculos con el borde de un tazón en la lámina de masa, recogen los restos y los aplastan con el rodillo. Rehuye mi mirada.

—Anoche subí a su habitación, pero la puerta estaba cerrada. No le di importancia. Tiene muchos amigos, nunca creí que yo fuera el único... ¿Pero qué quería? Un sitio donde dormir, desde luego; pero también algo más. ¿Para qué fingir? Todos sabemos que los viejos buscan recuperar su juventud en los brazos de mujeres jóvenes —da golpes en la masa, la trabaja, la extiende con el rodillo: ella misma una mujer joven con sus propios hijos, que vive con una madre exigente: ¿qué es lo que le estoy pidiendo mientras sigo divagando acerca del dolor, de la soledad? Con perplejidad escucho las palabras que escapan de mi boca. «¡He de decirlo todo!», me dije a mí mismo cuando me encontré por primera vez frente a mis torturadores. «¿Por qué sellar tus labios como un estúpido? No ocultas nada. ¡Que sepan que tratan con un ser de carne y hueso! ¡Proclama tu terror, grita cuando el dolor llegue! El silencio tenaz supone un acicate para ellos: les confirma que cada alma es una cerradura que deben forzar con paciencia. ¡Revela tus sentimientos! ¡Abre tu corazón!», así que grité y chillé y dije todo lo que se me vino a la cabeza. ¡Lógica insidiosa! Ahora lo que oigo cuando me suelto la lengua y la dejo en libertad es el sutil lloriqueo de un mendigo—. ¿Sabes dónde dormí anoche? —me oigo decir a mí mismo—. ¿Conoces ese pequeño cobertizo en la parte trasera del granero?...

Pero lo que anhelo sobre todo es comida, y cada vez más conforme pasan las semanas. Quiero volver a estar gordo. Tengo hambre día y noche. Cuando me despierto, el estómago bosteza conmigo, no puedo esperar a hacer mi ronda, a merodear por la entrada del cuartel para olfatear el aroma suave y soso de la avena y esperar las sobras quemadas; ni a engatusar a los niños para que me arrojen moras desde los árboles; ni a estirarme sobre la cerca de un huerto para robar uno o dos melocotones; ni a ir de puerta en puerta, un hombre desafortunado, víctima de un enamoramiento, del que ya se ha curado, dispuesto a tomar con una sonrisa lo que le ofrecen, una rebanada de pan con mermelada, una taza de té, tal vez al mediodía un cuenco de estofado o un plato de judías con cebolla, y siempre fruta, albaricoques, melocotones, granadas, la riqueza de un verano generoso. Como come un mendigo, engullendo la comida con tal apetito, arrebañando el plato hasta dejarlo tan limpio que da gusto verlo. No es de extrañar que mis paisanos se reconcilien conmigo día a día.

¡Y cómo puedo adular, cómo puedo granjearme amistades! Más de una vez me han preparado un sabroso tentempié sólo para mí: una chuleta de cordero frita con pimientos y cebolletas, o una rebanada de pan con una loncha de jamón y tomate y una porción de queso de cabra. Si puedo acarrear agua o leña a cambio, lo hago de

buena gana, como muestra de gratitud, aunque no estoy tan fuerte como antes. Y si por el momento he agotado mis recursos en el pueblo —pues debo tener cuidado de no convertirme en una carga para mis benefactores— siempre puedo darme una vuelta por el campamento de los pescadores y ayudarles a limpiar pescado. He aprendido unas cuantas palabras de su lengua, me reciben sin recelo, ellos entienden lo que es ser un mendigo y comparten su comida conmigo.

Quiero volver a estar gordo, más gordo que nunca. Quiero oír el gorgoteo satisfecho de mi panza cuando cruce las manos sobre ella, quiero sentir cómo se hunde la barbilla en la mullida papada y cómo se me bambolea el pecho al caminar. Quiero una vida de satisfacciones sencillas. No quiero (¡vana esperanza!) volver a pasar hambre.

Hace casi tres meses que partió, y todavía no hay noticias del cuerpo expedicionario. En cambio, terribles rumores corren por todas partes: que el cuerpo ha sido atraído hacia el desierto y aniquilado; que ha sido llamado a defender el interior sin que lo supiéramos, abandonando los pueblos fronterizos a merced de los bárbaros para que los asalten cuando les parezca. Todas las semanas hay un convoy de prudentes que deja el pueblo en dirección al este, diez o doce familias que viajan juntas «para visitar a sus familiares», como reza el eufemismo, «hasta que las cosas vuelvan a la normalidad». Conducen reata de animales de carga, empujan carretillas, transportan fardos a la espalda, llevan a sus propios hijos cargados como bestias. He visto incluso una carreta larga y baja de cuatro ruedas tirada por ovejas. Ya no se pueden comprar animales de carga. Los que se marchan son sensatos, las esposas y maridos que despiertos en la cama cuchichean, hacen planes, ven lo que pueden salvar. Dejan atrás sus confortables hogares, cerrándolos «hasta la vuelta», y llevándose las llaves de recuerdo. Al día siguiente bandas de soldados forzarán las puertas, saquearán las casas, destruirán los muebles, ensuciarán los suelos. Crece el resentimiento contra los que se preparan para irse. Les insultan en público, les atacan, les roban impunemente. Ahora hay familias que, tras sobornar a los centinelas para que les abran las puertas, desaparecen sin más en plena noche, toman el camino del este y esperan en el primer o segundo apeadero hasta que se reúne un grupo lo bastante numeroso como para viajar seguros.

Los soldados tiranizan a la población. Han celebrado un mitín en la plaza a la luz de las antorchas para denunciar a los «cobardes y traidores» y afirmar la lealtad colectiva al Imperio. El «NOSOTROS NOS QUEDAMOS» se ha convertido en el lema de los leales: estas palabras se ven pintarrajeadas en todas las paredes. Esa noche yo permanecí en la oscuridad al margen de la enorme multitud (nadie tuvo el valor necesario para quedarse en casa) escuchando estas palabras coreadas enfática y amenazadoramente por miles de gargantas. Un escalofrío me recorrió la espalda. Después del mitín los soldados encabezaron un desfile por las calles. Derribaron

puertas a patadas, rompieron ventanas, prendieron fuego a una casa. Hasta muy avanzada la noche hubo borrachera y juerga en la plaza. Busqué a Mandel pero no le vi. Es posible que haya perdido el control de la guarnición, suponiendo que los soldados hubieran estado alguna vez dispuestos a recibir órdenes de un policía.

Cuando los acuartelaron por primera vez, el pueblo recibió con frialdad a estos soldados procedentes de todos los puntos del Imperio y desconocedores de nuestras costumbres.

—No los necesitamos aquí —decían— cuanto antes se larguen a combatir con los bárbaros mejor.

Les negaban el crédito en las tiendas, las madres recluían a sus hijas bajo llave para apartarlas de ellos. Pero después de que los bárbaros aparecieran ante nuestras puertas esa actitud cambió. Ahora que estos soldados forasteros parecen ser todo lo que se interpone entre nosotros y la destrucción, les agasajan con fervor. Un comité de ciudadanos recauda fondos semanalmente para celebrar un banquete en su honor, en el que se asan ovejas enteras en espetones y se hacen correr litros y más litros de ron. Las jóvenes del pueblo están a su disposición. Todos sus deseos serán bien acogidos mientras se queden y protejan nuestras vidas. Pero cuanto más les adulan, más aumenta su arrogancia. Sabemos que no podemos confiar en ellos. Con el granero casi vacío y el cuerpo expedicionario desvanecido como el humo, ¿qué los retendrá cuando los agasajos se acaben? Sólo nos cabe la esperanza de que los rigores del viaje en invierno les disuadan de abandonarnos.

Ya hay presagios del invierno por todas partes. A primeras horas de la mañana se levanta un viento frío del norte: las contraventanas crujen, los que duermen se acurrucan y se arriman más los unos a otros, los centinelas se ciñen la capa y se vuelven de espaldas. Algunas noches me despierto tiritando en mi lecho de sacos y no puedo volver a conciliar el sueño. El sol parece salir cada día más lejos; la tierra se enfría incluso antes del ocaso. Pienso en los pequeños convoyes desperdigados a lo largo de cientos de kilómetros de camino que se dirigen hacia una patria que la mayoría no ha visto nunca, empujan sus carretillas, fustigan a sus caballos, cargan con sus hijos, racionan sus provisiones y abandonan día a día al borde del camino herramientas, utensilios de cocina, retratos, relojes, juguetes, todo lo que creían poder salvar de sus propiedades antes de comprender que a lo sumo podrían escapar con vida. En una o dos semanas el tiempo será demasiado traicionero para que emprenda viaje cualquiera que no se encuentre entre los más audaces. Durante todo el día rugirá el viento norte, marchitará la vida en mismo tallo, arrastrará un mar de polvo a través de la extensa meseta, traerá consigo chaparrones imprevistos de granizo y nieve. No puedo imaginar que pudiera sobrevivir a esta larga marcha con mis harapos y mis sandalias rotas, con el bastón en la mano y el hatillo a la espalda. Me faltaría el coraje. ¿Qué vida puedo esperar lejos de este oasis? ¿La vida de un contable indigente de la capital, que regresa después del atardecer a una habitación alquilada en una callejuela, al que se le caen los dientes poco a poco, y tiene que aguantar a una

patrona chismosa? Si me uniera al éxodo sería como uno de esos viejos discretos que un día se apartan de la caravana, se instalan al abrigo de una roca, y aguardan a que el gran frío final empiece a ascender por sus piernas.

Camino por el sendero ancho hacia la orilla del lago. El horizonte, que ya está gris, se funde con el agua gris del lago. A mi espalda se pone el sol entre rayos dorados y rojizos. Desde las acequias llega el primer canto del grillo. Es un mundo que conozco y quiero y no deseo dejar. Desde mi juventud he recorrido este sendero de noche sin sufrir daño alguno. ¿Cómo voy a creer que la noche esté llena de las huidizas sombras de los bárbaros? Si hubiera extraños aquí lo presentiría. Los bárbaros se han replegado con sus rebaños hacia los valles más profundos de las montañas, a esperar que los soldados se cansen y se vayan. Cuando eso ocurra los bárbaros volverán a salir. Apacentarán sus ovejas y nos dejarán tranquilos, nosotros sembraremos nuestros campos y los dejaremos tranquilos, y en pocos años la frontera recobrará la paz.

Atravieso los campos devastados, ya limpios y recién arados, cruzo las acequias y el dique. El terreno se ablanda bajo mis pies; pronto camino sobre la esponjosa hierba de la marisma, me abro paso entre los juncos dando grandes zancadas con el agua hasta los tobillos a la postrera luz violeta del atardecer. Las ranas se tiran al agua a mi paso; cerca oigo el leve murmullo de las plumas de un pájaro que se dispone emprender el vuelo.

Vadeo a mayor profundidad apartando los juncos con las manos, y siento el cieno entre los dedos de los pies; a cada paso, el agua, que conserva el calor del sol más tiempo que el aire, primero opone resistencia para después ceder. A primera hora de la mañana los pescadores empujan con pértigas sus barcas de fondo plano esta superficie en calma y echan sus redes. ¡Qué manera tan apacible de ganarse la vida! Tal vez debería dejar de mendigar, unirme a ellos en su campamento fuera de muralla, construirme una choza de barro y caña, casarme con una de sus hermosas hijas, darme un banquete cuando la pesca sea abundante y apretarme el cinturón cuando no lo sea.

Con el agua reconfortante hasta las pantorrillas me recreo en esta ilusión. No ignoro lo que significan tales ilusiones, son sueños de convertirme en un salvaje que vive por instinto, de tomar el frío camino de la capital, de dirigirme a tientas hasta las ruinas del desierto, de volver al confinamiento de mi celda, de ir en busca de los bárbaros y ofrecerme a ellos para que me utilicen como quieran. Todos sin excepción son sueños de un final: sueños no de cómo vivir sino de cómo morir. Y sé que cada uno de los habitantes de ese pueblo amurallado que ahora se sume en la oscuridad (oigo los dos lejanos toques de corneta que anuncian el cierre de las puertas) tiene la misma preocupación. ¡Todos salvo los niños! Los niños nunca dudan que los enormes y viejos árboles bajo cuyas sombras juegan permanecerán allí siempre, que un día

ellos crecerán para ser fuertes como sus padres, fértiles como sus madres, que vivirán y prosperarán y criarán a sus propios hijos y envejecerán en el lugar donde nacieron. ¿Por qué no podemos vivir en el tiempo como el pez en el agua, como el pájaro en el aire, como los niños? ¡Los Imperios tienen la culpa! Los Imperios han creado el tiempo de la historia. Los Imperios no han ubicado su existencia en el tiempo circular, recurrente y uniforme de las estaciones sino en el tiempo desigual de la grandeza y la decadencia, del principio y el fin, de la catástrofe. Los Imperios se condenan a vivir en la historia y a conspirar contra la historia. La inteligencia oculta de los Imperios sólo tiene una idea fija: cómo no acabar, cómo no sucumbir, cómo prolongar su era. De día persiguen a sus enemigos. Son taimados e implacables, envían a sus sabuesos por doquier. De noche se alimentan de imágenes de desastre: saqueo de ciudades, aniquilamiento de poblaciones, pirámides de huesos, hectáreas de desolación. Una visión demencial pero virulenta: yo, mientras camino por el lodo, no estoy menos contagiado por ella que el leal Coronel Joll cuando sigue la pista de los enemigos del Imperio a través del interminable desierto con la espada desenvainada para degollar a un bárbaro tras otro, hasta que por fin encuentre y mate a aquel cuyo destino debería ser (o si no el suyo, el de su hijo o el de su nieto no nacido) trepar por la puerta de bronce del Palacio de Verano y derribar la esfera coronada por el tigre rampante que simboliza la dominación eterna, mientras sus compañeros desde abajo le aclaman y disparan al aire sus mosquetes.

No hay luna. En la oscuridad vuelvo a tuestas a tierra firme y sobre un lecho de hierba, arrebujado en mi capa, me quedo dormido. Me despierto de un frenesí de sueños confusos entumecido y aterido de frío. La estrella roja apenas se ha movido en el cielo.

Cuando paso por el camino que conduce al campamento de los pescadores un perro empieza a ladrar; enseguida se le une otro, y la noche prorrumpe en un escándalo de ladridos, gritos de alarma, chillidos. Consternado, grito con todas mis fuerzas:

—¡No es nada! —pero no me oyen. Me quedo indefenso en medio del camino. Alguien pasa corriendo junto a mí en dirección al lago; luego otro cuerpo choca conmigo, una mujer, lo sé inmediatamente, que jadea aterrorizada en mis brazos antes de soltarse y desaparecer. También hay perros que gruñen a mi alrededor: me vuelvo con rapidez y pido auxilio cuando uno de los perros se tira a mordirme en las piernas, me desgarran la piel, retrocede. Estoy completamente rodeado por los frenéticos ladridos. Los perros del pueblo replican tras las murallas con aullidos. Me agacho y me preparo con los músculos en tensión para el próximo ataque. El gemido estridente de las cornetas hiende el aire. Los perros ladran más fuerte que antes. Me encamino arrastrando los pies hacia el campamento, hasta que de súbito una de las chozas se recorta frente al cielo. Aparto la cortinilla que cuelga a la entrada y penetro en la calidez empapada de sudor donde hasta hace unos minutos dormía gente.

Cesa el escándalo de afuera, pero nadie vuelve. El aire está viciado, resulta

soporífero. Me gustaría dormir, pero me perturba la resonancia del suave impacto en el camino. Como una magulladura, mi carne conserva la impresión del cuerpo que descansó en mí durante unos segundos. Tengo miedo de lo que soy capaz: de regresar mañana a la luz del día todavía afectado por el recuerdo y hacer preguntas hasta descubrir quién fue la que se topó conmigo en la oscuridad, para forjar en torno a ella, niña o mujer, una aventura erótica aún más ridícula. La insensatez de los hombres de mi edad no conoce límite. Nuestra única excusa es que no dejamos huella propia en las jóvenes que pasan por nuestras manos: ellas olvidan pronto nuestros deseos tortuosos, nuestra manera ceremoniosa de hacer el amor, nuestros éxtasis mastodónticos, y le quitan toda importancia a nuestro torpe juego cuando se arrojan derechas como flechas en los brazos de los hombres jóvenes, vigorosos y espontáneos cuyos hijos traerán al mundo. Nuestro amor no deja rastro. ¿De quién se acordará aquella otra muchacha del semblante ciego: de mí con mi batín de seda y mis penumbras y mis perfumes y aceites y mis desdichados placeres, o de aquel otro hombre frío de la máscara en los ojos que daba las órdenes y sopesaba el sonido de su íntimo sufrimiento? ¿Acaso no fue el rostro tras el hierro candente el último que vio con claridad en este mundo? Aunque me muera de vergüenza, incluso aquí y ahora, debo preguntarme si, cuando yacía junto a ella con la cabeza a sus pies, y acariciaba y besaba aquellos tobillos fracturados, no estaba lamentando en lo más recóndito de mi corazón la imposibilidad de grabarme tan profundamente en ella. Por muy condescendientes que los suyos sean con ella, nunca la cortejarán ni se casará según las costumbres: está marcada de por vida como propiedad de un extranjero, y nadie se acercará a ella excepto con esa compasión lúgubre y sensual que ella percibió y rechazó en mí. ¡Con razón se dormía tan a menudo, con razón era más feliz limpiando verduras que en mi cama! Desde el momento en que me detuve ante ella en la entrada del cuartel ha debido de sentir que la envolvía una nube de engaño: envidia, compasión, crueldad, todo disfrazado de deseo. ¡Y en mi trato sexual ha debido de ver no el impulso sino la penosa negación del impulso! Recuerdo su serena sonrisa. Desde el primer momento supo que era un falso seductor. Me escuchaba, luego escuchaba a su corazón, y como es debido seguía los dictados de su corazón. ¡Si tan sólo hubiera encontrado las palabras apropiadas!

—No se hace así —me debería haber dicho, interrumpiéndome en el acto—. Si quiere aprender cómo hacerlo, pregúntele a su amigo de ojos negros —luego debería haber continuado para no dejarme sin esperanza—: Pero si quiere amarme debe olvidarse de él y aprender su lección en otra parte. —Si me lo hubiera dicho entonces, si la hubiera entendido, si hubiera estado en condiciones de entenderla, si la hubiera creído, si hubiera estado en condiciones de creerla, podría haberme ahorrado un año de confusos e inútiles gestos de expiación.

Pues yo no era, como me gustaba creer, el indulgente amante del placer opuesto al frío y severo coronel. Yo era la mentira que un Imperio se cuenta a sí mismo en los buenos tiempos, él la verdad que un Imperio cuenta cuando corren malos vientos.

Dos caras de la dominación imperial, ni más ni menos. Pero yo contemporizaba, me recreaba en esta apartada frontera, este pequeño remanso con sus polvorientos veranos y sus carretas de albaricoques y sus largas siestas y su indolente guarnición y las aves acuáticas que descienden hasta la superficie deslumbrante e inmóvil del lago para desde ella reemprender el vuelo año tras año, y me decía a mí mismo, «ten paciencia, uno de estos días se irá, uno de estos días volverá la tranquilidad: entonces nuestras siestas se prolongarán y nuestras espadas se oxidarán, el centinela bajará a hurtadillas de su atalaya para pasar la noche con su esposa, el mortero se desmoronará hasta que los lagartos aniden entre los ladrillos y las lechuzas vuelen del campanario, y la línea que delimita la frontera de un Imperio en los mapas se volverá borrosa e imprecisa hasta que felizmente se olviden de nosotros». Así me convencía a mí mismo, tomando una de las muchas desviaciones equivocadas que he seguido en un camino aparentemente acertado pero que me ha conducido al corazón de un laberinto.

En el sueño avanzo hacia ella por la plaza cubierta de nieve. Al principio camino. Luego conforme el viento sopla con más fuerza un remolino de nieve empieza a impulsarme hacia delante con los brazos extendidos a los lados y la capa hinchada como una vela por el viento. Gano velocidad y con los pies volando a ras del suelo, me precipito sobre la solitaria figura que se encuentra en medio de la plaza. ¡No se volverá a tiempo de verme!, pienso. Abro la boca para prevenirla con un grito. Un débil lamento me llega hasta los oídos, arrebatado por el viento, transportado hacia el cielo como un trozo de papel. Estoy casi sobre ella, preparándome para el choque, cuando se vuelve y me ve. Por un instante le veo la cara, la cara de una niña, resplandeciente, saludable, sonriéndome sin temor, antes de que choquemos. Me golpea con la cabeza en el vientre; después me alejo, arrastrado por el viento. El impacto es tan suave como la caricia de una mariposa. Me embarga una sensación de alivio. «¡No tenía que haberme preocupado después de todo!», pienso. Trato de mirar atrás, pero todo se ha desvanecido en la blancura de la nieve.

Tengo la boca cubierta de besos húmedos. Escupo, sacudo la cabeza, abro los ojos. El perro que ha estado lamiéndome la cara sale meneando el rabo. La luz se filtra a través de la entrada de la choza. Me deslizo a gatas hacia el amanecer. El cielo y el agua están teñidos del mismo color rosáceo. El lago, en donde me he acostumbrado a ver cada mañana las barcas de pesca con sus proas chatas, está vacío. El campamento en el que me encuentro está también vacío.

Me ciño la capa y tras pasar junto a la puerta principal, que todavía está cerrada, camino hasta la atalaya del noroeste donde parece no haber nadie; luego regreso al lago atajando por los campos y el dique.

Una liebre salta a mi paso y se aleja corriendo en zig-zag. Le sigo la pista hasta que se vuelve y desaparece tras el trigo crecido de los campos lejanos.

Un niño orina en medio del sendero a casi cincuenta metros de mí. Contempla la

curva que describe su orina, al tiempo que me vigila con el rabillo del ojo y dobla la espalda para hacer que el último chorro llegue más lejos. Luego, con la estela dorada todavía suspendida en el aire, desaparece súbitamente, agarrado por un brazo moreno que surge de los cañaverales.

Me detengo en el sitio donde se encontraba el niño. No se ve nada excepto las crestas de los juncos que se mecen y entre las cuales parpadea la media esfera deslumbrante del sol.

—Puedes salir —digo, apenas levantando la voz—. No tienes nada que temer —reparo en que los pinzones evitan esta parte de los cañaverales. No me cabe duda de que me oyen treinta pares de oídos.

Regreso al pueblo.

Las puertas están abiertas. Soldados armados hasta los dientes registran las chozas de los pescadores. El perro que me despertó corretea con ellos de choza en choza, con el rabo levantado, la lengua fuera, las orejas alerta.

Uno de los soldados tira del tendedero donde ponen a secar el pescado limpio y en salazón. Se viene abajo entre crujidos.

—¡No hagas eso! —grito, apresurando el paso. Reconozco a algunos de estos hombres de los largos días de suplicio en el patio del cuartel—. ¡No lo hagas, no fue culpa de ellos!

Con deliberada indiferencia el mismo soldado se dirige ahora hacia la choza más grande, se abraza a dos de los puntales del techo de paja y trata de arrancarlo. Aunque hace un gran esfuerzo, no lo consigue. He visto cómo construyen estas chozas de apariencia frágil. Las preparan para resistir las acometidas de vientos con los que ni los pájaros pueden volar. Atan la armazón del techo a los postes con correas que pasan por muescas en forma de cuña. No se puede levantar sin cortar las correas.

Trato de hacer entrar en razón al soldado.

—Déjame contarte lo que sucedió anoche. Pasaba a oscuras por delante del campamento cuando los perros empezaron a ladrar. Ellos se asustaron, perdieron la cabeza, ya sabes como son. Probablemente creyeron que habían llegado los bárbaros. Huyeron hacia el lago. Están escondidos en los cañaverales, los vi hace un rato. No iréis a castigarles por algo tan insignificante.

No me hace caso. Un compañero le ayuda a trepar al techo. Mientras mantiene el equilibrio sobre dos puntales, empieza a agujerear el techo con el tacón de la bota. Oigo el ruido sordo de la argamasa y de la hierba al caer dentro.

—¡Basta! —grito. Se me sube la sangre a la cabeza—. ¿Qué daño os han hecho? —intento cogerle el tobillo pero está demasiado lejos. Siento deseos de degollarle.

Alguien se interpone: es el compañero que le ayudó a subir.

—Váyase a la mierda —murmura—. Váyase de una vez a la mierda. Lárguese y reviente.

Oigo quebrarse el puntal del techo bajo la paja y la arcilla. El soldado del techo extiende los brazos y salta de un lado a otro. En este preciso momento está allí con

los ojos desorbitados, y en un instante allí sólo queda una polvareda suspendida en el aire.

Aparta la cortinilla de la entrada y sale tambaleante agarrándose una mano, cubierto de pies a cabeza de un polvo ocre.

—¡Joder! —dice—. ¡Joder, joder, joder, joder, joder! —sus amigos se ríen a carcajadas—. ¡No tiene gracia! —grita—. ¡Me he jodido el dedo gordo! —se aprieta la mano entre las rodillas—. ¡Joder cómo me duele! —da una patada a la pared de la choza y vuelvo a oír argamasa caer en el interior—. ¡Jodidos salvajes! —dice—. ¡Deberíamos haberlos puesto contra un muro y haberlos fusilado hace mucho tiempo, con sus amigos!

Cuando se marcha con paso jactancioso, me mira por encima, como si no estuviera allí. Al pasar junto a la última choza tira de la cortinilla de la entrada. Las sartas de cuentas que la adornan, con sus bayas negras y rojas, sus semillas secas de melón, se rompen y esparcen por todas partes. Me quedo en el camino esperando a que se me calme el arrebato de furia. Recuerdo a un joven campesino que trajeron una vez ante mí cuando la guarnición estaba bajo mi mando. El magistrado de un pueblo perdido le había condenado a tres años en el ejército por robar gallinas. Después de un mes aquí intentó desertar. Lo capturaron y lo trajeron a mi presencia. Me dijo que quería volver a ver a su madre y a sus hermanas.

—No podemos hacer lo que deseamos sin más —le sermoneé—. Todos estamos sujetos a la ley, que está por encima de cualquiera de nosotros. El magistrado que te envió aquí, yo mismo, tú, todos estamos sujetos a la ley —me miró con ojos indiferentes, mientras esperaba oír la sentencia con las manos engrilladas a la espalda y sus dos imperturbables guardianes detrás de él—. Te parece injusto, lo sé, que debamos castigarte por tener los sentimientos de un buen hijo. Crees que sabes lo que es justo y lo que no lo es. Lo comprendo. Todos nosotros creemos saberlo —entonces no dudaba que en cada momento cada uno de nosotros, hombre, mujer, niño, tal vez incluso el viejo jamelgo que hace girar la rueda del molino, sabía lo que era justo: todas las criaturas vienen al mundo trayendo consigo la idea de justicia—. Pero vivimos en un mundo de leyes —le dije a mi pobre prisionero— un mundo que no es el mejor. No podemos hacer nada al respecto. Somos criaturas imperfectas. Todo lo que podemos hacer es apoyar las leyes, todos nosotros, sin permitir que decaiga la idea de justicia —después de sermonearle le sentencié. Acató la sentencia sin rechistar y los soldados se lo llevaron. Recuerdo la incómoda vergüenza que sentía en días como aquél. Abandonaba la sala de audiencia y volvía a mis habitaciones y me pasaba toda la tarde sentado a oscuras en la mecedora, sin apetito, hasta que llegaba la hora de acostarme—. Cuando los hombres sufren injustamente —me decía a mí mismo— es el sino de aquellos que son testigos de su sufrimiento avergonzarse de ello —pero el aparente consuelo de este pensamiento no podía reconfortarme. Más de una vez acaricié la idea de renunciar a mi puesto, retirarme de la vida pública y comprarme un huerto para ganarme el sustento. Pero entonces, pensaba, nombrarán a

otro para sobrellevar la vergüenza del cargo, y nada habrá cambiado. Así que continúe con mis funciones hasta que un día los acontecimientos me cogieron por sorpresa.

Cuando los divisan, los dos jinetes se encuentran a menos de dos kilómetros y ya están avanzando por los campos sin sembrar. Soy uno más entre la multitud que, al oír gritos en las murallas, sale en tropel a darles la bienvenida; pues todos reconocemos el estandarte verde y oro del batallón. Atravieso con paso decidido la tierra recién removida entre niños que corretean excitados.

El jinete de la izquierda, que ha estado cabalgando junto a su compañero, se desvía y se aleja al trote hacia el sendero del lago.

El otro sigue acercándose a nosotros lentamente, muy erguido en su silla, con los brazos extendidos a los lados como si pretendiera abrazarnos o echar a volar hacia el cielo.

Empiezo a correr tan rápido como puedo arrastrando las sandalias; y el corazón me late con fuerza.

A nuestra espalda se produce un ruido sordo de cascos y tres soldados con armaduras galopan hacia los cañaverales en donde el otro jinete ha desaparecido.

Me uno al círculo que rodea al hombre que, con la bandera ondeando airosamente sobre la cabeza, mira al pueblo con ojos inexpresivos, y al que reconozco a pesar de su aspecto. Está amarrado a una sólida estructura de madera que lo sostiene en posición vertical en la silla. Un trozo de madera le mantiene recta la columna, y otro le sujeta los brazos en cruz. Las moscas zumban alrededor de la cara. Tiene la mandíbula atada, la carne tumefacta, despide un olor nauseabundo, lleva varios días muerto.

Un niño me tira de la mano.

—¿Es un bárbaro, abuelo? —me susurra.

—No —le respondo en otro susurro. Se vuelve hacia el muchacho que tiene a su lado.

—Ves, te lo dije —le susurra.

Ya que nadie parece dispuesto a hacerlo, me toca en suerte coger las riendas sueltas y, tras cruzar la puerta grande, conducir estas noticias de los bárbaros entre los silenciosos espectadores hasta el patio del cuartel, para allí desatar a su portador y prepararlo para el entierro.

Los soldados que salieron tras su único acompañante regresan pronto. Atraviesan la plaza a medio galope hacia el Juzgado desde el que Mandel dirige sus dominios, y desaparecen en el interior. Cuando reaparezca no hablarán con nadie.

Se confirman todos los presentimientos de desastre, y por primera vez un verdadero pánico se apodera del pueblo. Clientes que pujan unos contra otros por provisiones de alimentos invaden las tiendas. Algunas familias se parapetan en sus

casas junto con sus gallinas e incluso sus cerdos. Han cerrado la escuela. El rumor de que una horda de bárbaros ha acampado a pocos kilómetros en las carbonizadas orillas del río, de que el asalto del pueblo es inminente, corre de boca en boca. Ha ocurrido lo inconcebible: el ejército que partió con tanto júbilo hace tres meses no volverá jamás.

Han cerrado y atrancado la puerta grande. Le pido al sargento de guardia que deje entrar a los pescadores.

—Temen por sus vidas —le digo. Me da la espalda sin contestar. Por encima de nuestra cabeza, en las murallas, los soldados, los cuarenta hombres que se interponen entre nosotros y la aniquilación, recorren con la mirada el lago y el desierto.

Al anochecer, de camino hacia el cobertizo del granero en el que todavía duermo, me encuentro el paso cortado. Una hilera de carros de dos ruedas de la intendencia tirados por caballos recorre el callejón, el primero cargado con lo que reconozco como sacos de semillas del granero, los otros vacíos. Les sigue una fila de caballos de los establos de la guarnición ensillados y cubiertos con mantas: todos los caballos, supongo, que han robado o requisado en las últimas semanas. La gente, alertada por el ruido, sale de sus casas y contempla en silencio esta retirada prevista evidentemente hace mucho tiempo.

Pido entrevistarme con Mandel, pero el centinela del Juzgado se muestra tan impasible como todos sus compañeros.

En realidad Mandel no está en el Juzgado. Vuelvo a la plaza a tiempo de oír las últimas palabras de un comunicado que lee al público «en nombre del Mando Imperial». La retirada, dice, es una «medida transitoria». Dejarán aquí una «guarnición provisional». Se espera que se produzca «un cese general de las operaciones en el frente durante el invierno». Él mismo confía en regresar para la primavera, que es cuando el ejército «iniciará una nueva ofensiva». Desea agradecer a todo el mundo la «inolvidable hospitalidad» que le han dispensado.

Mientras habla, de pie en uno de los carros vacíos flanqueado por soldados con antorchas, sus hombres vuelven con el fruto de su rapiña. Dos se esfuerzan por cargar un gran fogón de hierro fundido robado de una casa deshabitada. Otro vuelve sonriendo triunfalmente con un gallo, una magnífica criatura negra y oro, y una gallina. Los lleva cogidos por las alas y con las patas atadas; sus ojos resplandecen de furia. Mientras alguien sostiene la puerta abierta los mete en el horno. El carro está cargado hasta arriba con sacos y barriles de una tienda saqueada, e incluso con una mesa pequeña y dos sillas. Desenrollan una gruesa alfombra roja, la extienden sobre el cargamento y la atan al carro. Los que asisten a este metódico acto de traición no protestan, pero siento oleadas de ira impotente a mi alrededor.

Cargan el último carro. Desatranca la puerta, los soldados montan. Oigo a alguien discutir con Mandel al frente de la columna.

—Más o menos una hora —dice—: Pueden estar preparados en una hora.

—Ni hablar de eso —contesta Mandel, y el viento se lleva el resto de sus

palabras. Un soldado me aparta a empujones de su camino y acompaña a tres mujeres cargadas con muchos bultos hasta el último carro. Suben y se sientan, al tiempo que se tapan el rostro con el velo. Una de ellas lleva en brazos una niña a la que aúpa encima del cargamento. Los látigos restallan, la columna se pone en marcha, los caballos tiran, las ruedas de los carros crujen. Al final de la columna vienen dos hombres con varas conduciendo un rebaño de una docena de ovejas. A medida que pasan las ovejas crece el murmullo de la multitud. Un joven sale precipitadamente agitando los brazos y gritando: las ovejas desaparecen en la oscuridad, y la multitud se agolpa con un gran clamor. Casi inmediatamente suenan los primeros disparos. Mientras corro tan rápido como puedo entre otros muchos que corren y gritan, retengo sólo una imagen de este ataque inútil: un hombre que forcejea con una de las mujeres del último carro, que le desgarran el vestido, la niña que lo presencia con ojos desorbitados y el pulgar en la boca. Luego la plaza vuelve a quedarse desierta y en sombras, el último carro cruza la puerta, la guarnición se ha marchado.

La puerta permanece abierta toda la noche y pequeños grupos familiares, la mayoría a pie y abrumados por pesados fardos, se apresuran a seguir a los soldados. Y antes del amanecer los pescadores regresan furtivamente, sin encontrar resistencia, trayendo consigo a sus escuálidos hijos y sus miserables posesiones y sus haces de palos y cañas con los que empezaron desde el principio la tarea de construir un hogar.

Mi antigua vivienda está abierta. Dentro el aire está viciado. No han limpiado el polvo en mucho tiempo. Las urnas —con las piedras y los huevos y los artefactos de las ruinas del desierto— han desaparecido. Han desplazado los muebles del salón hacia las paredes y han quitado la alfombra. No parecen haber tocado la salita, pero todas las cortinas despiden un olor ocre y cargado.

En el dormitorio han apartado la ropa de la cama del mismo modo en que yo suelo hacerlo, como si yo mismo hubiera seguido durmiendo aquí. El olor de las sábanas sucias es ajeno.

El orinal está medio lleno debajo de la cama. En el armario hay una camisa arrugada con un cerco marrón en el cuello y manchas amarillas bajo las axilas. Toda mi ropa ha desaparecido.

Deshago la cama y me tiendo sobre el colchón, esperando que me invada cierto desasosiego, tal vez el espíritu de otro hombre todavía entretenido entre sus olores y desórdenes. Pero no siento nada; la habitación me parece tan familiar como siempre. Con el brazo sobre la cara me sorprende dejándome vencer por el sueño. Puede que el mundo tal y como es no sea una ilusión, la pesadilla de una noche. Puede que nos despertemos a él ineludiblemente, que no podamos olvidarlo ni prescindir de él. Pero me resulta tan difícil como siempre creer que el final está cerca. Si los bárbaros irrumpieran ahora en esta habitación, sé que moriría tan simple e ignorante como un niño de pecho. Y sería aún más apropiado si me sorprendieran en la despensa con un

cuchara en la mano y la boca llena de mermelada de higo escamoteada del último tarro del anaquel: entonces podrían rebanarme la cabeza y arrojarla al montón de cabezas de la plaza luciendo todavía una expresión de sorpresa dolida y culpable por esta irrupción de la historia en el tiempo estático del oasis. Cada cual tendrá el final que se merece. A algunos los cogerán en refugios bajo sus sótanos con los ojos apretados y aferrados a sus objetos de valor. Otros morirán en los caminos sorprendidos por las primeras nieves del invierno. Puede que unos cuantos mueran incluso luchando horca en mano. Después de lo cual los bárbaros se limpiarán el trasero con los archivos del pueblo. Sucumbiremos sin haber aprendido nada. En todos nosotros, en lo más recóndito, parece haber algo granítico e incorregible. Nadie cree realmente, pese a la histeria en las calles, que estén a punto de destruir el mundo de tranquilas certezas en que hemos nacido. Nadie puede aceptar que hombres con arcos y flechas y viejos mosquetes oxidados que viven en tiendas y nunca se lavan y no saben leer ni escribir hayan aniquilado a un ejército imperial. ¿Pero quién soy yo para burlarme de las ilusiones que nos ayudan a vivir? ¿Hay algún modo mejor de pasar estos últimos días que soñando con un salvador que espada en mano disperse a las huestes enemigas y nos perdone los errores que otros han cometido en nuestro nombre y nos conceda una segunda oportunidad de construir nuestro paraíso terrenal? Estoy acostado en el colchón y me concentro en dar vida a mi propia imagen como un nadador que avanza con brazadas uniformes e incansables a través del tiempo, un medio más inerte que el agua, sin olas, ubicuo, incoloro, inodoro, seco como el papel.

VI

Algunas veces por las mañanas aparecen huellas recientes de cascos en los campos. Entre los arbustos dispersos que marcan la linde más apartada de la tierra de labranza, el centinela ve una silueta que jura no haber visto el día anterior y que ha desaparecido al día siguiente. Los pescadores no se arriesgan a salir antes de amanecer. Su pesca ha disminuido tanto que apenas pueden subsistir.

En dos días de esfuerzo colectivo en los que trabajamos sin perder de vista las armas, hemos recolectado los campos lejanos, todo lo que quedó tras la inundación. La cosecha supone menos de cuatro tazas al día para cada familia, pero menos es nada.

Aunque el caballo ciego continúa haciendo girar la noria para llenar el aljibe próximo al lago que riega los huertos del pueblo, sabemos que pueden cortar la tubería en cualquier momento y ya hemos empezado a cavar nuevos pozos dentro de las murallas.

He recomendado a mis conciudadanos que cultiven sus huertos, que siembren tubérculos porque resistirán la escarcha invernal.

—Sobre todo debemos hallar el modo de sobrevivir al invierno —les digo—. En primavera nos enviarán ayuda con toda seguridad. Después del primer deshielo podemos sembrar mijo de sesenta días.

Hemos cerrado la escuela y los niños se encargan de rastrear las estribaciones salobres de la parte sur del lago en pos de los diminutos crustáceos rojos que abundan en las aguas poco profundas. Ahumamos y empaquetamos estos crustáceos en bloques de medio kilo. Tienen un sabor desagradable a grasa; normalmente sólo los comen los pescadores; pero sospecho que antes de que se acabe el invierno todos nos alegraremos de tener ratas e insectos que llevarnos a la boca.

Hemos colocado una hilera de cascos con lanzas en posición vertical a su lado a lo largo de la muralla norte. Cada media hora un niño recorre la hilera moviendo un poco cada casco. De este modo confiamos en burlar la aguda vista de los bárbaros.

La guarnición que Mandel nos legó consta de tres hombres. Se turnan la guardia ante la puerta cerrada del Juzgado, aislados del resto del pueblo, sin más relación que su mutua compañía.

He asumido el mando en todas las medidas concernientes a nuestra supervivencia. Nadie ha puesto reparos. Tengo la barba recortada, llevo ropa limpia, de hecho he reanudado la administración legal que la llegada de la Guardia Nacional interrumpió hace un año.

Nos convendría cortar y almacenar leña; pero no es posible encontrar a nadie que se atreva a adentrarse en los bosques carbonizados cercanos al río, donde los pescadores juran haber visto rastros recientes de campamentos bárbaros.

Me despiertan unos golpes en la puerta de mi vivienda. Es un hombre con un farol, curtido por el viento, demacrado, sin aliento, con un gabán militar que le queda demasiado grande. Me mira fijamente con una expresión de desconcierto.

—¿Quién eres? —le digo.

—¿Dónde está el suboficial? —me pregunta intentando entre jadeos mirar por encima de mi hombro.

Son las dos de la mañana. Han abierto la puerta para dejar entrar el carruaje del Coronel Joll, que se encuentra en medio de la plaza con la vara apoyada en el suelo. Varios hombres se guarecen a su abrigo del viento helado. Desde la muralla los centinelas los observan atentamente.

—Necesitamos comida, caballos de refresco, forraje —dice mi visitante. Corre delante de mí, abre la puerta del carruaje, habla—: El suboficial no está aquí, señor, se ha marchado —a la luz de la luna veo por un instante al propio Joll junto a la ventanilla. Él también me ve: la puerta se cierra de golpe, oigo el chasquido del cerrojo. Miro a través del cristal y alcanzo a distinguirlo en la penumbra del otro extremo cuando desvía el rostro sin inmutarse. Golpeo con los nudillos en el cristal, pero no me hace caso. Luego sus subordinados me apartan a empujones.

Una piedra lanzada desde la oscuridad cae sobre el techo del carruaje.

Otro de la escolta de Joll se acerca corriendo.

—No hay nada —dice casi sin aliento—. Los establos están vacíos, se lo han llevado todo —el soldado que ha desenganchado a los sudorosos caballos empieza a maldecir. Una segunda piedra no acierta al carruaje y casi me alcanza. Las arrojan desde las murallas.

—Escuchadme —les digo—. Tenéis frío y estáis cansados. Encerrad los caballos en el establo, entrad, comed algo, contadnos lo que os sucedió. No hemos tenido noticias desde que partisteis. Si ese loco quiere pasarse toda la noche sentado en el carruaje, que lo haga.

Apenas me escuchan: hombres hambrientos, agotados, que han hecho algo más que cumplir con su deber al arrastrar a este policía a lugar seguro lejos de las garras de los bárbaros, que ahora murmuran entre ellos, mientras reenganchan ya un par de sus fatigados caballos.

Contemplo a través de la ventanilla la silueta borrosa en la oscuridad del Coronel Joll. Mi capa se agita, tiritito de frío, pero también de cólera contenida. Se apodera de mí un impulso de hacer pedazos el cristal, introducir los brazos y sacarlo a rastras por el dentado agujero, para sentir cómo el cristal le engancha y le desgarrar la carne, para tirarlo al suelo y machacarle el cuerpo a patadas.

Como tocado por esta corriente homicida vuelve la cara hacia mí de mala gana. Luego se desliza desde el otro lado del asiento hasta que se queda mirándome a través del cristal. Tiene el rostro desnudo, demudado, acaso por la luz azul de la luna, acaso

por el agotamiento físico. Contemplo sus prolongadas y pálidas sienes. Recuerdos del delicado pecho de su madre, del tirón en su mano de la primera cometa que hizo volar alguna vez, así como de esas íntimas crueldades por las que le detesto, hallan cobijo en esa colmena.

Me mira, buscando mi rostro con la mirada. Las lentes oscuras han desaparecido. ¿Tiene él también que reprimir un impulso de sacar los brazos, agarrarme y cegarme con los cristales rotos?

Tengo una lección preparada para él en la que he meditado mucho. Articulo las palabras y observo que las lee en mis labios:

—Nosotros mismos debemos padecer la crueldad que llevamos dentro —le digo. Asiento una y otra vez con la cabeza para recalcar bien el mensaje—. No los demás —le digo: repito las palabras, señalando mi pecho y señalando el suyo. Se fija en mis labios, sus labios finos se mueven a modo de imitación, o quizá de burla, no lo sé. Otra piedra más pesada, tal vez un ladrillo, golpea el carruaje con gran estrépito. Joll se sobresalta, los caballos se agitan en los arneses.

Alguien viene corriendo.

—¡Vámonos! —grita. Me aparta de un empujón y llama a la puerta del carruaje. Lleva los brazos cargados de hogazas de pan—. ¡Tenemos que irnos! —grita. El Coronel Joll descorre el cerrojo y el soldado deja caer el pan dentro. La puerta se cierra de golpe—. ¡Deprisa! —grita. El carruaje se pone en marcha con un chirriar de ballestas.

Agarro el brazo del soldado.

—¡Espera! —le grito—. ¡No te soltaré hasta que sepa lo que ha sucedido!

—¿Es que no lo ve? —grita, al tiempo que me pega en la mano.

Tengo las manos débiles todavía; he de abrazarme a él para retenerlo.

—¡Dímelo y podrás irte! —le digo con voz entrecortada.

El carruaje se aproxima a la puerta. Los dos hombres a caballo ya la han cruzado; los otros corren tras ellos. Piedras que surgen de la oscuridad se estrellan contra el carruaje, llueven gritos y maldiciones.

—¿Qué quiere saber? —me dice, mientras forcejea en vano.

—¿Dónde están los demás?

—Desaparecieron. Se dispersaron. Por todas partes. No sé dónde están. Cada cual tuvo que seguir su camino. No pudimos mantenernos juntos —a medida que sus compañeros se pierden en la noche lucha con más ahínco—. ¡Suélteme! —me suplica entre sollozos. No es más fuerte que un niño.

—Enseguida. ¿Cómo pudieron hacerlos esto los bárbaros?

—¡Nos moríamos de frío en las montañas, de hambre en el desierto! ¿Por qué nadie nos advirtió lo que ocurriría? ¡No nos vencieron, nos condujeron hasta el desierto y luego se esfumaron!

—¿Quiénes os condujeron?

—¡Ellos, los bárbaros! ¡Nos hacían seguirles continuamente, pero nunca

podíamos alcanzarles. Eliminaban uno por uno a los rezagados, soltaban a nuestros caballos por la noche, no luchaban cara a cara!

—¿Así que os disteis por vencidos y volvisteis a casa?

—¡Sí!

—¿Esperas que me lo crea?

Me mira con una furia desesperada.

—¿Por qué iba a mentir? —grita—. ¡No quiero que me dejen atrás, eso es todo! —se suelta de un tirón. Echa a correr y protegiéndose la cabeza con las manos cruza la puerta hacia la oscuridad.

Han interrumpido la excavación del tercer pozo. Algunos hombres se han ido ya a casa, otros permanecen alrededor del hoyo esperando órdenes.

—¿Qué sucede? —les digo.

Señalan hacia los huesos que yacen sobre un montón de tierra húmeda: los huesos de un niño.

—Debió de haber una tumba aquí —les digo—. Un lugar extraño para una tumba —nos encontramos en el terreno vacío detrás del cuartel, entre el cuartel y la muralla sur. Los huesos son antiguos, han absorbido el color rojo de la arcilla—. ¿Qué queréis hacer? Si os parece podemos empezar a cavar otra vez más cerca de la muralla.

Me ayudan a introducirme en el hoyo. Con medio cuerpo dentro, escarbo alrededor de una mandíbula sepultada en la pared.

—Aquí está el cráneo —les digo. Pero no, ya han desenterrado el cráneo, me lo enseñan.

—Mire debajo de sus pies —me dice el capataz.

Está demasiado oscuro para ver, pero cuando remuevo cuidadosamente con el pico me topo con algo duro; por el tacto deduzco que se trata de un hueso.

—No están enterrados como es debido —me dice. Se agacha al borde del hoyo—. Están colocados de cualquier manera, unos encima de otros.

—Sí —le digo—. No podemos cavar aquí, ¿verdad?

—No —me dice.

—Tenemos que tapanlo y volver a empezar más cerca de la muralla.

Guarda silencio. Me tiende la mano para ayudarme a subir. Los presentes tampoco dicen nada. Tengo que arrojar los huesos al hoyo y echar un poco de tierra antes de que recojan sus palas.

En el sueño vuelvo a encontrarme en el hoyo. La tierra está húmeda, rezuma agua oscura, mis pies se hunden en el fango, me cuesta trabajo levantarlos.

Palpo bajo la superficie en busca de los huesos. Mi mano emerge con el extremo de un saco de yute, negro, podrido, que se me deshace entre los dedos. Meto otra vez

la mano en el fango. Un tenedor doblado y deslustrado. Un pájaro muerto, un loro: lo sostengo por la cola, le cuelgan las plumas y las alas empapadas de barro y tiene las cuencas de los ojos vacías. Cuando lo suelto, atraviesa la superficie sin hacer ruido. «Agua envenenada», pienso. «He de tener cuidado de no beber aquí. No debo llevarme la mano derecha a la boca».

No he dormido con una mujer desde que regresé del desierto. Ahora, en el momento más inoportuno, mi sexo empieza a hacerse notar. Duermo mal y me despierto por la mañana con una erección tenaz que me crece como una rama de las ingles. No tiene nada que ver con el deseo. Tendido en mi cama deshecha espero en vano a que desaparezca. Trato de evocar imágenes de la muchacha que durmió aquí conmigo noche tras noche. La veo erguida con su camisón y las piernas desnudas, con un pie en la palangana, esperando a que la lave apoyada en mi hombro. Le enjabono la firme pantorrilla. Se quita el camisón por la cabeza. Le enjabono los muslos; luego aclaro el jabón, me abrazo a sus caderas, restriego la cara en su vientre. Puedo oler el jabón, sentir la tibieza del agua, la presión de sus manos. Desde la profundidades de ese recuerdo alargo la mano para tocarme. No hay reacción. Es como tocarme la muñeca: una parte de mí mismo, pero dura, embotada, un miembro sin vida propia. Trato de llegar hasta el final: es inútil, no siento nada. «Estoy cansado», intento convencerme a mí mismo.

Durante una hora aguardo sentado en un sillón a que esta verga de sangre se encoja. Lo hace cuando le parece. Entonces me visto y salgo.

Vuelve por la noche: una flecha que nace de mi cuerpo sin objetivo alguno. Otra vez intento alimentarla con imágenes, pero no percibo vida en ella.

—Pruebe con moho negro y raíz de tártago —dice el herbolario—. Puede que le ayude. Si no, vuelva. Aquí tiene raíz de tártago. Muélala y mézclela hasta hacer una pasta con el moho y un poco de agua templada. Tome dos cucharadas después de cada comida. Es muy desagradable, muy amargo, pero le aseguro que no le hará daño.

Le pago con monedas de plata. Sólo los niños aceptan ya las de cobre.

—Pero dígame, ¿por qué un hombre sano y bien parecido como usted iba a querer matar su deseo? —me pregunta.

—No tiene nada que ver con el deseo, abuelo. Es sólo una irritación. Un entumecimiento. Como el reuma.

Sonríe. Le devuelvo la sonrisa.

—Esta debe de ser la única tienda del pueblo que no saquearon —le digo—, no es una tienda, tan sólo un hueco y un mostrador bajo un toldo, con estanterías de tarros polvorientos, con raíces y manojos de hojas secas colgados de garfios en la pared, las medicinas que ha suministrado al pueblo durante cincuenta años.

—Sí, no me molestaron. Me aconsejaron que me marchara por mi propio bien.

«Te cortarán los huevos y se los comerán», eso fue lo que dijeron, esas fueron sus palabras. Yo les dije «nacé aquí y aquí moriré, no me voy». Ahora los que se han ido son ellos, y yo digo que estamos mejor así.

—Sí.

—Pruebe con la raíz de tártago. Si no resulta, vuelva.

Bebo el amargo brebaje y como toda la lechuga que puedo, porque dicen que la lechuga debilita la potencia sexual. Pero hago todo esto sin convicción, consciente de que estoy malinterpretando los síntomas.

También acudo a Mai. La posada ha cerrado porque escaseaban los clientes; ahora ella viene al cuartel a ayudar a su madre. La encuentro en la cocina acostando a su hijo en la cuna junto al fogón.

—Me gusta mucho este viejo fogón que tienen ustedes aquí —me dice—. Mantiene el calor durante horas. Un calor muy agradable —hace té; nos sentamos a la mesa y contemplamos las brasas incandescentes a través de la parrilla—. Desearía poder ofrecerle algo bueno —me dice— pero los soldados limpiaron la despensa, casi no han dejado nada.

—Quiero que subas conmigo —le digo—. ¿Puedes dejar al niño aquí?

Somos viejos amigos. Hace años, antes de que se casara por segunda vez, solía visitarme por las tardes en mis habitaciones.

—Prefiero no dejarlo —me dice— por si se despierta —así que espero mientras abriga al niño, y luego la sigo escaleras arriba: una mujer joven todavía, pero corpulenta y con unos muslos gruesos e informes. Trato de recordar cómo lo pasaba con ella, pero no puedo. En aquellos días me satisfacían todas las mujeres.

Acomoda al niño sobre unos cojines en un rincón y le habla en voz baja hasta que vuelve a quedarse dormido.

—Es sólo por una o dos noches —le digo—. Se acerca el final. Debemos vivir todo lo que podamos —deja caer los calzones, los pisa como un caballo y viene hacia mí con su camisón. Apago la lámpara. Mis palabras me han dejado abatido.

Suspira cuando la penetro. Froto mi mejilla contra la suya. Mi mano encuentra su pecho; su propia mano se cierra sobre ella, la acaricia, la aparta.

—Me duele un poco —me susurra—. Por el niño.

Todavía estoy buscando algo que decir cuando siento que llega el orgasmo, remoto, débil, como un temblor de tierra en otra parte del mundo.

—Este es tu cuarto hijo, ¿verdad? —estamos acostados uno junto al otro bajo las mantas.

—Sí, el cuarto. Uno murió.

—¿Y el padre? ¿Te ayuda?

—Me dejó algún dinero. Estaba en el ejército.

—Seguro que volverá.

Siento su cuerpo sereno junto a mi costado.

—He llegado a apreciar mucho a tu hijo mayor —le digo—. Me traía comida

cuando estaba preso —permanecemos un rato en silencio. Luego la cabeza empieza a darme vueltas. Me despierto a tiempo de oír el final de un estertor procedente de mi garganta, un ronquido de viejo.

Se incorpora.

—Tengo que irme —me dice—. No puedo dormir en habitaciones tan vacías, me paso la noche oyendo crujidos —veo moverse su borrosa silueta mientras se viste y coge al niño—. ¿Puedo encender la lámpara? —me dice—. Temo caerme por las escaleras. Duérmase. Le traeré el desayuno por la mañana, si no le importa que sean gachas.

—La apreciaba mucho —dice—. Todos la apreciábamos. Nunca protestaba, hacía siempre lo que le mandaban, aunque sé que le dolían los pies. Era simpática. No nos faltaba diversión cuando ella estaba aquí.

Vuelvo a estar tan insensible como un palo. Ella se afana conmigo: sus grandes manos me acarician la espalda, me agarran el trasero. Llega el orgasmo: como una chispa que salta a lo lejos sobre el mar y se desvanece inmediatamente.

El niño empieza a lloriquear. Ella me aparta con delicadeza y se levanta. Grande y desnuda, cruza de un lado a otro un rayo de luz de luna con el niño sobre el hombro, dándole palmaditas y canturreándole.

—Se dormirá en un minuto —susurra. Yo mismo estoy medio dormido cuando siento que su cuerpo fresco vuelve a echarse a mi lado y sus labios me acarician el brazo.

—No quiero pensar en los bárbaros —me dice ella—. La vida es demasiado corta para preocuparse por el futuro.

No tengo nada que decir.

—No le hago feliz —me dice—. Sé que no disfruta conmigo. Siempre está en otra parte.

Espero sus próximas palabras.

—Ella me contaba lo mismo. Decía que usted estaba en otra parte. No le entendía. No sabía lo que quería de ella.

—No sabía que ella y tú fuerais íntimas.

—Yo estaba a menudo abajo. Charlábamos de nuestras cosas. A veces ella lloraba sin parar. Usted la hacía muy desgraciada. ¿Lo sabía?

Está abriendo una puerta desde donde un viento de total desolación llega hasta mí.

—No lo entiendes —le digo con voz ronca. Ella se encoge de hombros. Prosigo —: Hay toda una versión de los hechos que desconoces, que ella no pudo contarte porque ella misma no la conocía. Y de la cual no deseo hablar ahora.

—No es asunto mío.

Guardamos silencio mientras pensamos cada uno por nuestro lado en la muchacha que esta noche duerme lejos bajo las estrellas.

—Tal vez cuando los bárbaros entren en el pueblo —digo— ella los acompañe — me la imagino cruzando al trote la puerta abierta al frente de una partida de jinetes, erguida en la silla, con los ojos radiantes, una precursora, una guía, describiendo a sus compañeros la disposición de este pueblo extranjero donde ella vivió una vez. Entonces todo será diferente.

Nos quedamos pensativos en la oscuridad.

—Estoy aterrada —dice—. Me aterra pensar qué va a ser de nosotros. Quiero tener esperanza y vivir al día. Pero a veces me imagino de repente lo que podría suceder y el miedo me paraliza. Ya no sé qué hacer. Sólo pienso en los niños. ¿Qué va a ser de los niños? —se incorpora en la cama—. *¿Qué va a ser de los niños?* — pregunta con vehemencia.

—No harán daño a los niños —le digo—. No harán daño a nadie —le acaricio el pelo, la tranquilizo, la estrecho fuertemente en mis brazos hasta que llega la hora de amamantar al niño.

Ella dice que duerme mejor en la cocina. Se siente más segura si al despertar puede ver el resplandor de las brasas en la parrilla. También le gusta tener al niño en su misma cama. Además es mejor que su madre no descubra dónde pasa las noches.

Yo también creo que fue un error y no vuelvo a visitarla. Ahora que duermo solo, echo de menos el olor a tomillo y cebolla de las yemas de sus dedos. Durante una o dos noches experimento una serena e inconstante melancolía antes de empezar a olvidar.

Al aire libre observo la llegada de la tormenta. El cielo se ha difuminado hasta quedar blanquecino con tonos de color rosa en el norte. Las tejas ocre brillan, el aire se ilumina, el pueblo resplandece sin sombras, misteriosamente hermoso en estos últimos momentos.

Subo a la muralla. Entre los muñecos armados hay gente con la mirada fija en el horizonte donde se levanta ya una gran nube de polvo y arena. Nadie habla.

El sol se torna cobrizo. Todas las barcas han abandonado el lago, los pájaros han dejado de cantar. Hay un intervalo de completo silencio. Luego el viento empieza a soplar.

Sentados al abrigo de nuestros hogares, tras ventanas cerradas con pestillos y puertas atrancadas, con un polvo gris y muy fino filtrándose por el tejado y el techo para depositarse en cada superficie descubierta, formar una película sobre el agua potable, hacemos rechinar los dientes, pensamos en los que se pusieron en camino y que en momentos como éste no tienen otro recurso que volverse de espaldas al viento y resistir.

Por las noches, en la hora o dos que puedo permitirme junto a la chimenea antes de que se agote mi ración de leña y tenga que meterme en la cama, me ocupo de mis antiguos pasatiempos, reparando lo mejor que puedo las urnas con las piedras que encontré tiradas y rotas en los jardines del Juzgado, volviendo a jugar con el desciframiento de la escritura arcaica de las tablillas de álamo.

Parece justo que, como un gesto hacia los habitantes de las ruinas del desierto, nosotros también pongamos por escrito una crónica de nuestro pueblo para legarla a la posteridad enterrada bajo las murallas; y nadie parecería más indicado para escribir esa historia que nuestro último magistrado. Pero cuando me siento ante mi escritorio, envuelto en mi enorme y vieja piel de oso para resguardarme del frío, con una única vela (pues el sebo también está racionado) y un montón de documentos amarillentos junto al brazo, descubro que lo que empiezo a escribir no es la crónica de un puesto fronterizo de un Imperio o un relato de cómo sus habitantes pasaron el último año poniendo en paz sus almas mientras esperaban a los bárbaros.

«Ninguno de los que visitaron este oasis» escribo, «dejó de verse impresionado por el encanto de nuestra vida. Vivíamos en el tiempo de las estaciones, de las cosechas, de las migraciones de aves acuáticas. Vivíamos sin nada entre nosotros y las estrellas. De haber sabido qué concesión teníamos que hacer para seguir viviendo aquí, la hubiéramos hecho. Este era el paraíso en la tierra».

Durante un buen rato fijo la vista en las palabras que he escrito. Sería decepcionante saber que las tablillas en las que he empleado tanto tiempo contienen un mensaje tan enrevesado, tan equívoco, tan censurable como éste.

«Tal vez para finales del invierno», pienso, «cuando el hambre nos corra de verdad, cuando pasemos frío y estemos famélicos, o cuando el bárbaro esté realmente a las puertas del pueblo, tal vez entonces renunciaré a la palabrería de un funcionario con ambiciones literarias y empezaré a contar la verdad».

Pienso: «Quise vivir fuera de la historia. Quise vivir fuera de la historia que un Imperio impone a sus súbditos, incluso a sus súbditos perdidos. Pero nunca quise que los bárbaros soportaran el peso de la historia de un Imperio. ¿Cómo puedo creer que eso sea motivo de vergüenza?».

Pienso: «He vivido un año lleno de acontecimientos, sin embargo no entiendo de él más que un niño de pecho. De todos los habitantes de este pueblo soy el menos capacitado para escribir su crónica. Mejor el herrero con sus gritos de rabia y aflicción».

Pienso: «Pero cuando los bárbaros prueben el pan, el pan tierno con mermelada de mora, el pan con mermelada de grosella, nuestras costumbres les conquistarán. Descubrirán que son incapaces de vivir sin las industrias de hombres que saben cómo cultivar los pacíficos cereales, sin las artes de mujeres que saben cómo utilizar las delicadas frutas».

Pienso: «Cuando un día otros hombres se pongan a escarbar en las ruinas, les

interesarán más las reliquias del desierto que cualquier cosa que yo pueda dejar. Y con razón». (De modo que empleo una tarde en revestir las tablillas una por una con aceite de linaza y envolverlas en hule. Me prometo a mí mismo que cuando el viento amaine saldré y las enterraré donde las hallé).

Pienso: «He tenido delante de los ojos algo que salta a la vista, y todavía no lo veo».

Ahora que el viento ha cesado, los copos de la primera nevada del año flotan en el aire y salpican las tejas de blanco. Paso toda la mañana junto a mi ventana viendo caer la nieve. Cuando cruzo el patio del cuartel ya hay varios centímetros de nieve y mis pasos la hacen crujir con una misteriosa ligereza.

En medio de la plaza unos niños juegan a hacer un muñeco de nieve. Deseoso de no asustarles, pero inexplicablemente alegre, me acerco a ellos por la nieve.

No se asustan, están demasiado ocupados para reparar en mí. Han terminado el gran cuerpo redondo y ahora hacen rodar una bola que será la cabeza.

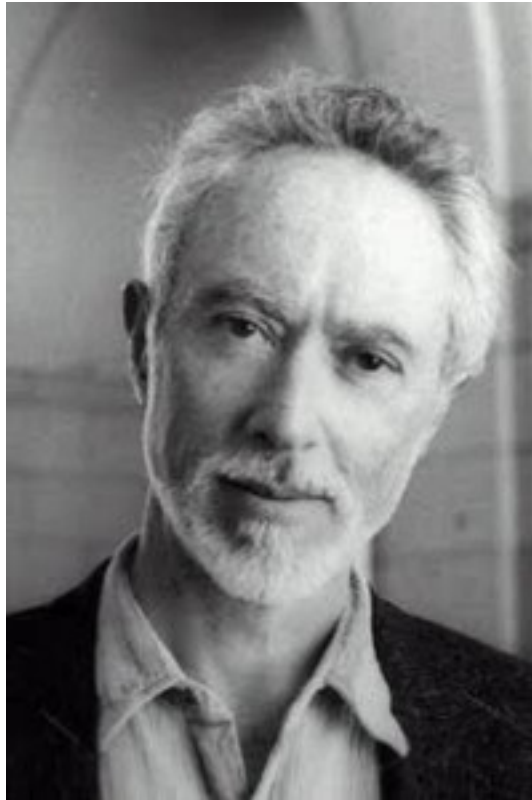
—Alguien que vaya a buscar cosas para la boca y la nariz y los ojos —dice el niño que los dirige.

Se me ocurre que el muñeco necesita también brazos, pero no quiero entrometerme.

Colocan la cabeza sobre los hombros y con guijarros rematan los ojos, las orejas, la nariz y la boca. Uno de ellos la corona con su gorra.

No es un mal muñeco de nieve.

Esta no es la escena con la que soñé. Como otras muchas cosas ahora, la dejo con una sensación de estupidez, como alguien que se extravió hace mucho tiempo pero persevera por un camino que puede no conducir a ninguna parte.



JOHN MAXWELL COETZEE. Nació en Ciudad del Cabo en 1940 y se crió en Sudáfrica y Estados Unidos. Es profesor de literatura en la Universidad de Ciudad del Cabo, traductor, lingüista, crítico literario y, sin duda, uno de los escritores más importantes que ha dado estos últimos años Sudáfrica. En 1974 publicó su primera novela, *Dusklands*. Le siguieron *In the Heart of the Country* (1977), con la que ganó el CNA, el primer premio literario de las letras sudafricanas; *Esperando a los bárbaros* (1980), también premiada con el CNA; *Vida y época de Michael K.* (1983), que le reportó su primer Booker Prize y el Prix Étranger Femina; *Foe* (1986); *Age of Iron* (1990); *El maestro de Petersburgo* (1994) e *Infancia* (1997). También le han sido concedidos el Jerusalem Prize y The Irish Times International Fiction Prize. Escritor «de brillante maestría, tensión y elegancia», en palabras de Nadine Gordimer, *Desgracia*, con la cual ha sido premiado, por segunda vez en su carrera, con el Booker Prize, el premio más prestigioso de la literatura inglesa.